

COMEDIA ROMÁNTICA: LIBRO UNO

# RAYO *de* LUZ

¿DÓNDE DEMONIOS ESTÁS,  
PRÍNCIPE AZUL?

E. L. TODD

AUTORA SUPERVENTAS DEL *NEW YORK TIMES*

# **RAYO DE LUZ**

---

RAYO #1

E. L. TODD

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y eventos descritos en esta novela son ficticios, o se utilizan de manera ficticia. Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción de parte alguna de este libro de cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluyendo los sistemas de recuperación y almacenamiento de información, sin el consentimiento previo por escrito de la casa editorial o de la autora, excepto en el caso de críticos literarios, que podrán citar pasajes breves en sus reseñas.

**Hartwick Publishing**

**Rayo de Luz**

Copyright © 2018 por E. L. Todd Todos los derechos reservados

—ERES UN GUARRO. Calla de una maldita vez y recoge tus cosas. —Aparté de un puntapié su pila de ropa y uno de sus calzoncillos quedó enganchado en la punta de mis zapatillas de correr. Había ropa sucia esparcida por todo el lavadero. Era imposible caminar sin tropezarse con algo desagradable.

Rex levantó ambas manos en el aire.

—Relájate, tía.

—No me voy a relajar. —Di un zapatazo contra el suelo como una niña pequeña—. Y no soy tu tía.

—¿En serio? —Ladeó la cabeza como tenía por costumbre antes de hacer un comentario arrogante—. Pues me tenías engañado.

Le tiré los calzoncillos de una patada.

—Puf.

—¿Se supone que deben darme asco? —preguntó—. Son míos.

—Deberían. Huelen a culo.

—Tu cara sí que huele a culo.

Safari estaba en el pasillo con la correa que colgaba hasta rozar el suelo de madera maciza en el hocico. Permanecía sentado, esperando con paciencia su carrera vespertina por el parque. Era un pastor alemán excelente. La pelea no lo desconcertaba en absoluto y se limitaba a aguardar.

Rex hacía que me subiera por las paredes. Quería asesinarlo a sangre fría

y ni siquiera ocultárselo a la policía. Deseaba llevarme todo el mérito por deshacerme de aquel insufrible desgraciado.

—Tienes suerte de que te deje vivir en mi casa hasta que tu negocio remonte. Lo menos que puedes hacer es no comportarte como un cerdo.

—¿Cómo quieres que lo haga si me lo estás reprochando a cada segundo que pasa? —Rex respondió a mi furia con la suya. Era un oponente formidable en las discusiones. Me conocía lo bastante bien como para rebatir todo lo que decía y volverlo contra mí. Su cabello oscuro era casi negro y era tan alto que, a su lado, parecía enana.

—Sólo te lo echo en cara cuando me destrozas la casa. Recoge tus cosas. Maldita sea, ni que tuvieras cinco años.

—Iba a hacerlo, pero me distraje.

—Déjate de tonterías, ambos sabemos que no ibas a hacerlo. Empieza de una vez. —Lo rodeé para salir porque estaba harta de aquella discusión. Era como tener a un niño de veintiocho años viviendo en mi apartamento.

—Necesitas un polvo, Rae. —Rex recogió su ropa sucia y la arrojó al cesto—. O esperar a que se te pase la regla antes de empezar a gritarle a todo el mundo.

—Que yo sepa, eres la única persona a la que le he gritado.

—Pues táchame de la lista. —Agarró otros calzoncillos y me los arrojó a la cara.

—Puf. —Los tiré al suelo—. Te odio.

—El sentimiento es mutuo.

—No, te odio de verdad.

—Qué coincidencia. —Se dirigió a su habitación, con los hombros tensos de rabia.

—¿A dónde demonios vas?

—A mi cuarto, lerda.

—¡Haz la maldita colada! ¿Qué es lo que acabamos de hablar?

—Esperaré hasta que te vayas. —Cerró la puerta de una patada al salir.

Observé la puerta cerrada y suspiré, sintiendo una amalgama de emociones que me consumía por dentro. Rex era un hermano horrible. No agradecía nada de lo que hacía por él y me había hecho prisionera en mi propio hogar. Cada día, al volver a casa del trabajo, encontraba la cocina hecha un desastre por todos los batidos de proteína, la comida y la cerveza que tomaba a todas horas. Estaba continuamente limpiando lo que ensuciaba para poder vivir en un ambiente acogedor.

Safari ladeó la cabeza observándome, con la correa aún en el hocico. Agachó las orejas y emitió un leve quejido.

—Lo sé —susurré—, yo también lo odio.

---

MI PERRO ERA MI ENTRENADOR PERSONAL.

Tiraba de mí incluso cuando quería ir despacio. Era tan fuerte que me arrastraba. A veces pensaba que era él quien me sacaba a mí a pasear y no al revés.

Corrí tras él tratando de seguirle el ritmo.

—Safari, no corras tanto.

Siguió corriendo a toda velocidad.

Mantuve el ritmo, aunque notaba una punzada en el costado. Respiraba por la boca todo el rato porque necesitaba aire desesperadamente. Mi perro me mantenía en forma y, al mismo tiempo, me recordaba constantemente mi indolencia.

Nos adelantaron otros corredores por el parque y Safari no olisqueó sus traseros ni los interrumpió. Ni siquiera ladró, porque lo tenía muy bien adiestrado. No se metía en los asuntos de los demás y hacía lo que debía.

Excepto bajar el maldito ritmo.

Era el único ejercicio que se le permitía en todo el día y no lo daba por hecho. Disfrutaba de cada instante y sus poderosas patas le daban la

velocidad suficiente para sentir el viento acariciar su piel. Ahora corría incluso más rápido.

Y yo estaba a punto de morir.

—Ve más despacio. —Clavé los pies en el suelo de cemento y tiré de la correa.

Safari se detuvo, pero en lugar de ir más despacio, dio media vuelta y agarró la correa con el hocico, arrancándomela con violencia de la mano.

—¡Safari!

Corrió a toda velocidad con la correa aún colgando del hocico.

¿Por qué todo el mundo se había propuesto fastidiarme hoy?

Perseguí a Safari, corriendo tan rápido como podía, pero como ya llevábamos varios kilómetros, tenía las piernas cansadas.

—Safari, ¡vuelve aquí ahora mismo!

Se alejó aún más y adelantó a otros corredores que iban en la misma dirección que yo. Avanzó, sin detenerse a husmear a los otros perros con los que se cruzaba. No estaba claro a dónde quería llegar con tanta desesperación.

—¡Safari!

Al fin detuvo su carrera, dando paso a una caminata apresurada. Iba directo hacia un hombre que corría mucho más adelante. Con la correa aún en el hocico, avanzó hacia él, casi como si lo conociera.

El hombre dejó de correr y observó a Safari. En lugar de torcer el gesto, sonrió.

—Oye, ¿quién eres tú?

Dejé de correr porque mis piernas ya no me sostenían. Además, Safari parecía haberse detenido al fin. Como estaba centrada en recuperarlo, no me había percatado del hombre al que se había acercado. Y ahora que lo miraba con más detenimiento, me di cuenta de algo.

Estaba buenísimo.

Joder.

Medía más de un metro ochenta. Como yo era más alta que la media y media en torno a un metro setenta, prefería a los hombres altos. Me sacaba al menos 7 centímetros, lo cual era perfecto.

Además, tenía un buen físico, con amplios hombros musculosos. Llevaba una camiseta de manga corta con la que podía apreciarse lo bien definidos que estaban sus bíceps y antebrazos. Hasta se podía vislumbrar la red de venas en sus manos.

Puede que la huida de Safari no hubiera sido algo tan malo...

La camiseta se ajustaba a su pecho, mostrando el contorno de sus pectorales. Le quedaba suelta en la cintura, y la proporción entre esta y sus hombros era perfecta. Además, tenía las piernas musculosas y torneadas.

Era muy guapo.

Y su rostro era lo mejor. Tenía el cabello corto de color castaño oscuro y los ojos verdes. Brillaban a la luz del sol, como esmeraldas de un preciado tesoro. Era muy atractivo, con bonitos pómulos y labios carnosos. Me atraía especialmente la barba de pocos días que cubría su mentón y mandíbula. Prefería a los hombres con algo de barba más que afeitados.

Puede que el día fuera a ir mejor.

Se arrodilló y rascó a Safari tras las orejas.

—¿Quieres que te lleve de paseo? —preguntó riendo. Su afecto inmediato hacia un perro cualquiera mostraba su amor por los animales.

Mucho mejor.

Apoyé las manos en las caderas y traté de recuperar el aliento pese al dolor en el costado.

—Lo siento mucho. Safari es un poco rebelde a veces.

Levantó la vista hacia mí y, al hacerlo, su sonrisa se amplió de oreja a oreja. Tenía dientes bonitos, como los de un modelo, pero sus ojos eran lo mejor. Resultaban preciosos, pero contenían una misteriosa energía. Cambiaron al examinarme, pero no logré identificar el significado de aquella mirada.

—¿Safari? Le pega el nombre.

—Bastante, de hecho.

Le dio unas palmaditas a Safari en la cabeza antes de ponerse de pie. Llevaba los auriculares colgados en torno al cuello y su camiseta tenía el logo de los Seahawks. A juzgar por su constitución delgada, era un corredor activo, pero sus músculos mostraban que visitaba con frecuencia la sala de pesas.

—No hace falta que te disculpes. Tu perro es amistoso.

—Lo es. —Le eché una mirada a Safari indicando que estaba en problemas—. Demasiado amistoso.

Agachó las orejas.

El hombre se rio.

—¿Cómo puedes enfadarte con él? Sólo es un aventurero.

—Podrías haber sido un secuestrador de perros.

—¿Un secuestrador de perros? —preguntó—. ¿Quién robaría a un perro?

—No sé... pero podría pasar.

Tomó la correa del hocico de Safari y me la tendió.

—Lo siento, chico. A lo mejor puedo llevarte de paseo en otra ocasión.

Agarré la correa que me ofrecía y cuando nuestras manos se rozaron, noté el calor que irradiaba de su cuerpo. Era agradable. Despertarse en sus brazos sería la forma perfecta de empezar una mañana lluviosa.

—Te pido disculpas. No era nuestra intención interrumpir tu carrera.

—No pasa nada —dijo él—, me estaba aburriendo mucho de todas formas.

Al darme cuenta de que movía con nerviosismo la correa de Safari, me obligué a parar. Los hombres atractivos no solían ponerme nerviosa. Siempre tenía la autoestima alta por muy guapos que fueran, pero este tipo me afectaba más de lo normal.

—Me llamo Ryker, por cierto.

Hasta su nombre era sexy. Era la primera vez que lo oía.

—Rae.

—Rae —repitió el nombre como si tratara de memorizarlo—. ¿Rayo de luz?

—Creo que sí.

—¿No lo sabes? —preguntó él.

Por desgracia, no.

—Gracias por ser tan bueno con mi perro. Dejaré que sigas corriendo.

Me miró como si no hubiera dicho una palabra.

—¿Quieres venir al mercado de Pike Place? Está a sólo una manzana.

¿Me estaba pidiendo salir aquel hombre tan guapo? Oculté mi emoción y traté de aparentar indiferencia.

—Claro. Tengo la sensación de que Safari volverá a correr tras de ti si intento alejarme.

—Debo oler. —Se percató de lo que había dicho cuando ya era demasiado tarde—. Quiero decir que debo oler bien.

Apreté los labios con fuerza, tratando de no reír.

Ryker se encogió de hombros y rio de todas formas.

—Vale... ha sonado fatal.

No pude contener la risa.

—Sí... un poco.

---

—¿CUÁNTOS AÑOS TIENE SAFARI? —RYKER GUARDÓ LOS AURICULARES EN el bolsillo y caminó a mi lado por el mercado.

—Cinco.

—Es un perro muy bonito.

—Gracias. Es mi mejor amigo.

—¿En serio? —preguntó él.

—Bueno, también tengo dos buenas amigas humanas. Si supieran que

Safari es mi mejor amigo, se pondrían celosas... así que no lo menciono.

Ryker sonrió, y aquella visión haría derretirse a cualquier mujer. Mis ovarios clamaban en mi interior ante la necesidad de lograr sus genes perfectos para fabricar al bebé más adorable del mundo.

—Tu secreto está a salvo conmigo.

—Gracias. ¿Tienes perro?

—No, aún no, pero puede que pronto sí.

—Empieza con una planta —dije—, son más fáciles de cuidar.

—Safari no parece tan malo... cuando no se escapa corriendo de tu lado.

Reí al recordarlo.

—Nunca lo había hecho antes. Ha sido muy extraño.

—Ya te he dicho que huelo. —Volvió a sonreír y le brillaron los ojos.

Reí. Me encantaba su sentido del humor. Era extremadamente guapo, pero no se tomaba a sí mismo en serio. La humildad era otra cualidad que me gustaba en un hombre.

—¿Eres hincha de los Seahawks?

—Soy su fan número uno.

—¿En serio?

—¿Tú no? —preguntó sorprendido.

—Admiro a sus seguidores y creo que es fantástico que haya tanta gente interesada, pero no, no son mi equipo favorito.

Se apartó hacia un lado de forma exagerada.

—Qué incómodo...

Sujeté la correa de Safari e intenté no sonreír.

—Podemos seguir siendo amigos, ¿no?

Mantuvo la distancia.

—No sé...

—Venga, dejemos a un lado nuestras diferencias.

—Son demasiado grandes.

—La gente ha superado cosas peores.

Él asintió.

—Vale... Supongo que tienes razón. —Volvió a mi lado y siguió caminando—. Seré tu amigo.

—Gracias.

Se metió la mano en los bolsillos y se acercó más a mí, rozando su brazo con mi hombro a cada momento.

—¿Vives aquí desde siempre?

—Sí, ¿y tú?

—Me mudé hace unas semanas.

—¿Ah, sí? —pregunté—. ¿De dónde vienes?

—De Manhattan.

—Habrás sido una mudanza larga.

—Y molesta.

—¿Qué te trae por aquí?

—Voy a empezar en un nuevo trabajo. —No parecía demasiado entusiasmado ante la perspectiva. Había hablado con más pasión de los Seahawks hacía un segundo.

—¿A qué te dedicas?

—Me hago cargo del negocio familiar. —Lo mencionó de pasada, como si no quisiera hablar mucho de ello—. No es nada interesante. Hubiera preferido ser entrenador de perros. Al parecer tengo una habilidad especial para ello.

—Puede que le gustes a Safari, pero eso no significa que puedas adiestrarlo. Es terco a veces.

—Me cuesta creerlo.

—Ocupa la cama entera todas las noches y acapara la manta.

Ryker sonrió de oreja a oreja.

—¿Duermes con él todas las noches?

—Sí.

—Vaya... eso significa que no tienes novio.

Con la vista fija en Safari, traté de no mostrar reacción alguna. La colegiala en mi interior sentía ganas de reír y noté que estaba a punto de sonrojarme. De algún modo, logré sonar complacida, pero sin pasarme.

—No, no tengo novio.

—Interesante.

—Aunque dejé a mi novio porque se hizo fan de los Seahawk.

—Oh no —dijo haciendo una mueca—, parece que no tengo ninguna posibilidad entonces.

No podría estar más en desacuerdo.

Mi móvil vibró en mi bolsillo, así que lo miré discretamente. Era un mensaje de texto de Cameron.

*¿Te recojo a las siete? ¿Te parece bien? No puedo esperar a verte. Llevo toda la semana pensando en esta cita.*

Abrí los ojos como platos y guardé enseguida el móvil en el bolsillo. Maldita sea, se me había olvidado esa cita. Jessie la había organizado, aunque, para empezar, no quería ir.

—¿Estás bien? —preguntó Ryker.

—Sí, guay. —¿Es que ahora me había vuelto hippy?

Seguimos atravesando el mercado y charlando de temas triviales. Descubrí que Ryker era un gran aficionado a los deportes. Todo lo que tuviera que ver con un balón o un disco le llamaba la atención. Parecía deportista, así que no me sorprendió.

Miró su reloj de pulsera.

—Se está haciendo tarde y ya he hecho el cardio de hoy.

—Sí. —Tenía que arreglarme para esa estúpida cita.

—Mi apartamento está a sólo una manzana. —Se detuvo y me miró de frente. Sus ojos de esmeralda se clavaron en los míos, mostrando de nuevo aquella expresión. Estaban llenos de misterio, pero también de algo más. Sería tan fácil hundirse en aquellos ojos y no volver a salir en busca de aire—. ¿Por qué no venís los dos?

Aquello no parecía una cita, sino más bien una invitación sexual. Los rollos de una noche no eran nuevos para mí, pero no era algo que hiciera con frecuencia. A juzgar por el aspecto y la forma de actuar de Ryker, no tenía problema en conseguir una follamiga en treinta minutos. Probablemente lo hacía a menudo.

Me resultaba muy interesante, y compartir cama y pasar la noche con un hombre tan atractivo como él me parecía la recompensa que con tanta desesperación necesitaba. No nos habíamos besado, pero estaba segura de que sería fantástico.

Cuando estaba a punto de decir que sí, me di cuenta de algo.

—La verdad es que no puedo. —Suspiré irritada porque iba a perderme sexo con un tío bueno por culpa de Jessie.

—Oh. —Evitó mostrar su descontento en su rostro, pero era evidente en sus ojos—. ¿Tienes planes?

—Sí, tengo una cita. —Cameron era atractivo y un buen tipo, pero su interés hacia mí era tan obvio que me ponía de los nervios. Siempre me decía lo guapa que era y se reía de cualquier broma, aunque no tuviera gracia. No había ningún misterio, pero no podía cancelar una cita en el último minuto sólo por haber conocido a alguien mejor. Y estaba claro que no podía acostarme con un tío y salir dos horas después con otro. Las aventuras de una noche estaban bien, pero si hiciera eso, sería una auténtica zorra.

—Supongo que me pillas en mal momento.

Esperaba que me pidiera salir en otra ocasión, tal vez al día siguiente o el fin de semana.

Pero no lo hizo.

—Ha sido un placer conocerte, Rae.

¿Eso era todo? ¿No podíamos quedar a tomar algo en otro momento?

—Lo mismo digo, Ryker. Tal vez podamos salir en otra ocasión. —Aunque quería volver a verlo, contuve las ganas. Actuar de forma tan obvia me haría perder el encanto ante él. Lo había aprendido enseguida de

Cameron.

—Tal vez. —Le dio unas palmaditas a Safari en la cabeza—. Nos vemos, chico. —Me dirigió una última mirada antes de alejarse y perderse entre la multitud.

Me quedé allí con la correa en la mano, abatida al pensar que había perdido una oportunidad maravillosa. Parecía gustarle, ¿por qué no me había pedido salir? ¿Era ahora o nunca?

Pero si no estaba dispuesto a verme en otra ocasión, lo más probable es que no mereciera mi tiempo. No me importaba estar soltera a diferencia de la mayoría de las mujeres, pero estaba harta de enamorarme de estúpidos egoístas y de ignorar a hombres buenos y amables.

¿Por qué sería?

CAMERON me observó fijamente durante un minuto entero sin parpadear. No despegaba los ojos de los míos, pero no de forma romántica o intensa, sino bastante siniestra.

—Eres tan guapa.

Tomé el menú sólo por tener algo que hacer.

—Gracias. —Miré las diferentes opciones, aunque ya sabía lo que iba a pedir. Tal vez si lo ignoraba un rato dejaría de mirarme como si fuera un tesoro oculto. Notaba aún el calor de su mirada en mi piel, así que alcé la vista.

—Seguro que siempre te tiran los tejos.

Un cumplido siempre era agradable, pero aquella obsesión excesiva se estaba volviendo muy molesta. Nunca tenía nada que decir a excepción de comentar mi apariencia.

—Bueno, yo no diría eso.

—No seas modesta. —Tomó el menú, pero no lo miró. Sólo tenía ojos para mí.

¿En qué demonios estaría pensando Jessie al tratar de emparejarme con él?

—¿Te gusta tu trabajo de bombero? Por lo que he oído, parece muy emocionante. —Puede que un cambio de tema hiciera la noche algo menos

incómoda.

—Puede llegar a serlo —dijo él—, pero la mayor parte del tiempo, estamos de brazos cruzados en el parque de bomberos. No hay muchos incendios por la lluvia.

—Pero los bomberos también se encargan de otras cosas, ¿no?

—Sí. Nos llaman de vez en cuando por accidentes, pero no es algo que ocurra a menudo.

Tenía la sensación de que el tema no daría más de sí, pero quería que continuara para que no fijara su atención en mí una vez más.

—¿Conduces alguna vez el camión de bomberos?

—A veces.

—Debe ser una carrera de locura.

—Sí —dijo él—. Me gusta encender las luces y acelerar en todos los cruces. Ojalá pudiera hacerlo siempre.

—Como todos —dije con una risa falsa.

—¿Sabías que no hace falta llave para el camión de bomberos?

Negué con la cabeza.

—Sólo hay que presionar un botón en el salpicadero.

—¿En serio? —pregunté—. Entonces cualquiera podría robarlo, ¿no?

Sonrió.

—No le digas a nadie que te lo he contado.

Cuando no actuaba de forma obsesiva, era interesante. En lugar de centrarse en mí, ponía el foco sobre sí mismo y revelaba aspectos más profundos de su personalidad.

—Te guardaré el secreto.

El camarero vino a nuestra mesa y pedimos las bebidas. En mi caso, una copa de vino, aunque hubiera preferido varios chupitos. El juego de las citas resultaba agotador al cabo de un tiempo. Y ahora, cuando quedaba con alguien, me preparaba para lo peor. Cuando pedimos la comida, Cameron decidió por los dos.

—Mi preciosa acompañante tomará la piccata de pollo.

Uf.

—Enseguida llevo su orden a cocina, caballero. —El camarero tomó los menús y fue a atender otras mesas.

¿Cuánto tardaría en llevar el vino?

Lo necesitaba cuanto antes.

—¿Has pensado alguna vez en ser modelo? —preguntó Cameron sin más preámbulos. Lo soltó como si hubiéramos estado hablando de ello hace un momento.

—No... —Tenía un master en química y jugaba al baloncesto en la universidad. Si pudiera elegir, iría siempre con pantalones vaqueros y sudadera. Fui un marimacho en mi adolescencia y, en el fondo, siempre lo seguiría siendo. —Cameron, te lo digo sin ánimo de ofender, pero ¿podrías ser algo menos descarado? —Decirlo haría que la noche fuera aún más incómoda, pero ya lo era de todas formas.

—¿Descarado? —preguntó—. ¿A qué te refieres?

—Es sólo que... me incomoda un poco que estés constantemente comentando mi aspecto.

—Oh. —Su rostro era inexpresivo, como si no supiera en absoluto a qué me refería.

—Ya sabes, decirme que soy guapa y esas cosas.

—Bueno... Me pareces guapa, —dijo encogiéndose de hombros—. ¿No os gustan a las chicas que os digan esas cosas?

—Pues claro —contesté—, pero siempre con moderación, ¿no?

Se apoyó en el respaldo de la silla con expresión amarga.

—No me di cuenta de que te incomodaba.

—Supongo que me siento un poco cohibida por mi aspecto.

—¿Por qué? —dijo de forma abrupta—. Eres perfecta, una chica diez.

Cada vez me estaba gustando menos.

—No has mostrado interés personal en mí ni una sola vez. No te importan

mis intereses, aficiones ni nada más. Puede que busques una relación basada en el físico, pero no es mi caso.

Puso los ojos en blanco desde el otro lado de la mesa.

—Lo siento —dije en tono sarcástico—, ¿te estoy molestando?

—Sólo trataba de ser un buen tío y me has contestado mal.

—No lo he hecho. Sólo te he pedido que dejes de repetirte como un maldito loro.

Me miró entornando los ojos. Ardían como carbones en la lumbre.

—Vale. ¿Quieres que te diga que eres fea?

—Te estás comportando como un niño pequeño.

—Y tú estás siendo maleducada.

—¿Yo? —pregunté incrédula—. ¿Cómo te sentirías si no hiciera más que repetir lo bueno que estás?

Sonrió como un idiota.

—Olvídalo —dije enseguida.

—Mira, me atraes mucho. ¿Tanto problema es?

Intenté recordar que sus cumplidos habían sido correctos. No comentó nada sobre mi pecho ni dijo ninguna grosería, así que no era para tanto. Tal vez me molestaban sus palabras porque yo no sentía la misma atracción por él. Me pregunté cuál habría sido mi reacción si Ryker me hubiera dicho aquellas cosas. Tenía el presentimiento de que habría sido muy diferente.

—Tienes razón, perdona.

—Acepto tus disculpas.

—Genial. —Enlacé las manos en el regazo y sentí la tensión apoderarse del espacio. Me quemaba la nuca, provocándome una punzada constante de ansiedad.

¿Dónde estaban las bebidas?

El camarero trajo al fin mi vino y su cerveza. Le quité la copa de las manos y di un buen trago, pues necesitaba emborracharme para poder aguantar el resto de la velada. Ojalá hubiera aceptado la oferta de Ryker y me

hubiera ido con él a su apartamento. El sexo habría sido genial y ahora mismo estaría satisfecha.

---

CAMERON ME ACOMPAÑÓ A LA PUERTA DE MI CASA, Y ANTES DE QUE PUDIERA desearle buenas noches o sacar las llaves, se abalanzó sobre mí. Me empujó contra la puerta y aplastó su boca contra la mía. No me besó de forma agresiva o sexy. Prácticamente me lamió el rostro antes de introducir la lengua en mi boca.

Traté de recuperar el aliento.

—¿Qué haces?

—¿Qué te parece que hago? —Volvió a meterme la lengua y noté babas resbalando por mi barbilla. Era incapaz de comprender cómo había podido transferir tanta saliva a mi boca en tan poco tiempo.

Lo aparté y me limpié.

—Gracias por la cena. Me voy a acostar ya.

Cameron no ocultó su decepción.

—¿Y si te acompaño?

¿Acababa de auto invitarse a mi apartamento?

—No creo que sea buena idea. Buenas noches. —Metí la llave en la cerradura. Por primera vez en mi vida, agradecí que mi hermano viviera conmigo. Si necesitaba ayuda, allí estaba.

—Venga. —Cameron se acercó más a mí—. ¿Qué puedo hacer para que cambies de opinión?

—Nada. Mi hermano está en casa.

—¿Vive contigo? —preguntó sorprendido.

—Sí, y es muy sobreprotector, así que deberías marcharte.

Dio un paso atrás.

—Siempre puedes venir a mi casa.

¿Es que la cita no iba a acabar nunca?

—Tengo que levantarme temprano mañana. Buenas noches, Cameron.

—Logré abrir la puerta al fin y la cerré enseguida. Cuando estuvo cerrada con llave y la cadena echada, suspiré con alivio.

Fue entonces cuando me percaté de los gemidos procedentes de la sala de estar.

Entré y vi a Rex sentado en el sofá viendo porno. Estaba completamente vestido y tenía los brazos apoyados en el respaldo del sofá. La escena se desarrollaba en la pantalla de mi televisor.

—¿Qué demonios estás haciendo?

Se sobresaltó al darse cuenta de que estaba allí.

—¿Qué?

—¿Por qué eres tan asqueroso?

—Ni que me estuviera tocando.

—Entonces, ¿por qué lo ves?

Se encogió de hombros.

—Me relaja.

Sentí ganas de arrancarme los pelos a tirones y gritar a pleno pulmón.

—Además, pensé que no volverías en toda la noche. ¿No tenías una cita?

—Sí, pero ha sido horrible. —La escena continuaba en el televisor y ambos actores jadeaban y gemían como si se lo estuvieran pasando en grande—. ¿Puedes apagarlo de una vez?

—¿Por qué? Sólo es porno.

—Y lo estás viendo en mi televisor. Ve a verlo a tu cuarto.

Puso los ojos en blanco y lo apagó.

—Ya está. ¿Puedes relajarte de una vez?

Arrojé el bolso a la mesa sin sacar el móvil. No quería que nadie se pusiera en contacto conmigo durante el resto de la noche. Lo único que me apetecía era irme a la cama y olvidarme de aquel día.

TRABAJABA COMO INVESTIGADORA PARA LA EMPRESA DE RECICLAJE COLLECT. Mi trabajo consistía en reducir la cantidad de desechos depositada en nuestros vertederos mediante la creación de productos que fueran reciclables o biodegradables. Las ciencias medioambientales siempre habían sido mi fuerte y me apasionaba mi trabajo.

El primer año que empecé a trabajar aquí, reduje la cantidad de desechos en un cinco por ciento. Puede que no parezca una cifra muy elevada, pero en el transcurso de un año se traduce en miles de toneladas de basura.

La mayoría de la gente no se paraba a pensar en la basura que echaba al contenedor ni en su destino, pero era un asunto muy serio. Sabía que no podía arreglar todos los problemas que encontrábamos, pero hacía lo posible por cambiar la situación.

En ese momento, estaba trabajando en recipientes biodegradables para guardar comida. Cartones de huevos, paquetes de fiambre, botellas de zumo de naranja y todo lo que los estadounidenses comprábamos a diario. Si encontraba la forma de que fueran totalmente biodegradables, revolucionaría el mundo de la gestión de residuos.

Pero no era algo que pudiera averiguar de un día para otro.

Jenny se acercó a mi mesa de laboratorio con la bata blanca y sin las gafas protectoras.

—¿Has oído las noticias?

Pausé el experimento en el interior de la campana química y solté las muestras. Tras quitarme los guantes de nitrógeno y arrojarlos a un lado, la miré.

—¿Qué noticias?

—El señor Price va a jubilarse.

El señor Price era el director ejecutivo de la empresa. La creó a una edad muy temprana y la había dirigido desde entonces. Se estaba haciendo mayor y sospechaba que su salud no era buena a juzgar por la forma en que

caminaba a veces, pero no me esperaba algo así.

—¿Sí?

Asintió.

—Aunque no me sorprende. Es bastante mayor.

El señor Price era uno de los mejores jefes para los que había trabajado. Era generoso y compasivo y, aunque no lo veía a menudo, me encantaba estar en su presencia. Era como el padre que nunca tuve.

—Es una lástima.

—Sí.

—¿Cómo lo has descubierto?

—Están enviando notas a todos los departamentos. Me lo dijo mi amiga de contabilidad.

Sería extraño no tener allí al señor Price. ¿Quién tomaría el relevo? ¿Cómo sería? ¿Mantendría mi puesto de trabajo?

—¿Van a vender la empresa?

—No, pero yo me iré de todas formas.

—¿Dimitirás? —Me quité las gafas—. Pero si te encanta.

—Lo sé —dijo con un suspiro—. Me va a costar irme de aquí, pero no pienso soportar al playboy que va a ocupar el lugar del señor Price.

—¿Playboy? —pregunté.

—Su hijo se hará cargo de la empresa. Por lo que he oído, es un estúpido rico que no ha trabajado en su vida. Se graduó en Harvard y vivió de las inversiones de su padre hasta que le pidieron que se hiciera cargo. No pienso lidiar con semejante imbécil.

—Pero ni siquiera lo conoces...

—Me basta con lo que he escuchado.

—¿Pondría el señor Price a su hijo a cargo si no creyera que iba a tener éxito? —De las dos, siempre solía ser yo la voz de la razón.

—Los padres se ciegan cuando se trata de sus hijos.

—Tal vez deberías quedarte y ver cómo marcha todo antes de tomar una

decisión precipitada. Si de verdad es tan flojo, lo más probable es que no cambie nada.

—O recortará nuestros sueldos para quedarse con el dinero.

—Estás haciendo conjeturas otra vez.

Levantó ambas manos, frustrada.

—Nunca volverá a ser lo mismo. Todo iba de maravilla y no estoy dispuesta a presenciar el cambio.

—No te precipites. Dale una oportunidad antes de presentar tu renuncia. O, al menos, espera a encontrar otro trabajo.

Se cruzó de brazos.

—Jenny, todo irá bien. Respira hondo.

Puso los ojos en blanco, pero hizo lo que le dije.

—Vayamos viendo cómo va todo poco a poco, juntas.

ENCONTRÉ a las chicas sentadas en una mesa del bar.

—Tenemos cuentas que ajustar.

El rostro de Jessie se iluminó al verme y el alcohol que había consumido hizo que sus mejillas se sonrojaran.

—¡Mirad quién está aquí! ¡Un rayo de sol!

Me dejé caer en la silla, fulminándola con la mirada.

—¿Cómo fue tu cita? —preguntó Kayden, totalmente ajena a mi expresión de enfado.

Jessie levantó los brazos en el aire como si estuviera de fiesta.

—De nada, chica. Apuesto a que te hizo ver las estrellas.

Jessie sólo resultaba divertida borracha si yo también lo estaba.

—Cameron era horrible. ¿Cómo pudiste tratar de emparejarme con él?

—¿Horrible? —preguntó Jessie—. ¿De qué estás hablando?

Comencé a imitarlo.

—Eres tan guapa. ¿Sabes lo guapa que eres? Dios, eres preciosa. —Puse los ojos en blanco con tanta fuerza que me hice daño en la cara—. ¿Será que es lo único que sabe decir?

Kayden sujetaba un cosmopolitan rosa en la mano.

—A mí me parece muy dulce.

—Fue dulce la primera vez que lo dijo, pero no dejaba de repetirlo sin

parar. Me daban ganas de hacerle tragar galletas para que se callara.

Jessie rio un poco y mordió la aceituna del palillo.

—Hay cosas peores.

—Estaba tan desesperado —dije—. Y cuando le dije que parara, fue un suplicio...

Jessie levantó la mano para hacerme callar.

—Eres muy exigente con los hombres. Si tuvieras la mente más abierta, tal vez encontrarías a alguien que te gustara de verdad. Si los rechazas por tonterías, acabarás muriendo sola.

—Aún no he llegado a la peor parte. —Me crucé de brazos.

—Oh... suena bien. —Kayden apuró el resto de su bebida.

—Cuando llegamos a mi casa, me empujó contra la puerta y decidió jugar a Operación con su lengua. Me la metió por todas partes, hasta por la nariz.

Kayden hizo una mueca.

—¡Uf!

—Qué asco —dijo Jessie.

—Incluso me cayó baba por la barbilla hasta el suelo. La oí salpicar. —Fue el peor rollo que había tenido jamás, y eso que había ido al campamento de sexto curso—. Besaba fatal y actuaba como si se estuviera luciendo. Me da igual que sea un bombero atractivo. Ese tío es un tarado que sabe disimularlo.

—Vaya... —Jessie dejó a un lado su bebida, pues era evidente que se le había pasado la sed. —Suena muy mal.

Kayden se estremeció.

—Qué asco.

—Así que no voy a volver a verlo. —Les dirigí a ambas una mirada asesina—. Y no es porque sea exigente.

—Te entendemos —dijo Jessie.

—Aceptamos tu decisión —dijo Kayden.

Sentí un inminente ataque de tortícolis y me di un masaje en la nuca.

—¿Qué os contáis vosotras?

—He oído que viene un nuevo jefe a COLLECT —dijo Jessie.

—¿Qué? —repliqué—. ¿Cómo te has enterado?

—Lo leí en el periódico. Y debo decir que el tipo nuevo está como un tren.

—¿Sí? —Jenny no lo había mencionado.

—Sí —dijo Jessie—. Se veía muy guapo en la fotografía. Al menos recibirás órdenes de alguien atractivo.

—Sólo espero que no sea tan terrible como lo pintaba mi compañera —dije.

Jessie se encogió de hombros.

—No decía nada en el artículo, pero por lo que tengo entendido, todo aquel que se cría en una familia adinerada suele ser un poco cretino. Los más humildes suelen ser los multimillonarios que se hicieron a sí mismos.

—Es cierto —dijo Kayden. Llevaba rizado su largo pelo rubio, que caía sobre uno de sus hombros. Sus brillantes ojos azules le daban el aspecto de una muñeca de porcelana.

—¿Cuándo empieza a trabajar oficialmente? —preguntó Jessie.

Me encogí de hombros.

—La verdad es que no tengo ni idea. En el laboratorio de investigación no solemos tratar con nadie de fuera. Así que, sea bueno o malo, lo más probable es que no tenga que cruzarme mucho con él.

—A menos que folléis —dijo Jessie.

La fulminé con la mirada.

—Jamás me acostaría con mi jefe por muy guapo que fuera.

—Pues yo sí —dijo Jessie—. Está tan bueno que lo haría.

—Tengo que verlo por mí misma —dijo Kayden—. Por la biblioteca no es que pasen muchos chicos atractivos.

—Porque es la biblioteca —Se mofó Jessie—. Sal y vive un poco.

Kayden alzó su copa vacía.

—Muchas gracias.

CUANDO VOLVÍ A CASA DEL TRABAJO, ENCONTRÉ ALLÍ A ZEKE Y REX.

—No puedo creer que haya vuelto a la ciudad. —La voz de Zeke procedía de la sala de estar—. Hace al menos diez años que no vemos a ese tío.

—¿A que sí? —dijo Rex—. Se fue en cuanto se graduó. Quería alejarse lo más posible de este lugar.

—¿De qué estáis hablando? —Dejé mi bolso en la encimera y saqué una cerveza del frigorífico.

—Uf —dijo Rex—. Ya ha llegado el monstruo.

—El monstruo iba a traerte otra cerveza, pero ya te puedes ir olvidando.

Rex cambió enseguida de opinión.

—Quería decir que la hermana pequeña más maravillosa del mundo ha llegado. —dijo con voz aguda— Yupi.

—Mejor así. —Entré en la sala de estar y le tendí el botellín.

Zeke siguió todos y cada uno de mis movimientos.

—Hola, Rae. ¿Qué tal?

—Bien.

—¿Cómo fue la cita? —Zeke dio un trago a su bebida.

—Fatal. —Me senté en el sofá a su lado, recostándome en los cojines. En el laboratorio, estaba de pie todo el día y, cada vez que me sentaba, mi culo me lo agradecía.

—¿Tan mal fue? —Zeke era técnicamente amigo de mi hermano, pero también mío.

—Me escupió en la boca. Dejémoslo ahí. —Aún me lavaba los dientes con ganas para eliminar la saliva.

El rostro de Rex se contrajo en una expresión que no había visto nunca.

Parecía una mezcla de curiosidad y disgusto.

—¿Estás diciendo que te escupió literalmente en la boca?

—Más o menos. —Di un largo trago a la cerveza para deshacerme del regusto que aún quedaba en mi boca.

—¿Cómo puede pasar algo así? —preguntó Zeke—. ¿Te quedaste quieta con la boca abierta y dejaste que lo hiciera?

—¿Sí? —preguntó Rex—. ¿Fue como jugar al tiro al blanco?

—¡No! —Su imaginación siempre tomaba derroteros peligrosos—. Al final de la cita fue a darme un beso de buenas noches y acabó ahogándome con la boca. Dios, fue asqueroso.

—Entonces, ¿lo apartaste de un empujón y eso fue todo? —preguntó Zeke.

—Quería entrar a follar —añadí—, pero le dije que se fuera a paseo. Si besa así de mal, imaginad cómo será en la cama. —Sentí un escalofrío al pensarlo.

—Me pregunto por qué Jessie trató de emparejarte con él —añadió Zeke.

—No tengo ni idea —dije—. Ni siquiera sé si alguna vez mantuvo una conversación con él. Probablemente le dijera que le parecía mona, y ella hizo de cupido.

—Pues más le vale no perder su trabajo —dijo Rex—. No se le da muy bien hacer de celestina.

Me volví hacia Zeke. Era el mejor amigo de mi hermano, así que comprendía lo molesto que era Rex.

—Cuando volví a casa, Rex estaba viendo porno en la sala de estar. ¿Te lo puedes creer?

Zeke miró a Rex con expresión de disgusto.

—¿Estabas meneándotela, aunque sabías que tu hermana iba a llegar a casa?

—Ni loco —dijo Rex—. Sólo lo estaba viendo por el sonido envolvente.

—Oh —Zeke asintió—. Ahora lo entiendo.

—¿Qué? —Estaba a punto de darle un sorbo a la cerveza, pero me detuve—. ¿Que lo entiendes?

—No suena igual en el ordenador —dijo Zeke—. Si tienes los altavoces adecuados, se logra el efecto total.

Los hombres eran asquerosos.

—¿A que sí? —dijo Rex—. ¿Tú también lo ves en el televisor?

—Cuando estoy soltero —dijo Zeke.

—Exacto —dijo Rex—. En el televisor es mejor.

—Pero es mi televisor —razoné—. No olvides que ahora vives conmigo.

—¿Cómo podría? —Me miró con fastidio mientras daba otro sorbo a la cerveza.

—Zeke, ¿por qué no te lo llevas? —Hice una mueca, suplicándole con la mirada.

Zeke negó con la cabeza.

—Ni-de-coña. Si lo hiciera, dejaríamos de ser amigos.

—Oye. —Rex le dirigió una mirada ofendida—. La amistad está por encima de las mujeres, tío.

—Sólo estoy siendo honesto —dijo Zeke—. ¿Le mentirías a tu mejor amigo?

Rex apartó la vista sin saber qué decir.

Zeke se volvió hacia mí.

—Vamos a jugar al baloncesto, ¿te apuntas?

—No la invites —dijo Rex—. Es un fastidio en la cancha.

—No lo soy — afirmé—. Piensas eso porque soy mejor que todos vosotros.

—Cometes faltas contra todos — replicó Rex.

—No —dije—. Los aparto de mi camino como hace LeBron, pero la tomas conmigo porque soy una chica.

—Yo quiero que juegue —dijo Zeke—. Puede estar en mi equipo.

—Querrás decir que puedes estar en mi equipo —dije.

Zeke me fulminó con la mirada.

—Oye, si no fuera por mí, ni siquiera jugarías.

—¿Ves? —dijo Rex—. Te dije que mi hermana era insoportable. Prefiero llamarla EMIT.

Aquel apodo era lo más estúpido que había oído en mi vida. Lo usaba únicamente cuando estábamos solos, pero al parecer, iba a hacer partícipe también a Zeke.

—¿EMIT? —preguntó Zeke—. ¿Es necesario que lo sepa?

—Significa estúpida, molesta, irritante y tonta —Rex se dio unos golpecitos en la cabeza con los dedos haciéndose el listo.

Zeke contuvo la risa sin querer dejarla escapar porque yo estaba delante. Apretó los labios, pero noté la risa que intentaba contener por el movimiento de su pecho.

—Es genial, ¿verdad? —dijo Rex—. Puedo soltarlo todo en una sola palabra. Me ahorra mucho tiempo.

—Es irónico —dije—, porque yo también tengo un apodo para ti.

—¿Sí? —preguntó Rex—. ¿El tío más fantástico del mundo? Ese no cuenta porque todos me llaman así.

—¿Cuál es? —preguntó Zeke.

—MST —dije.

Zeke alzó una ceja.

—¿Qué significa?

Le dirigí a Rex una mirada triunfante.

—Mierda sin techo.

---

NOS DIRIGIMOS POR LA CALLE A LAS CANCHAS LOCALES A SÓLO UNAS manzanas. Hacía mucho que había terminado la escuela, así que esperábamos que no hubiera niños ocupándolas. Si no, tendríamos que jugar con ellos

como la última vez.

Rex intentó hacer girar el balón con el índice.

—¿Cómo lo hace Michael Jordan? —El balón no hacía más que irse hacia un lado y tenía que estabilizarlo.

—Para empezar —dije—. Él sabe jugar al baloncesto y tiene manos masculinas. Las tuyas son manos de hadita.

Rex me arrojó el balón al hombro y lo atrapó al rebotar.

—Zurullo.

—¿Es otro acrónimo? —pregunté con sarcasmo.

—No —contestó Rex—, lleva implícito el significado.

Dimos la vuelta a la esquina y nos dirigimos a las canchas.

Estaban rodeadas de una valla metálica, entre dos bloques de apartamentos. Sentí lástima por quien viviera allí.

—Algunos de mis amigos jugarán con nosotros —dijo Rex.

—Lo sé. —Puse los ojos en blanco—. Ya los conozco a todos.

—Bueno, también ha venido mi colega de Nueva York. Acaba de mudarse. Hace siglos que Zeke y yo no lo veíamos.

Me daba igual su biografía.

—¿Es bueno?

—Sin duda —dijo Zeke—. Jugábamos con él al baloncesto en secundaria.

Corría un aire frío y el cielo estaba encapotado. Parecía que iba a llover, aunque esperábamos que no fuera así. Los pantalones de chándal y el suéter que llevaba no eran resistentes al agua. Ya habíamos jugado con lluvia antes y se podía, pero acabé enfermando.

—¡Eh! —Rex saludó a Toby chocando los cinco—. ¿Qué pasa, tío?

—Nada —dijo—. Estoy listo para darte una buena paliza.

—Ja. —Rex le dio una palmada en el hombro—. Esa es buena. —Se volvió hacia el otro tipo, oculto a mi vista por los hombros de Rex—. Oh Dios mío, mira cómo has crecido. —Le dio la bienvenida chocando el puño con él y se echó a un lado.

Cuando Rex se apartó, pude verle. Noté enseguida sus rasgos faciales y el brillante color de sus ojos. Tenía el cabello corto, oscuro y ligeramente rizado en las puntas. Sus amplios hombros llenaban la camiseta que llevaba y tenía las mismas piernas musculosas del otro día.

Era Ryker.

Cuando se alejó de mí, creí que jamás volvería a verlo, pero de algún modo, nuestros caminos se habían vuelto a cruzar. Noté que mi corazón se agitaba y brotaban alas de él como si fuera una mariposa. Aunque se había marchado sin pedirme salir, aún sentía calor en mi interior al mirarlo.

—Tío, ¿qué tal? —preguntó Rex.

—Genial —dijo Ryker—. Me alegro de haber vuelto a casa.

Rex sujetó el balón bajo el brazo.

—Mientes más que hablas.

Ryker sonrió al ver que lo habían pillado.

—Vale. No soy muy fan de Seattle.

—Entonces, ¿qué haces aquí? —preguntó Rex.

—Mi padre necesitaba ayuda con el negocio. —Sin ni siquiera mencionarlo, estaba claro que no quería saber nada de aquel trabajo. Era una obligación—. Y no se le puede dar la espalda a la familia, ¿verdad?

—Jamás. —Rex se volvió hacia mí—. Por cierto, esta es mi molesta hermana, Rae.

Nuestros ojos se encontraron y tuvimos una conversación sin palabras. A juzgar por la leve sorpresa que vi en su mirada, no esperaba volver a verme. No parecía complacido ni decepcionado.

Ryker se recuperó del shock antes que yo. Se acercó, irguiéndose sobre mí gracias a su altura. Tenía una ligera sonrisa en los labios y llevaba la misma barba de pocos días que la última vez.

—Me alegro de volver a verte.

—Yo también.

—¿Dónde está Safari?

—En casa. Perseguiría el balón por toda la cancha si lo trajera.

—Eh... ¿qué? —Rex pasaba la mirada de uno a otro—. ¿Os conocéis?

—Nos conocimos en el parque —dijo Ryker con calma—. Safari quería venirse a mi casa.

Y yo también.

Ryker me miró a los ojos con intensidad, como si tratara de encontrar algo.

—¿Cómo fue la cita?

—Horrible.

—¿Sí? —preguntó—. ¿El tipo era un psicópata?

—Besaba fatal.

Ryker se rio y dio un paso atrás.

—Esos son los peores. —Se volvió hacia Zeke para saludarlo—. Has puesto mucho músculo, tío.

—Empecé a levantar pesas en la universidad. —Zeke no era tan cordial con su viejo amigo como creí que lo sería. Apenas le estrechó la mano y se apartó—. Que empiece el partido.

Ryker alzó una ceja durante un instante, pero no le dio mayor importancia.

—De acuerdo —dijo Rex—. Me da igual cómo se formen los equipos, pero no quiero estar en el de mi hermana.

—¿Va a jugar con nosotros? —preguntó Ryker sorprendido.

La tensión se apoderó de repente de todos los presentes, haciéndose tangible.

Rex se frotó las sienes irritado.

—Tío, no deberías haber dicho eso...

Me crucé de brazos y le dirigí una mirada cargada de veneno.

—¿Por qué te sorprende? ¿Porque soy una mujer?

Ryker sabía que se había equivocado.

—No, no quise decir eso.

—Entonces, ¿qué quisiste decir exactamente?

Zeke tomó el balón de Rex y lo dribló entre sus piernas.

—Rae es la que mejor juega de todos nosotros, así que ten cuidado.

Ryker mantuvo la calma y ocultó sus pensamientos tras su mirada.

—En ese caso quiero estar en su equipo.

Rex se inclinó hacia Ryker y bajó la voz hasta convertirla en un susurro.

—Esa ha sido buena...

—Juguemos —dije—. Ya está bien de cháchara.

---

RYKER JUGABA BIEN AL BALONCESTO TAL COMO ESPERABA.

Pero yo era mejor que él.

Era más rápida en la cancha y tenía más control del balón. Y al igual que mi ídolo, Stephen Curry, encestabas canastas de tres puntos con facilidad. Cada vez que Rex me bloqueaba, era contundente. No le importaba darme un empujón o golpearme la cara con el hombro. Yo lo daba todo y él también. Cuando era el turno de Zeke, siempre mantenía las distancias. Evitaba tocarme a cualquier precio. Aunque mi hermano me machacara, Zeke me trataba como si fuera frágil. El caballero que llevaba dentro prevalecía.

Al final del partido, llevábamos treinta puntos de ventaja.

—Y así es como se hace. —Hice una dramática reverencia.

Rex me despeinó con fuerza.

—¿Qué sentido tiene ganar cuando se es repugnante? —Dribló el balón y se acercó a por su botella de agua cerca del banco.

Zeke se aproximó hacia mí, sudando y aún sin aliento.

—Buen partido. —Chocó los cinco conmigo.

—Sí —dije en respuesta—. Eres rápido en la cancha.

Se llevó las manos a las caderas mientras trataba de recuperar el aliento.

—No tanto como tú.

—Bueno, nadie lo es. —Me eché hacia atrás el cabello y levanté el mentón.

Zeke rio y me dio un empujón de broma.

—Mocosa.

Se lo devolví.

—Tienes muy mal perder.

—¿No se te ha ocurrido que podría haberte dejado ganar?

—Um... la verdad es que no.

—Pues es posible. Perder le haría daño a ese ego tan fuerte que llevas contigo a todos lados.

—Creo que el que está en juego es tu ego, así que te seguiré la corriente para que lo conserves.

Rio y volvió a empujarme.

—Perdedora.

—Vamos a Bill's —dijo Rex—. Tengo sed.

—Es un bar —señalé.

—Obvio. —Puso los ojos en blanco y comenzó a caminar con Ryker y Tobias.

Zeke se quedó a mi lado y caminó junto a mí.

—Me vendría bien una cerveza bien fría ahora mismo.

—¿Después del ejercicio?

—¿No es esa la razón por la que se hace ejercicio? —preguntó—. ¿Para poder comer todo lo que se te antoje?

—Yo como lo que se me antoja de todos modos.

—Tienes suerte de tener un buen físico sin esfuerzo.

Me reí.

—¿Un buen físico?

—¿Qué? —preguntó—. ¿No sabes la definición?

—Es una forma extraña de decirlo. Y créeme, no tengo tan buen cuerpo. Mis muslos son como una masa amorfa. Cada vez que me quito los

pantalones, me pregunto si debería huir de ellos gritando.

—Para correr necesitas las piernas, así que sería bastante complicado.

—Podría cortármelas. Así tú me las volverías a colocar. —Zeke era médico. Tenía su propia consulta desde hacía un tiempo.

—No soy cirujano —dijo—. Soy dermatólogo.

—Es cierto. No eres médico de verdad. —Intenté no sonreír tras decir eso último. A Rex y a mí nos gustaba meternos con él por ello. Era muy divertido cuando se ponía como un tomate.

—Soy médico de verdad.

—¿Reventar granos es un tratamiento médico?

Me miró con furia durante un segundo antes de que una sonrisa empezara a formarse en sus labios. Sabía que intentaba provocarle.

—¿Qué tiene hoy de especial?

Ahora era yo la que estaba perdida.

—¿Qué?

—Hoy es el día en que quieres morir, ¿no? —Levantó las manos como si fuera a matarme a cosquillas.

Las miré con miedo e intenté pensar en un plan de escape.

—Es raro que lo digas... —Salí corriendo como loca, apartando a Rex a un lado mientras trataba de huir de Zeke.

Zeke se quedó atrás.

—Buena decisión.

---

NO QUERÍA SENTIRME DESPLAZADA, ASÍ QUE PEDÍ UNA CERVEZA COMO TODOS los demás. Ya habían pedido patatas fritas y alitas y en la televisión emitían información deportiva sobre el último partido de los Seahawks.

—¿Dónde vives? —Ryker estaba sentado al lado de Rex, justo frente a mí.

Rex apoyó los codos en la mesa con los ojos pegados a la pantalla.

—Tengo un apartamento a unas manzanas.

—Ejem. —Me aclaré la garganta de forma audible ante la información falsa que había dado.

Ryker me observó sin saber qué significaba esa interrupción.

—Se refiere a mi apartamento. —Rocé con los dedos el vaso helado de cerveza. Me dolía el estómago de no comer en mucho tiempo. Las alitas y patatas grasientas me parecían la mejor comida del mundo—. Vive conmigo.

Ryker no se metió con él por ello.

—¿Te gusta la compañía?

—Uf. —Rex puso los ojos en blanco y movió la cabeza al mismo tiempo. Parecía que se le iba a caer—. Ni de coña. No tuve más remedio porque estoy sin blanca.

Me volví hacia Zeke.

—Sabes que te lo puedes llevar cuando quieras.

—¿Y que me deje la casa hecha un vertedero? —Hizo un gesto negativo con la cabeza—. No, gracias. —Su pelo oscuro del color de la corteza de un árbol contrastaba con su tez clara. Era agradable a la vista y las chicas iban en tropel hacia él y hacia mi hermano. Éramos amigos desde que tenía uso de razón. Era el otro hermano que nunca tuve, el bueno.

—¿Por qué estás sin blanca? —preguntó Ryker.

—Compré una bolera —dijo Rex.

Ryker estaba a punto de dar un trago, pero se detuvo.

—¿Una bolera?

Esa maldita bolera no había sido más que un incordio.

—Rex ganó la lotería.

—¿En serio? —preguntó Ryker—. ¿La lotería de verdad?

—Sí —dijo Rex—. Cien de los grandes.

—Y este idiota decidió comprar una bolera —dije—. Fue la peor inversión del mundo. El año pasado apenas si recuperó los gastos de

operación. Y lo peor es que Rex no sabe nada de bolos. Ni siquiera ha jugado jamás.

—Oye, señorita Prissy —soltó Rex—, ¿por qué no dejas de ser tan negativa todo el rato? Yo no te echo en cara todos y cada uno de tus fracasos.

—Sí que lo haces. —¿Es que no tenía memoria?

Rex me ignoró y continuó hablando con Ryker.

—La situación de la economía es una mierda, así que el negocio no remonta. Sigo esperando, pero no veo que haya cambios. Puede que tenga que venderla y lo más probable es que no recupere mi dinero.

Aunque mi hermano me fastidiaba comportándose como un cerdo en la casa, traía a mujeres extrañas al apartamento y me insultaba delante de todos nuestros conocidos, siempre contaría con mi apoyo. Sabía que debía ayudarlo en ese asunto.

—Puede que tengas que hacer algunos cambios.

—¿Cambios? —preguntó Rex.

—Una reforma o algo, ya sabes.

—Pero eso cuesta dinero —replicó—. En caso de que te preguntes por qué vivo contigo, es porque no tengo un centavo.

—Tengo ahorros. —Añadí—. Pueden emplearse en algo bueno.

Zeke me miró como si me hubieran salido alas y cuernos.

Rex se quedó con la boca tan abierta que le llegaba a la mesa.

—Cállate.

—Pues, ¿sabes lo que creo que estaría muy bien? —dije—. Que abrieras un bar. Sé que es mucho trabajo porque necesitarías la licencia, pero si sirvieras alcohol y buena comida para acompañar el partido, la gente iría por las noches.

Ryker asintió y hubo un brillo en sus ojos verdes.

—No es mala idea.

—Y si le diéramos una capa de pintura a la fachada y le dijéramos a la gente que va a haber una gran reapertura, seguro que tu negocio se

recuperaría. —Lo aprendí en la clase de negocios de la universidad. Llamar la atención con ese tipo de estrategias siempre aumentaba las ventas. Era la razón por la que muchas cadenas de comida rápida reformaban sus locales cada cinco años por regla general.

Zeke asintió.

—A lo mejor tendrías que haber dejado las ciencias y estudiar marketing.

—No —dije—. Me gusta lo que hago.

—¿Eres científica? —preguntó Ryker con interés.

Cada vez que me hablaba directamente, sentía un nudo en el estómago. Me costaba ser yo misma cuando estaba con él por la tensión y los nervios.

—Mis campos de estudio son la química ambiental y la biología.

Dio un trago a su cerveza con una mirada de aprobación en los ojos.

—Es fantástico.

Zeke me dio un codazo en el costado.

—Belleza e inteligencia. No se ve muy a menudo.

Le sonreí agradecida.

—Gracias.

—¿Belleza? —preguntó Rex—. Cada vez que miro a Rae, me imagino a un uombat intentando cagar.

Tobias iba a dar un trago a la cerveza cuando se detuvo y estuvo a punto de volcar el vaso.

—¿Quién demonios dice esas cosas?

—Es cierto —dijo Rex—. Es por la forma en que lleva el pelo.

—¿Liso...? —Apenas me tocaba el pelo por pereza. Cuando salía con Jessie y Kayden, dedicaba tiempo a mi aspecto, pero en las demás ocasiones, tomaba el camino más fácil—. Y recuerda que acabo de ofrecerte ayuda.

—Maldición. —Rex suspiró como si acabara de darse cuenta de su error—. Quiero decir que estás bien.

Era lo más que llegaría a decirme.

—Lo acepto.

—Va a costar mucho dinero —dijo Zeke—. Yo también contribuiré.

—No. —Rex miró a su mejor amigo casi con enfado—. Olvídalo.

—¿Qué? —preguntó Zeke—. No me importa. Y Rae no tendría que pagarlo todo.

—La respuesta sigue siendo no. —Insistió Rex.

—¿Por qué? —preguntó Zeke—. ¿Aceptas su dinero, pero no el mío?

—Ella es parte de mi familia —replicó Rex—. Es diferente.

Zeke no reaccionó abiertamente, pero supe que, en su interior, algo se había roto.

—Siempre pensé que éramos familia.

—Y lo somos —dijo Rex—. No lo decía con esa intención...

—Pues déjame ayudarte —dijo Zeke—. No te lo ofrecería si no quisiera.

Zeke siempre había sido un buen amigo de Rex y yo lo apreciaba, aunque nunca lo demostrara. No sabría qué hacer si Jessie y Kayden no estuvieran a mi lado todos los días.

—Creo que es buena idea —dije—. Así ninguno de los dos nos arruinaremos.

—No sé... —Rex suspiró nervioso—. Ni siquiera sé con certeza si podré devolveros el dinero.

—Lo harás. —La bolera era un antro. Era vieja y con paredes grises. Si le dábamos un poco de vida, no sólo atraería a gente joven sino a familias. Había muchas tiendas y bares en los alrededores y era la única bolera en 30 kilómetros. Tenía mucho potencial.

—Y aunque pudiera, tardaría un tiempo —dijo Rex—. No podría devolveros el dinero de la noche a la mañana.

Zeke le dirigió una mirada llena de enfado.

—Ambos tenemos posgrados, ¿te crees que somos idiotas?

—Bueno, creo que Rae es una de las personas más tontas que he conocido jamás. Aunque tú, por el contrario, tienes bastante talento. —Rex apuró el resto de la cerveza y dejó el vaso vacío sobre el posavasos.

Ryker nos observó mientras hablaba.

—¿Vuestras conversaciones siempre son así?

—¿A qué te refieres? —preguntó Rex.

—Os tratáis mal, pero al mismo tiempo os apoyáis mutuamente. —Ryker me miró a los ojos y vi algo oculto en sus profundidades que era incapaz de discernir.

Rex se encogió de hombros.

—Es mi hermana y la odio, pero... me cae bien... a veces.

No lo decía con mala intención, así que respondí en consecuencia.

—A mí también me cae bien él... muy de vez en cuando.

---

—NO HAY NADA MEJOR QUE ALITAS Y CERVEZA. —RYKER DIO UNAS palmaditas en su vientre plano.

—Amén.

Se metió las manos en los bolsillos mientras caminaba a mi lado, con Rex, Zeke y Tobias unos pasos más adelante de nosotros.

—No te recuerdo de los tiempos de secundaria. Es extraño porque Rex y yo solíamos estar siempre juntos.

—Bueno, me lleva cinco años, así que no estuvimos en secundaria al mismo tiempo. Esa debe ser la razón.

Asintió.

—Es raro que nuestros caminos hayan vuelto a cruzarse...

—Sí. Y mi perro no tuvo que perseguirte para que sucediera.

Se rio.

—Tal vez eres tú la que siente dónde estoy en lugar de Safari.

—Qué siniestro...

—Como una acosadora, ¿no? —dijo riendo.

—Sí. Me gustan los tíos buenos como a cualquier mujer, pero no tanto

como para acosar a nadie.

—¿Tío bueno? —Me miró con una sonrisa en el rostro y fuego en la mirada.

—Como si nunca te hubieras mirado al espejo.

Volvió a mirar hacia adelante sin dejar de sonreír. Se había ruborizado un poco o tal vez fueran imaginaciones mías.

—¿Quieres venir a mi casa?

La última vez que me pidió salir dijo exactamente lo mismo. No me invitaba a cenar o al cine.

—Directo al grano, ¿eh?

No parecía arrepentirse por ello.

—Podemos tener una cita si quieres, pero lo único en lo que vamos a pensar durante la cena es en acostarnos. Nos atraemos, así que ¿por qué no nos saltamos esa parte y pasamos directamente a lo bueno?

—Y, ¿no es incluso mejor cuando hay un preámbulo? ¿Cuando conoces a la otra persona?

—O podemos conocernos de forma íntima... —dijo exactamente lo que quería sin ningún tipo de vergüenza. Ningún otro hombre podría conseguirlo sin parecer estúpido. Ryker tenía un atractivo tremendo y poseía una dosis letal de confianza en sí mismo. Conseguía lo que quería sin mucho esfuerzo y era probable que no tuviera que hacer apenas nada la mayoría de las veces.

Se acercó a mí, rozándome el hombro con el brazo.

—¿Qué dices, cariño?

Hasta su voz me excitaba. Con sólo una palabra hacía que la sangre fluyera por mi cuerpo con más fuerza. La atracción inmediata y ardiente que sentía era tal que podría provocar un incendio en mitad del campo. Ya había rechazado una vez su oferta por una cita que me había dejado con mal sabor de boca. No quería volver a hacerlo.

No era ninguna necia. Ryker había dado muestras en varias ocasiones de ser un mujeriego. Derretía bragas con sólo una sonrisa y llevaba un cartel en

el pecho con la leyenda “rompecorazones”.

Pero deseaba algo bueno tras el periodo de sequía que había pasado. Quería calor y pasión sin complicaciones. Aunque quisiera encontrar al hombre adecuado y ser feliz con él para siempre, quería estar satisfecha mientras esperaba a que apareciera en mi vida.

—De acuerdo.

Sonrió de oreja a oreja.

—Esperaba que dijeras eso.

—Pero antes tengo que ir a mi casa. Nos vemos luego.

—¿Por qué no vamos ahora?

—Porque mi hermano se pondrá muy pesado si se entera.

Ryker observó a Rex unos pasos más adelante y se volvió hacia mí.

—¿Qué le importa?

Puse los ojos en blanco.

—Es muy raro con el tema de los chicos. Cuando no vivía con él me resultaba mucho más fácil tener citas. Pero si llevo a un hombre a mi apartamento o no llego a casa hasta la mañana siguiente, se enfada.

—¿Y él lleva mujeres al apartamento?

—Siempre. —Había perdido la cuenta del número de veces que había aparecido una chica en tanga en la cocina mientras hacía el desayuno antes de irme a trabajar—. Tiene un doble rasero. Es muy protector conmigo, aunque no lo necesite.

—No me pareces la clase de mujer que soportaría algo así.

—No lo soy —dije con firmeza—. Se lo he recriminado muchas veces, pero nada ha cambiado. Como es una situación temporal, es más fácil pasar de puntillas. Y como eres su amigo, será un millón de veces peor. Siempre me lo estaría reprochando.

—Entiendo la última parte.

—¿Nos vemos entonces en una hora?

—Supongo que puedo esperar un rato. —Al rozarme, sentí un fuerte calor

en mi interior.

—No empieces sin mí, ¿vale?

—Puede que lo haga... pero estaré pensando en ti.

---

REX Y ZEKE ESTABAN EN LA SALA DE ESTAR CUANDO TOMÉ MI BOLSO, preparada para salir. Me afeité cada centímetro del cuerpo a excepción de los brazos, cejas y cabellos, y llevaba unas sugerentes bragas de color negro.

—Voy a salir con Jessie. Nos vemos luego.

Rex no se volvió, pero levantó la mano en señal de despedida.

—Hasta luego. No me gustaría estar en tu pellejo.

No pude evitar responderle con sarcasmo.

—Muy buena...

Zeke se dio la vuelta, dirigiéndome su atención.

—¿Qué tenéis pensado hacer?

—No lo sabemos aún —dije—, pero es probable que haya alcohol de por medio.

—¿Aún quieres más después de lo de hoy? —preguntó Zeke sorprendido.

—Ya me conoces —dije—, soy un pozo sin fondo.

—Vale, diviértete. Y llámame si necesitas que te recoja con el coche.

—Si llamo a alguien será a Rex. Ese idiota está en deuda conmigo.

Rex seguía sin darse la vuelta.

—Pensé que te ibas.

—Vete al infierno.

Rex me hizo un corte de manga con la vista aún fija en la pantalla.

---

RYKER TENÍA UN BONITO APARTAMENTO CERCA DE LA ORILLA. ESTABA EN LA

planta más alta del edificio y el ascensor me llevó directamente hasta allí.

¿Estaba forrado?

Cuando el ascensor llegó a su planta, el interfono comenzó a sonar como un teléfono. Ryker contestó tras varios tonos.

—¿Sí?

Me quedé allí de pie, incómoda, sin saber a qué dispositivo debía hablar.

—Soy Rae...

—Me preguntaba cuándo llegarías. —La puerta se abrió, mostrando su sala de estar. Las ventanas llegaban hasta el techo y los listones del suelo eran de madera de caoba. Las paredes eran grises con molduras blancas y los muebles eran de color crema.

Entré en el apartamento y oí la puerta cerrarse detrás de mí. Eché un vistazo a mi alrededor, tratando de no quedarme boquiabierta al ver sus costosas posesiones. Mi trabajo como investigadora en COLLECT estaba muy bien pagado, pero no era nada comparado con aquello. Sólo lo que había en su sala de estar costaba más que todas mis pertenencias juntas.

Ryker apareció por la izquierda, con pantalones de chándal de talle bajo. Estaba sexy incluso con un estilo informal. Llevaba el pelo un poco revuelto como si no se hubiese peinado al salir de la ducha, pero es probable que supiera que iba a acariciarlo con mis dedos y despeinarlo de todas formas.

—Me alegro de que hayas venido. —Se aproximó hacia mí y agarró el bolso que llevaba colgado al hombro, colocándolo en la mesa que teníamos al lado con un movimiento fluido.

Ahora que estábamos solos, empecé a sentir un fuerte calor. Mi cuerpo se encendía como un motor que llevaba mucho tiempo apagado. Tardé un poco en alcanzar la máxima potencia, pero en cuanto lo hice, estuve lista.

Ryker me miró fijamente a los ojos con toda la confianza del mundo. Ahora que no había testigos, me contemplaba como si fuera su presa. Recorrió mi cuerpo con su mirada, como si imaginara exactamente lo que haría cuando llegara a cada zona.

Noté sus dedos moviéndose bajo mi barbilla y me sujetó la cara. No solía gustarme que me agarraran así, de esa forma tan posesiva, pero cuando lo hacía él, era distinto. Movié mi rostro con cuidado, obligándome a alzar los labios hacia los suyos. Se acercó hacia mí, a punto de inclinarse para besarme.

Cuando sus labios estaban a escasos centímetros de los míos, cerré los ojos. Estaba preparada para sentir aquel roce que lo consumía todo, aquel fuego que me quemaba de la cabeza a los pies. Mi cuerpo deseaba el suyo de forma carnal. Al igual que un animal, quería probarlo y darlo todo.

—Te prometo que este beso será mucho mejor que el último que te dieron.

Alcé los labios de forma involuntaria y abrí los ojos para mirar los suyos.

Tenía una mirada seria y centraba toda su atención en mi boca. Movié los dedos hasta mi cuello y me sujetó por la nuca. Entonces, agarró un mechón de mi cabello para mantenerme en esa postura, ofreciéndome mis labios.

Se acercó despacio y presionó sus labios contra los míos. Los sentí suaves al rozar mi boca. No era un contacto agresivo como había indicado su mano. Fue un beso lento, prácticamente inmóvil. Se limitó a permanecer en esa posición, saboreando la delicadeza del contacto. Entonces, movió sus labios sobre los míos, besándome con determinación. Noté su aliento en mi boca y mis pulmones. El calor de sus dedos hacía arder mi piel, recordándome en todo momento que era suya esa noche.

Con la mano que tenía libre, me agarró de la cintura, aferrándose a la otra cadera. Me atrajo hacia sí, presionando la curva de mis pechos contra su torso. Había sido un marimacho toda mi vida, pero Ryker me hacía sentir mujer.

Hizo más profundo el beso sin aumentar el ritmo. Era tan lento como al principio, pero me encantaba así. No había prisa por llegar a la meta. El viaje era igual de satisfactorio.

Ryker se apartó para contemplarme y sentí mis labios huérfanos de su

contacto. Me dio un vuelco el corazón al ver que se detenía durante unos instantes. Rozó mis labios con los suyos de manera sugerente antes de besar la comisura de mis labios. Entonces, comenzó a besarme de nuevo.

Rodeé su cuello con los brazos y mis dedos, como si tuvieran vida propia, se enredaron en sus cabellos. Eran suaves como sospechaba y las puntas rizadas eran ligeramente gruesas.

Me encantaba sentir cada detalle de sus rasgos bajo la punta de mis dedos. Su olor inundaba mis sentidos y aquel aroma quedó grabado para siempre en mi mente.

Sin esfuerzo, Ryker me levantó por las nalgas y rodeé su cintura con mis piernas de forma automática, como si mi cuerpo anticipara aquel movimiento. Noté sus labios en mi cuello y besó mi garganta de forma seductora.

Pasó junto a la ventana y me llevó hasta el pasillo. Todas las puertas estaban cerradas, por lo que no sabía a dónde conducían, pero me distraía demasiado con sus labios como para que me importara.

Entramos en su habitación y me tumbó con cuidado en la cama, rodando conmigo encima del edredón. Tenía sus muslos entre los míos y volvió a sujetarme del cabello mientras me besaba en la boca.

Recorrí su pecho con mis manos, sintiendo sus músculos bien definidos bajo la camiseta. Al llegar a la cintura, introduje la mano por debajo de la tela para sentir su piel desnuda. Su estómago era todo surcos y abdominales, y su pecho era duro como una roca. Un gemido indescifrable escapó de mis labios al alcanzar mi cuerpo un nuevo estado de excitación. Estaba lista para él en cuanto entré en su apartamento. No recordaba la última vez que había tenido relaciones sexuales y me excitaba que esta vez terminara bien. Ryker no me parecía la clase de hombre que deja a una chica insatisfecha.

Noté una mano en mis vaqueros y desabrochó con facilidad mi camisa. Me besó al mismo tiempo, sin perder la concentración al hacer dos cosas a la vez. Tras bajarme la cremallera, me quitó los pantalones. Al quedarme en ropa interior, contempló las bragas negras que llevaba. Sus ojos se fijaron en

la zona como si fuera su objetivo. Entonces, me separó las piernas y besó el centro de la tela.

Mis manos se crisparon enseguida sobre las suyas, y gemí al sentir la caricia. El calor de su boca era muy placentero sobre esa zona sensible. Quería que continuara, pero jamás estaría tan desesperada como para pedirselo.

Subió una vez más y me quitó la parte de arriba. Al igual que con los vaqueros, la desabrochó con una sola mano. Cuando se soltó, besó el valle entre mis pechos y chupó los pezones. Me agarró una teta y la apretó de forma agresiva.

Todos esos preliminares hacían que me retorciera de placer. Ya estaba empapada y lista, pero eso no significaba que quisiera terminar. Escuchar el sonido de nuestras bocas al besarnos y nuestra respiración agitada ya era de por sí excitante.

Agarré la parte inferior de su camisa y tiré rápidamente de ella hacia arriba. La placa de hormigón que conformaba su torso era exactamente como esperaba que fuera. Su piel estaba bronceada como si saliera a correr sin camisa y los músculos de sus brazos y hombros eran aún mejor.

Le quité los pantalones y los calzoncillos a la vez, pues quería desnudarlo lo más rápido posible. Cuando su miembro salió a la luz, emití un gemido de gozo.

Ryker me miró de forma ardiente y acercó dos de sus dedos a mi abertura. Masajeó con cuidado la zona antes de introducirlos en mi cuerpo. Acaricié sus bíceps y vi el deseo reflejado en su rostro. Movié los dedos a la vez antes de sacarlos despacio.

—Polla grande. Coño pequeño. Buen sexo. —Me besó el estómago antes de abrir el cajón de la mesita de noche y sacar un pequeño envoltorio de aluminio.

Lo tomé de sus manos e hice los honores. Enrollé el látex en su miembro hasta la base. Sentirlo en mis manos hizo que me excitara como nunca. La

medí con los dedos y comprobé que su longitud era de unos 20 centímetros. El hecho de que fuera gruesa la hacía parecer aún más grande.

Se situó sobre mí y me besó lentamente, incluso más que hacía unos minutos. Parecía haberse detenido, anticipando el momento en que nuestros cuerpos se unirían.

Estaba ansiosa y necesitada. Sus caricias me excitaban más de lo que podía soportar. Quería sentirlo muy dentro de mí. Lo agarré de las caderas y tiré de él con cuidado.

Terminó de besarme y apoyó su frente en la mía. Entonces cumplió mi petición silenciosa y me penetró con la punta de su grueso miembro, que se abrió paso en mi interior, llenándome por completo.

Ryker emitió un leve gemido mientras me penetraba. Necesité unos instantes para que mi cuerpo se acostumbrara a su enorme tamaño. Cada vez que se estiraba, notaba un ligero dolor, pero había mucho más placer que otra cosa.

Descendió lentamente, introduciéndolo centímetro a centímetro. Cuando estuvo dentro del todo, se mantuvo inmóvil, tensándose sobre mí y saboreando cada segundo.

Me aferré a sus hombros, clavándole las uñas en la piel. Lo hice más fuerte de lo que era mi intención y puede que hubiera sangre, pero las responsables eran mis hormonas. Eché la cabeza hacia atrás sin pensar y arqueé la espalda. Nada podía describir lo mucho que estaba disfrutando del sexo con él.

Y apenas acabábamos de empezar.

Se balanceó lentamente en mi interior y su miembro avanzaba ayudado por los fluidos que mi cuerpo producía por él. A veces me miraba fijamente las tetas, y otras, contemplaba mi rostro. Su mirada me decía que estaba disfrutando tanto como yo.

Acaricié su cabello, sintiendo los mechones entre mis dedos. Los retorcí, notando el sudor que empezaba a acumularse en la nuca. Me embestía más

fuerte a cada minuto que pasaba, haciendo que el cabecero golpeará contra la pared.

La noche acababa de empezar, pero notaba esa sensación distante formándose en lo más profundo de mis entrañas. Era una estrella candente que caía de los cielos y ardía a medida que atravesaba el firmamento. Cada fibra de mi ser volvía a la vida tras un largo sueño. Sería el orgasmo más fuerte que había sentido nunca y lo sabía incluso antes de que se desencadenara.

Me mordí el labio, aferrándome a sus bíceps mientras aquel placer imparable me arrasaba como una apisonadora, golpeándome con fuerza y haciéndome pedazos. Mi boca formó una O y comencé a gemir. Jadeé y grité, pues me encantaba la forma en que apretaba automáticamente los músculos en torno a su miembro. Me corrí, proporcionando más lubricación de la que necesitaría jamás.

Pasado el momento, estaba acalorada y cubierta de sudor, pero me sentía bien, así que no quería que terminara. Recorrí su espalda con mis manos y noté lo bien definidos y tonificados que estaban todos y cada uno de sus músculos. Podría esbozar la anatomía del cuerpo humano sólo con tocarlo.

—Um... —Apoyó más peso en sus manos mientras se inclinaba sobre mí, moviéndose con embestidas más largas.

Quería llevar las riendas un rato. Después de aquella actuación, se merecía tumbarse y dejarme que hiciera parte del trabajo. Lo agarré de los hombros e hice que se tumbara, sujetándome a él mientras me movía. Su miembro escapó de mi cuerpo, aterrizando contra su estómago con un ruido sordo.

Mantuve el equilibrio con los talones a cada lado de sus caderas y guie la punta de su miembro a mi abertura.

Ryker me observó con deseo y asombro. Me sujetó por las nalgas, guiándome sobre su miembro y deseando penetrarme de una vez. Entonces me asió por las caderas y se apoyó en las almohadas.

Lo agarré de la cintura y boté sobre su entrepierna, usando mis glúteos y muslos para mantener el ritmo. Aunque notaba un calor abrasador, continué porque sentía mucho placer.

A Ryker le encantó.

—Joder, nena. —Me embistió desde abajo, presa de un deseo aún mayor.

Me apoyé en su pecho y boté, dejándome caer sobre su gran miembro una y otra vez. No pensé que pudiera tener otro orgasmo, al menos no tan rápido, pero sentí que volvía a empezar. Era extraño en mí y sólo sucedía si estaba particularmente excitada.

O si mi pareja era particularmente buena en la cama.

Un gemido escapó de su garganta.

—Cariño, si sigues no podré aguantar mucho más.

Clavé mis uñas en su piel y me moví más rápido, notando el sudor que corría por mi pecho y hombros. Sentía el pelo húmedo del sudor.

—Voy a volver a correrme de todos modos.

—En ese caso... —Apretó el pulgar contra mi clítoris y lo frotó con fuerza. Hizo movimientos circulares, como a mí me gustaba. La presión era buena, pero él aplicó más al movernos al unísono. Me embistió con más fuerza y supe que estaba a punto de explotar.

—Ya viene...

—Venga, cariño. —Cerró los ojos y respiró con dificultad, conteniendo su impulso.

No tuve que decírselo cuando estaba a punto de correrme, pues mis gritos y chillidos fueron suficientes. Me aferré a él en busca de equilibrio, haciendo que me penetrara aún más y disfrutando de la forma en que palpitaba dentro de mí.

Me agarró de las caderas y gimió conmigo, llegando al orgasmo en ese mismo instante. Presa del placer, trató de recuperar el aliento y su rostro se sonrojó.

Permanecí sobre él, consciente de pronto de lo sudorosa y caliente que

estaba. Habíamos hecho mucho ejercicio durante ese encuentro, pero todo el esfuerzo había merecido la pena.

Lo aparté de mí despacio y sentí la suavidad de su miembro semierecto. Me tumbé a su lado, tratando de recuperar el aliento.

Se quedó tumbado en silencio hasta que acercó su mano para agarrar la mía. No me abrazó porque los dos teníamos demasiado calor.

Tras todo ese ejercicio, no podría volver a casa a pie de ninguna manera. Estaba exhausta y satisfecha. Sólo quería dormir y preocuparme por ello a la mañana siguiente. Tomé mi teléfono de la mesita de noche y le mandé un mensaje rápido a Rex.

*Estoy agotada. Me quedo en casa de Jessie.*

Envié un mensaje a Jessie en caso de que Rex le preguntara. *Si Rex te pregunta, anoche estuve contigo. Te contaré los detalles después.* Arrojé mi móvil a la mesita de noche y cerré los ojos. Me quedé dormida prácticamente al instante.

---

—BUENOS DÍAS, CARIÑO. —RYKER ME BESÓ EL CUELLO HASTA QUE desperté.

Era una forma maravillosa de empezar el día.

—Buenos días.

Me besó el hombro y luego el pecho.

—¿Has dormido bien?

—Sí. Tu cama es muy cómoda.

—¿Puedes dormir sin Safari? —Su voz tenía una nota de humor.

—De vez en cuando. —Abrí los ojos y contemplé su rostro. Estaba inclinado sobre mí, apoyándose en los codos.

—Estás muy guapa por las mañanas.

—¿Sí? —Debía tener maquillaje por toda la cara. Seguro que se me había

corrido la máscara de pestañas y mi pelo era un desastre. Como no me parecía a Miranda Kerr, no podía despertarme y levantarme de la cama tal cual.

—Sí. —Me besó la comisura de los labios.

Aquel gesto volvió a encenderme.

—Siento haberte despertado. No sabía si tenías que ir a trabajar o algo.

—¿Tú no?

—Aún no. No empiezo hasta la semana que viene.

—Qué bien. —Me senté y miré la hora—. Maldita sea, tengo que marcharme. Pensaba volver a casa anoche, pero estaba demasiado cansada.

—No pasa nada. ¿Quieres darte una ducha? Puedo prepararte algo para desayunar.

—No, estoy bien. —Me vestí enseguida y me acerqué al espejo que había encima del tocador. Tenía el pelo enmarañado, pero logré peinarlo con los dedos. No se me había corrido el maquillaje, pero ya no quedaban restos, seguramente por el sudor de la noche anterior.

Ryker me acompañó a la puerta con los pantalones de chándal y una camiseta. Sentí celos de que pudiera quedarse tranquilo en casa mientras yo tenía que ir a trabajar y estudiar niveles de pH y bacterias beneficiosas.

—Anoche fue divertido.

—Sí. —Sin decir nada, dejó claro lo que había sido la noche anterior. Una mera aventura entre dos conocidos. Debería haberme mantenido alejada de él, pero necesitaba mi dosis de sexo. De hecho, no me arrepentía de nada. Las aventuras de una noche podían ser una experiencia increíble según se mirara. Podríamos ocultarlo y nadie lo sabría jamás. Sería nuestro secreto inconfesable.

—Nos vemos. —Me acerqué y le di un último beso, despacio—. Este me lo llevo para el camino.

Sonrió y vi la expresión en sus ojos.

—¿Te hace falta una caja?

—No. Lo llevaré en el bolsillo de atrás.

---

**REX**

*Si REX PREGUNTA, anoche estuve contigo. Te contaré los detalles después.*

Miré fijamente el mensaje con los ojos entrecerrados. ¿Ponía lo que creo que ponía? Volví a leerlo y ladeé la cabeza sin saber qué pensar.

—¿Qué? —Zeke estaba sentado a mi lado, con una cerveza apoyada en el muslo.

—Rae me ha enviado un mensaje de texto extraño.

—¿Qué dice?

Le pasé el móvil.

Zeke lo leyó en voz alta.

—Si Rex pregunta, anoche estuve contigo. Te contaré los detalles después. —Se quedó mirando la pantalla y volvió a leerlo en silencio—. ¿Te ha mandado algo más? —Se desplazó hacia arriba y vio el mensaje anterior que había enviado—. Estoy agotada. Me quedo en casa de Jessie.

Recuperé el móvil.

—Creo que su intención era enviar el último mensaje a Jessie, pero me lo mandó a mí por error.

—¿Por qué mentiría?

Eso era lo que me preocupaba. Rae jamás me mentía. Siempre me decía la verdad a la cara por muy fea que fuera.

—No tengo ni idea.

Zeke miró a un punto fijo en la distancia, perdido en sus pensamientos.

—¿Crees que se ha acostado con alguien? —Habló con voz apagada.

—No lo sé. Si es así, espero que no sea con Ryker.

Zeke, disgustado, se tensó al instante.

—Es el mayor Don Juan que he conocido jamás.

—Más que tú y yo juntos.

Zeke dio un largo trago a su cerveza, taciturno y silencioso.

—Es demasiado buena para él.

—Lo sé. —Me metía mucho con mi hermana, pero en realidad la tenía en un pedestal. Lo pasamos mal en nuestra juventud y, aun así, había llegado a lo más alto. Nunca alardeaba de su éxito y, aunque era más inteligente que yo, jamás me menospreciaba. Cuando sufrí la crisis financiera, ni siquiera tuve que preguntarle si podía mudarme con ella. Se ofreció.

—¿Vas a hablar con ella?

—No sé qué hacer. —Nos peleábamos en el campo de batalla, pero había reglas tácitas entre nosotros. Nunca nos mentíamos y eso era lo que hacía que nuestra relación fuera única y complicada al mismo tiempo. Por mucho que se oscureciera el cielo o llegaran momentos difíciles, siempre podía confiar en ella. Pero si no podía ser honesta conmigo, es que algo sucedía.

—Puedo hablar con ella, —Se ofreció Zeke—. Nuestra relación es diferente.

—No. —Tenía que hacerlo yo.

Zeke se echó atrás, sabiendo que no debía meterse

—De acuerdo.

Ryker era un tipo decente, pero lo había visto hacer cosas que harían a cualquier hombre prohibirle acercarse a su hermana. Había asumido que Ryker entendía que Rae estaba fuera de su alcance. Y si la tocaba, tendría que decirle algo al respecto... con mis puños.

Zeke dejó la botella en la mesa y se frotó las sienes como si tuviera migraña.

—¿Estás bien, tío?

—Sí. —Contempló el suelo, perdido en su propio mundo—. Debería marcharme. —Se levantó del sofá y tomó las llaves antes de salir. No se despidió ni hizo nada más.

Algo le molestaba.

---

ACABABA DE HACER UNA JARRA DE CAFÉ CUANDO LLEGÓ RAE. LLEVABA LA misma ropa que la noche anterior y el pelo recogido en un moño. Parecía exhausta, pero al mismo tiempo descansada.

—Hola. —Dejó el bolso en la encimera con las llaves.

—Hola. —Serví una taza de café.

—¿Cómo fue la noche?

Nunca charlaba conmigo y sospeché que sólo lo hacía porque se sentía culpable. Me había mentido y no debió hacerlo. De hecho, podría haberse callado. Si hubiera estado preocupado por ella, le habría enviado un mensaje. Pero no tenía por qué decirme dónde estaba ni lo que hacía como si fuera su padre.

—Bien. ¿Y la tuya?

—Bien.

—¿Qué hicisteis Jessie y tú? —Fingí un tono de voz neutral para que no supiera lo enfadado que estaba.

—Fuimos a varios bares y sembramos el caos por toda la ciudad.

—Suena divertido...

—Luego me quedé a dormir en su sofá.

—Debe dolerte el cuello.

—Sí. —Se encogió de hombros y se lo masajeó—. Bueno, tengo que arreglarme para ir al trabajo. Cuando vuelva, hablaremos de todos los cambios que necesita la bolera.

—Genial. —Yo también debía irme. Trabajar detrás del mostrador era tremendamente aburrido. Ojalá hubiese podido permitirme contratar a un empleado para que lo hiciera por mí.

—Muy bien. —Avanzó por el pasillo y entró en el cuarto de baño. Me quedé junto a la encimera y seguí tomando café.

---

—ME MARCHO. —CERRÉ LA CAJA REGISTRADORA Y ME LAVÉ LAS MANOS enérgicamente.

Helena estaba de pie detrás del mostrador, mirando Facebook en su móvil.

—Vale. Hasta mañana. —Estaba cubierta de tatuajes de la cabeza a los pies y llevaba algunos mechones de su cabello negro teñidos de morado. Tenía piercings por toda la oreja, desde el lóbulo hasta la parte superior.

Estaba muy buena.

En cuanto cumplió dieciocho, vino pidiendo trabajo. Necesitaba salir de casa de sus padres y tener su propio espacio. Le dije que sí, por supuesto.

—Llámame si me necesitas.

Me dirigió una mirada insinuante.

—Siempre te necesito, Rex.

Me estremecí y noté cómo se endurecía mi miembro dentro de los pantalones. Quería tomarla por detrás y follarla en mi propio escritorio, pero le llevaba diez años. Aunque tuviera dieciocho, era muy joven e ignorante. Tenía la sensación de que era más delicada de lo que aparentaba.

Me dirigí al apartamento y al entrar vi a Rae y Zeke sentados en la mesa de la cocina. Había patatas fritas y salsa, así como varios botellines de cerveza. Rae había sacado su portátil y Zeke estaba sentado con el móvil en la mesa.

—Ya ha llegado el alma de la fiesta. —Arrojé las llaves en la mesa de la

entrada y abrí una cerveza.

—Viva... —la voz de Rae estaba llena de sarcasmo, como siempre.

—He dejado a Helena encargada de la bolera y se le da de muerte. —Me senté en la mesa junto a Zeke.

—Ten cuidado, —Le advirtió Zeke—. Las chicas jóvenes pueden ser muy pegajosas.

—¿Esa chica tatuada con muchos piercings? —preguntó Rae—. Rex, más te vale mantenerte alejado de ella. Es demasiado joven para ti.

—Déjame en paz —dije—. Si fuera a tirármela, ya lo habría hecho.

—No deberías haberla contratado, para empezar. —Rae abrió su portátil.

—¿Qué tiene de malo? —pregunté—. ¿Lo dices porque es un poco basta?

—No —dijo Rae—. Porque es terrible como empleada. ¿Cuántas quejas te han llegado por su culpa?

Muchas.

—Es buena. No voy a despedirla si es ahí donde quieres llegar.

—Es obvio —dijo Rae—, pero no sigas contratando chicas sólo porque estén buenas.

—Atraen clientes —rebatí.

Zeke se encogió de hombros.

—Es verdad.

Rae puso los ojos en blanco.

—Perdona, ¿quieres dirigir una bolera o un tetaurante?

Abrí los ojos de par en par y miré a Zeke.

Tenía la misma expresión en su rostro.

—Tío, habría sido mortal.

—¡Maldita sea! ¿Por qué no lo hice? —Ese sería mi mayor arrepentimiento.

Rae ya estaba acostumbrada a nosotros, así que nos ignoró.

—Centrémonos en lo que tienes.

—Vendámoslo y abramos un tetaurante —dije—. Tías buenas con tetas

grandes. Será perfecto.

—Yo estoy contigo —dijo Zeke.

Rae no pareció sorprenderse lo más mínimo.

—¿Por qué no abres un club de striptease?

Zeke asintió con vehemencia.

—Me gusta la idea.

—Es perfecto —dije—. Sólo hay que vender la bolera.

—No vamos a venderla —dijo Rae con más paciencia que de costumbre—. No te darían ni la mitad de lo que pagaste por ella. Trabajemos en el local y saquémosla adelante. Puede que cuando las cosas funcionen, tengas suficiente dinero como para abrir otro negocio.

—Eso sería genial. —Tendría chicas bailando a mi alrededor todos los días y encima me pagarían.

—Vamos a centrarnos. —Rae siempre era la más seria de los dos. Cuidaba de ella, pero a veces tenía la personalidad de un sargento instructor.

—Tenemos que remodelar el exterior. Una capa de pintura y un cartel nuevo harían maravillas, pero debemos esperar a que pase la temporada de lluvias. Si no, se estropeará.

—Es verdad —dijo Zeke.

—Ahora podemos trabajar en el interior del local —dijo Rae—. Si añadiéramos un bar, atraeríamos a más gente. Tal vez no un bar completo, pero al menos que sirva cerveza y vino. Si añades muchas más opciones, podría atraer a gente turbia. Recuerda que es un local familiar.

—Entendido —dije.

—Creo que unas máquinas recreativas también contribuirían a que hubiera buen ambiente.

—¿No son caras? —pregunté.

—Podemos hacernos con algunas que estén remodeladas —dijo Zeke—. Si estamos pendientes en Craigslist, podremos conseguir buen material a un precio razonable.

—Genial —dije.

—Vamos a tener que quitar la moqueta —dijo Rae—. Huele fatal.

—Oye, le dije al portero que la limpiara. —repliqué.

—Pues sigue oliendo como si doscientos gatos se hubieran meado encima. —Tomó nota en su ordenador.

Me volví hacia Zeke con una mirada que decía, “¿En serio?”

Se encogió de hombros y asintió.

Maldita sea.

—Con todos esos cambios, quedará como nueva —dijo Rae—. Y creo de verdad que la gente vendrá en masa.

—Entonces podré contratar a más empleados para no tener que estar allí todo el tiempo. —Llevar un negocio tenía aspectos positivos, pero también inconvenientes. Como no podía permitirme pagar a gente que me ayudara, trabajaba todo el día. Quería hacerlo por las mañanas y luego marcharme.

—No sé con certeza cuándo sucederá, Rex. La mayoría de los propietarios de negocios trabajaban a destajo durante años antes de que eso suceda. —Zeke me dirigió una mirada triste.

—Uf. —Me tapé el rostro y suspiré.

Rae volvió a esgrimir su argumento de siempre.

—Podrías haber invertido en...

—Compré la bolera. Lo hecho, hecho está. —Levanté la mano en alto para que dejara de ladrar como un perro faldero.

Rae se calló, pero en sus ojos seguía habiendo rastros de carácter.

—¿Cuánto va a costar todo eso? —No sé si quería saberlo?

—No te lo puedo decir con seguridad hasta que tenga un presupuesto —dijo Rae—, pero a grandes rasgos, diría que... al menos cuarenta mil.

Casi me caigo al suelo.

—¿Cuarenta mil? ¿Dólares? Por favor, dime que hablas de pesos.

Zeke asintió.

—Tiene razón. El bar será la parte más cara y creo que también deberías

servir comida. Pizza y patatas fritas o algo así.

Me tapé la cara con las manos.

—Tengo ganas de vomitar.

—A lo mejor podrías llegar a un acuerdo de concesión con otro negocio —dijo Rae—, como Pizza Hut o Starbucks. Ellos venden sus productos dentro de la bolera y tú obtienes beneficios por el uso de las instalaciones.

—Pero, ¿querrán hacer negocio en una bolera sin clientes? —preguntó Zeke.

Rae asintió.

—Buena observación.

—Esperad —dije—. Todavía no me he recuperado de los cuarenta mil.

—Rae y yo nos dividiremos esa cantidad —dijo Zeke—. Así no será demasiado dinero para ninguno de los dos.

—¿Demasiado dinero? —Se me iban a salir los ojos de las órbitas—. ¿Cuánto dinero tenéis?

—Se llama cuenta de ahorros —dijo Rae.

—Y yo soy médico —dijo Zeke—. En caso de que lo hayas olvidado.

—Pero, aun así —dije—, no puedo aceptar ese dinero de vosotros, no cuando ni siquiera sé si podré devolvéroslo.

—Somos conscientes del riesgo, Rex —dijo Rae.

—No puedo dejar que lo hagáis. —Hice un gesto negativo con la cabeza—. Lo siento.

—Entonces quebrarás en cuestión de un año —dijo Rae—. A lo sumo, dos.

—Tiene razón —dijo Zeke—. Prefiero invertir el dinero a verte perderlo enseguida. En ese caso, perderías mucho más dinero del que vayamos a invertir nosotros.

—Y creo de verdad que podría funcionar —dijo Rae—. El ambiente es muy importante. Si la gente no se siente cómoda, no irá. ¿Por qué crees que a todo el mundo le encanta Disneyland? Porque la gente se siente bien allí. Eso

es justamente lo que debes conseguir.

—Nunca he estado en Disneyland, así que no sé a lo que te refieres. —Y estaba casi seguro de que Rae tampoco.

—Es sólo la idea —dijo Zeke—. Si es un cuchitril, no atraerá a la gente. Nadie querrá ir allí un sábado si es un sitio viejo y destartalado.

—Supongo que sé a lo que te refieres —admití.

—Así que tenemos que convertirlo en un lugar de moda —dijo Rae—. Un sitio donde todo el mundo quiera ir a pasar el rato.

—Aunque el plan funcionara y tuviera más clientes de los que puedo atender... quién sabe cuánto tardaré en devolveros el dinero. Podrían ser años. Diez años. —¿Acaso comprendían las implicaciones de lo que iban a hacer?

—Lo sabemos —dijo Zeke—. Y no nos importa.

—No vamos a invertir en ello todo nuestro dinero —dijo Rae—. Tenemos más.

—Vaya. —Le dirigí a Rae una mirada severa—. ¿Cuánto dinero tienes, niña?

—No te lo voy a decir —contestó.

—¿Para qué estás ahorrando?

—¿Para una casa? —respondió con sarcasmo—. Un sitio con patio para que Safari pueda correr. Para la educación de mis hijos.

—¿Qué hijos? —repliqué.

—Mis futuros hijos. —Rae puso los ojos en blanco—. Eres más tonto de lo que pensaba.

—De todas formas —dijo Zeke—, no vas a dejarnos sin blanca. Eso es lo que trata de decirte.

Aun así, me sentía mal por aceptar su dinero. Hacía meses que mi hermana me dejaba vivir con ella sin pagar alquiler. Cuando las cosas se ponían feas, Zeke me pagaba todos los almuerzos y cenas. Hacían mucho por mí sin ni siquiera pedirlo. ¿Podía aceptar aún más de ellos?

—¿Por qué no hacemos una bolera temática? —dijo Zeke—, y la llamamos Groovy Bowl. Decoramos el interior con colores psicodélicos y los listones de madera de la pista cada uno de un color diferente. Ponemos signos de la paz por todas partes y cubrimos las sillas con flecos. Incluso podemos vender coronas de flores a la gente que le interese.

—No es mala idea —dijo Rae.

—Sí, es genial —dije—. Jugaría a los bolos en un lugar así y ni siquiera me gusta.

—Podríamos poner música de los 60 y los 70 de fondo e incluso figuras recortadas de cartón con imágenes de The Beatles y The Doors para que la gente asome la cabeza por el agujero y se haga fotos —dijo Zeke—. Podemos hacer muchas cosas.

—Sí —dijo Rae—. Es fantástico. —Escribió las notas en su ordenador—. Groovy Bowl. Me gusta.

—Podríamos vestir a los empleados de hippies. —dije—. Las chicas llevarían camisetas con el ombligo al descubierto y pantalones cortos. —Sonreí al pensarlo—. Oh... pueden llevar una trenza sobre el hombro.

—Sí. —El rostro de Zeke mostraba el mismo entusiasmo—. Pueden bailar en los mostradores cada hora y...

—Calmaos, chicos. —Rae chasqueó los dedos—. Habéis ido demasiado lejos.

Suspiré derrotado.

—Soñar es divertido...

—Si abriéramos una bolera que fuera al mismo tiempo un club de striptease, tendrías serios problemas —dijo Rae.

—Mi polla no está de acuerdo —dije.

Rae hizo una mueca de disgusto.

—Que lo que digas sea apto para todos los públicos cuando estoy delante. Soy tu hermana.

—Pues a lo mejor tú no deberías... —Iba a llamarle la atención por

escabullirse la noche antes y mentirme. Debíó haberse acostado con alguien, probablemente con Ryker, y eso no era para todos los públicos en absoluto, pero no dije nada porque no estaba seguro de querer enfrentarme a ella aún—. No importa.

Zeke me miró como si supiera exactamente lo que iba a decir.

—Como pensaba. —Rae tenía una expresión confiada en el rostro, como si acabara de derrotarme.

Dejé que siguiera pensando que así era... por ahora.

---

FUI A LA BIBLIOTECA Y ME DIRIGÍ AL MOSTRADOR CERCA DE LA PARTE trasera del edificio. Allí estaba Kayden. Llevaba el pelo rubio recogido en una coleta alta con los mechones rizados. Sus suaves cabellos tenían un brillo particular, como si estuvieran hechos de miel y seda. Llevaba gafas de montura negra.

Nunca antes la había visto con gafas.

Cuando llegué al mostrador, tenía la vista fija en el ordenador. Estaba escribiendo en el teclado con gran concentración. Sin mirarme, dijo:

—En un segundo estoy con usted.

—Vale. —No tenía prisa.

Al reconocer mi voz, alzó la vista. Vi la sorpresa reflejada en su rostro y debió darse cuenta de que llevaba puestas las gafas porque se las quitó apresuradamente e intentó dejarlas en el mostrador sin éxito. Se le cayeron al suelo y se agachó para recogerlas. Al levantarse, se dio un golpe en la cabeza.

—Ay...

Me apoyé en el mostrador y miré hacia abajo.

—Kay, ¿estás bien?

—Sí. —Se frotó la coronilla y se levantó. Cuando mostró su rostro, vi que se había ruborizado. No se veía enfadada ni dolorida. Me pareció que estaba

más avergonzada que otra cosa—. Ah, hola. —Se arregló el pelo, sonrojándose.

—¿Te has hecho daño en la cabeza? ¿Quieres que te eche un vistazo?

—No. Estoy bien. —Me detuvo con voz aguda.

Miré sus gafas en el mostrador.

—No sabía que llevabas gafas.

—Oh. —Al verlas, las arrojó a un cajón—. Sólo me las pongo de vez en cuando. No es que me hagan falta ni nada por el estilo.

—Pues te quedan muy monas.

El rubor desapareció de sus mejillas, sustituido por palidez. Me miró con los ojos muy abiertos y sin parpadear. Ni siquiera respiraba.

Kayden siempre era tímida y callada. Me sorprendía que mi hermana y ella fueran tan buenas amigas. Rae era rebelde, insufrible y no se callaba ni debajo del agua. Kayden no podía ser más diferente.

—No era mi intención ofenderte... —Acababa de decirle que era mona. Ni que hubiera hablado de sus tetas ni nada por el estilo.

—No me has ofendido —respondió enseguida—. Es sólo que yo... —Dejó la frase a medias y rompió el contacto visual, volviendo a sonrojarse— ¿Qué te trae por aquí? —Tragó saliva con dificultad.

—He venido a por un libro.

—Oh. ¿De qué clase?

—Un libro de marketing —dije—. Rae, Zeke y yo vamos a remodelar la bolera y quería repasar algunas cosas. —De hecho, quería aprender. No sabía mucho de nada.

—Puedo ayudarte. —Dio la vuelta al mostrador y se acercó a mí. Llevaba una falda negra de tubo ceñida y una blusa rosa. Era pequeña y tenía curvas llamativas. Siempre había pensado que tenía muy buen cuerpo. Sus pantorrillas eran especialmente bonitas y resaltaban cuando llevaba tacones.

La seguí por los pasillos hasta que encontramos la sección correcta. Entonces, miró los distintos libros junto a mí.

—Hay mucho donde elegir.

—¿Tienes alguna recomendación?

—No, lo siento. No suelo leer sobre marketing.

—¿Qué lees?

—¿Cómo?

¿Por qué era siempre tan asustadiza?

—¿Qué lees? Ya sabes, por diversión.

—Oh... —Asintió al comprender la pregunta—. Me gustan las novelas de fantasía.

—¿De dragones y esas cosas?

Asintió avergonzada.

—Es genial.

—¿Lo crees de verdad? —Parecía inquieta—. ¿No piensas que soy un bicho raro?

—Claro que no. —¿Por qué iba a hacerlo?

Asintió y dio un paso atrás.

—Bueno, ahí tienes la selección. Si necesitas algo más, dímelo.

—Gracias, Kay.

—No hay de qué. —Se alejó. De hecho, prácticamente salió corriendo.

La observé alzando una ceja antes de volver mi atención a los libros.

---

ME QUEDÉ EN LA BIBLIOTECA LEYENDO PORQUE SABÍA QUE NO HARÍA NADA EN casa. Bebería algunas cervezas y vería lo que echaran en el canal de deportes. Al menos, allí había menos distracciones.

Cuando terminé, devolví el libro a su sitio y me dirigí al mostrador. Kayden seguía allí, con las gafas puestas una vez más. Eran negras con montura cuadrada. Le daban un aire severo, pero le quedaban bien.

Cuando vio que me acercaba, su postura relajada desapareció. Se movió

de un pie a otro, tensa, como si más que un amigo fuera su enemigo.

Hacía mucho que conocía a Kayden, así que no sabía con certeza cuál era el problema.

—Oye, ¿estás a punto de salir?

—Sí. La biblioteca cierra ya.

—Genial —dije—. ¿Quieres ir a tomar algo?

—Eh... —Reaccionó como si la hubiera invitado a ir de viaje a Irán—.

Claro.

—Kay, ¿te pasa algo?

—No. ¿Qué me va a pasar? —Se quitó las gafas y las metió en un cajón.

—¿Estás... tensa? —No podía explicarlo con claridad.

—Oh. Ha sido un día muy largo. No te preocupes por mí.

Creí en sus palabras.

—¿Qué te apetece? Hay una pizzería al otro lado de la calle.

—Me parece bien.

Salimos de la biblioteca y entramos en el local. Había varias personas dentro compartiendo una pizza familiar. Supuse que Kayden y yo compartiríamos algo, ya que no vendían porciones.

—¿Pedimos un combo?

—Vale.

Pedí la pizza y fui a por las bebidas. Tras llenar los vasos en las máquinas, nos sentamos en una mesa.

Ahora que estaba a solas con Kayden, me di cuenta de que no solíamos hacer muchas cosas juntos, solos los dos. Veía a Jessie muy a menudo y nunca resultaba incómodo, pero con Kayden parecía como si hubiera algo raro. Cuando estábamos juntos en un grupo, no me daba cuenta, seguramente porque nunca hablábamos el uno con el otro.

—Bueno... ¿te gusta la biblioteca?

—Sí. La verdad es que me encanta. —Tenía la voz suave, como la de una profesora.

—¿Qué es lo que te gusta? —No trataba de menospreciarla, simplemente sentía curiosidad.

Se encogió de hombros.

—Crecí con libros. Me gusta estar rodeada de ellos todo el día.

—¿Te gusta leer?

—Leo a todas horas. Probablemente un libro por semana, dependiendo de la extensión.

Me quedé con la boca abierta.

—¿Uno a la semana? Mierda, yo no soy capaz ni de leerme uno en un año.

Se rio.

—Hoy has leído uno.

—Pero ha sido casualidad —dije agitando la mano—. Es probable que no vuelva a leer jamás en la vida.

—¿Por qué?

—Es aburrido.

—Puede que no hayas encontrado un buen libro.

—Bueno. —Me encogí de hombros—. Me cuesta mucho quedarme sentado durante mucho tiempo a menos que esté viendo la televisión.

—La televisión es parecida a la lectura. Estás inmerso en la historia, sólo que a un nivel más íntimo.

—Cuando digo ver la televisión, me refiero a los deportes. Así que, si existe un libro sobre deportes, aún queda esperanza, pero lo dudo.

Se rio.

—La verdad es que no.

—Entonces nunca sucederá.

Algunos mechones escaparon de su coleta y jugó con ellos.

—¿Qué haces este fin de semana?

—No sé —dijo—. Probablemente salga con Jessie y Rae.

A menos que Rae tuviera otros planes con su aventura secreta.

—Tengo entradas para ver a los Wombats. Las gané en la radio, de hecho. ¿Quieres venir?

Dejó de tocarse el pelo inmediatamente y se quedó helada.

—¿Me estás pidiendo que vaya a un concierto contigo?

¿Qué tenía de raro? Hacíamos muchos planes de grupo

—Sí, tengo seis entradas. Pensé en invitaros a todos. Me sobra una, así que puede que me busque a una chica que esté buena o algo.

—Oh... —La luz se apagó de sus ojos y, despacio, se llevó la mano al regazo. Rompió el contacto visual y bajó la vista—. Sí... suena divertido.

Miré hacia la cocina, preguntándome si nuestra pizza estaría lista.

—Me muero de hambre.

—Sí, yo también —dijo con un hilo de voz.

Saqué el móvil y eché un rápido vistazo a Facebook antes de volver a mirarla.

—¿Estás saliendo con alguien?

—Eh, no.

Ahora que lo pensaba, jamás había visto a Kayden con un tío. Cuando salíamos, nunca venía acompañada. Me sorprendía, pues su atractivo era obvio.

—¿Sales a menudo con chicos?

—De vez en cuando... —No me hizo la misma pregunta a mí.

La pizza llegó al fin, y me sentí aliviado de que tuviéramos algo que hacer aparte de mirarnos y hablar... o lo que fuera que intentáramos. Puso una porción en su plato y comenzó a comerla a la velocidad de un caracol. Yo comía como una persona normal, y devoré la mitad sólo.

—¿Cómo va la bolera? —preguntó.

—Fatal. No sé en qué estaba pensando cuando la compré.

—Invertiste tu dinero —dijo—. Creo que hiciste lo más acertado. Cualquier otra persona se lo habría gastado en algo innecesario como un coche o unas vacaciones.

Por fin alguien se ponía de mi lado.

—Gracias. Ojalá hubiera elegido algo mejor.

—No lo sabías —dijo amablemente—. ¿No parece que vaya a remontar?

—A Rae y Zeke se les han ocurrido algunas ideas para atraer a más clientes. Confían en que funcionarán.

—Rae es muy inteligente, así que, si fuera tú, la escucharía.

—No es tan lista. —Puede que a mi hermana se le dieran bien las ciencias, pero era idiota en todo lo demás. A veces, encendía la batidora sin la tapa o se dejaba la puerta del frigorífico abierta toda la noche. Le faltaba sentido común y, en mi opinión, esa es la inteligencia más importante que se puede tener.

—Sólo lo dices porque es tu hermana.

—Y tú porque es tu mejor amiga.

Kayden se encogió de hombros, rindiéndose.

—Supongo que tienes razón.

—Siempre la tengo.

Kayden puso los ojos en blanco.

Sonreí porque al fin se estaba soltando un poco.

—¿Te gusta la pizza?

—Está deliciosa.

—Debes venir mucho por aquí con lo cerca que está de tu trabajo.

—Me suelo traer el almuerzo de casa —dijo—. Me encanta comer fuera, pero no sabe tan bien cuando lo haces tan a menudo.

No la entendía. Yo siempre comía fuera y nunca me cansaba. Era lo más práctico. A veces Rae preparaba la cena y yo la devoraba, pero normalmente no le apetecía.

—¿Sobrevives viviendo con Rae? —preguntó.

—No está tan mal —dije—. Me grita por muchas cosas... pero en su defensa, he de decir que tiene razón.

Kayden sonrió.

—Le voy a contar lo que has dicho.

—Más te vale no hacerlo. —La amenacé con sólo una mirada—. Esto se queda entre nosotros. Somos amigos, ¿no?

Su sonrisa se desvaneció lentamente y el brillo de sus ojos se mitigó.

—Sí, lo somos.

—Bien, los amigos a veces guardan secretos. Así que no le cuentes que he dicho eso. No me dejaría en paz, maldita sea.

—Te guardaré el secreto —dijo en voz baja.

—Además, si sabe que sé que tiene razón, me gritará aún más cuando se enfade.

—¿Qué haces exactamente?

—Ensucio la cocina y no la limpio, pero piénsalo, después de cocinar, ¿no prefieres comerte lo que has preparado? No quieres que se enfríe y se eche a perder mientras lavas los platos.

—¿Por qué no lavas los platos cuando terminas de comer?

—Porque estoy lleno y cansado...

—No es una buena excusa, pero entiendo lo que dices.

—Y dejo la ropa sucia en el lavadero, normalmente en el suelo. No le gusta mucho que lo haga. Y tiro las toallas sucias al suelo después de ducharme. Eso también le fastidia mucho.

—Rae es muy ordenada, así que entiendo su frustración. —A veces Kayden hablaba como un robot, como si sintiera un miedo constante a equivocarse al hablar conmigo. Pensaba las palabras antes de decirlas, iba con pies de plomo.

Yo soltaba las cosas sin pensármelas dos veces. Si no le gustaba a alguien, con no hablarme tenía suficiente.

—Pero no quiero cambiar, así que seguiré haciéndolo hasta que me mude.

Kayden rio.

—A Rae le encantará.

—Tengo suerte de que me aguante. Me amenaza con echarme casi a

diario, pero sé que es un farol.

—No sé... Podría hacerlo si la presionas demasiado.

—No. Sé que mi hermana me odia, pero también me quiere.

Kayden sonrió.

—Sí.

—Además, al estar ahí, puedo sacar a Safari a hacer sus necesidades...

Así que le estoy haciendo un gran favor.

—Sí, ¿qué haría sin ti?

Terminé la última porción y me limpié la grasa de las manos con una servilleta.

—¿Te apuntas entonces al concierto?

Asintió.

—Allí estaré. Gracias por la entrada.

—De nada —dije—. No sería lo mismo sin ti.

Me miró fijamente sin parpadear y una sonrisa se formó lentamente en sus labios.

—Bueno, hasta luego. Tengo que llegar a casa... para que me grite mi hermana.

Kayden rio más fuerte esta vez.

—Diviértete.

—¿Quieres que te acompañe a casa? —pregunté—. No me importa.

Parecía que iba a aceptar la oferta, pero la expresión de su rostro cambió de repente.

—No pasa nada. Suelo ir en taxi porque no me gusta andar con tacones después de llevarlos todo el día.

Asentí.

—Bien pensado. Hasta luego.

—Adiós, Rex.

Le tendí el puño para que lo chocara, pero como no sabía lo que hacía, intentó abrazarme con torpeza.

—No te preocupes. Lo pillarás la próxima vez.

ENTRÉ en la peluquería y encontré a Jessie en su puesto.

—Ve a por tus cosas y vámonos. La hora feliz terminará pronto.

—Tranquila. —Jessie enrolló el cable del secador y lo dejó en su sitio. Barrió con rapidez los pelos del suelo antes de quitarse el delantal y arrojarlo al respaldo de una silla—. Muy bien, salgamos.

Nos marchamos de la peluquería y fuimos caminando hasta nuestro bar de cócteles favoritos.

—¿Qué tal el trabajo? —Me sorprendió que Jessie no me preguntara directamente por Ryker. Conociéndola, eso sería lo único que le importaba.

—Bien. Vino una clienta nueva y me pidió que le cortara el pelo y la peinara, pero cuando terminé, se enfadó y dijo que no le quedaba bien. ¿Qué culpa tengo yo? Ella fue quien lo eligió.

—¿Te pidió que le devolvieras el dinero?

—Sí.

—¿Se lo diste?

—Ni hablar. No es así como llevo mi negocio.

—Yo tampoco se lo habría devuelto.

Se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta.

—Y no me importa perder a una clienta. Tengo tantas citas reservadas que no supone una diferencia. Además, no quiero volver a peinarla nunca

más. Que se fastidie.

Reí y crucé los brazos sobre el pecho por el frío.

—Hiciste lo correcto. Que se vaya a otra parte y haga sufrir a otros.

—Pobrecitos...

Entramos en el bar y nos sentamos en una mesa en la esquina. Pedimos las bebidas y cuando nos las trajeron, las tomamos de un trago como si fueran chupitos.

—Ahí vamos. —Jessie se apoyó en el respaldo del asiento y suspiró—. Llevo esperando este momento todo el día.

—Yo también. —Me sequé los labios con el brazo.

—¿Cuándo viene Kayden?

Miré mi reloj.

—Debería llegar pronto. Dijo que quería darse una ducha después del trabajo.

—Debe ser porque huele a polvo de todos esos libros.

—Sí. —Le hice señas al barman y pedí dos bebidas más—. Como están a mitad de precio, pido el doble.

Jessie brindó conmigo.

—Vale.

Kayden entró en el bar y su pelo rubio la delató.

—Ahí está. —Le hice señas.

Kayden sonrió y vino en nuestra dirección. Tomó asiento y vio los vasos vacíos.

—Vaya. No me habéis esperado.

—Como si tú no hubieras hecho lo mismo —dijo Jessie.

Kayden se calló un segundo hasta que asintió al fin.

—Tienes razón.

—Sí. —Jessie le hizo señas al barman para que Kayden pudiera pedir algo.

Cuando tuvo su copa delante, dio un buen trago.

Jessie la miró.

—¿Has tenido un mal día?

—Ha sido muy largo. —No dio más explicaciones.

Jessie se volvió hacia mí.

—¿Y tú qué te cuentas?

¿Qué clase de pregunta era esa?

—¿Qué? Esperaba que entraras a matar con preguntas sobre la otra noche. —Me sorprendió que ni siquiera me respondiera a la mañana siguiente cuando me marché de casa de Ryker.

—¿Qué pasó la otra noche? —dijo Jessie impasible.

—Estás de broma, ¿no? —pregunté.

Jessie señaló su propia cara con el dedo.

—¿Te parece que bromeo?

—¿No te llegó mi mensaje? —Sé que lo había enviado.

—Te vuelvo a decir que no tengo ni idea de lo que hablas —dijo Jessie.

—Y yo no tengo ni idea de lo que está pasando. —Kayden se entretenía con su bebida.

—La otra noche me acosté con Ryker. No sabía qué decirle a mi hermano, así que...

—¿Quién es Ryker? —preguntó Kayden.

—¿Sí? —dijo Jessie.

—Os lo explicaré en un segundo —dije enseguida—. En cualquier caso, le envié un mensaje a mi hermano y le dije que me quedaba en tu casa para que no se extrañara. Entonces te escribí a ti para decirte que fueras mi coartada.

Jessie levantó la mano, su gesto de siempre cuando estaba a punto de darme su opinión con aire insolente.

—Eres una mujer adulta que puede hacer lo que le plazca. ¿Por qué le mientes? Si pasas la noche con un hombre, no deberías ocultarlo. Además, se está quedando en tu apartamento. Recuérdalo.

Puse los ojos en blanco.

—Lo sé, pero siempre reacciona de forma extraña. Siempre.

—Dile que madure de una maldita vez —dijo Jessie—. Él se acuesta con quien quiere, ¿qué le importa lo que hagas tú?

—Sólo se preocupa por ti —dijo Kayden—. Es el típico hermano protector.

No me importaba que fuera el hermano del año.

—No tendría por qué mentir, lo admito, pero sólo vive conmigo de forma temporal, así que, en lugar de ir de frente, prefiero evitar la confrontación hasta que se vaya.

Jessie terminó por asentir.

—Creo que entiendo tus razones.

—Así es más fácil —dije—. Y ya sabes cómo es Rex. Cuando se enfada por algo, no da su brazo a torcer.

—Creo que sólo quiere asegurarse de que te respetan y te tratan bien —dijo Kayden—. No muestra sus emociones, pero está claro que se preocupa por ti.

Jessie puso los ojos en blanco.

—¿Por qué sigues defendiéndolo?

—No lo defiendo —dijo Kayden—. Sólo hago de abogado del diablo. Siempre es bueno entender los dos puntos de vista. Rex se considera una figura paternal para ti y piensa que es responsabilidad suya cuidarte. Es dulce, la verdad.

—Qué dulce ni qué narices —dije—. Se obsesiona con controlarme.

Kayden se encogió de hombros.

—Tal vez deberías reprochárselo —dijo Jessie.

—Podría hacerlo —dije—, pero esperaré hasta que se vaya de mi casa para no tener que verlo a diario.

—Bien pensado —dijo Jessie.

—Volviendo a la cuestión de antes —dije—, te escribí para que me

cubrieras. Te dije específicamente que no le dijeras a Rex que no estaba contigo esa noche. ¿No te acuerdas?

—Chica, si me hubiera llegado tu mensaje lo habría sabido. —Jessie dio un sorbo a su bebida y se comió la aceituna.

—Pero sé que lo envié. Comprueba tu móvil.

Suspiró irritada antes de sacarlo del bolso y abrió la pantalla donde aparecía la lista con mis mensajes de texto.

—Mira. El último mensaje tuyo que tengo es del lunes cuando me preguntaste qué marca de secador debías comprarte. —Me lo tendió.

No podía ser verdad. Comprobé su móvil y vi que mi mensaje no estaba allí.

—Seguramente no le diste al botón de enviar o algo —dijo Kayden—. Siempre me pasa.

Dejé el móvil de Jessie sobre la mesa antes de sacar el mío.

—Supongo. ¿No has hablado con Rex entonces?

—No —dijo Jessie.

—Uf. —Saqué mi teléfono y miré la conversación con Jessie. No había nada escrito en la ventana de texto, lo cual me resultó extraño. No le había escrito nada más desde entonces, así que las palabras deberían seguir allí, aunque no las hubiera enviado.

—A lo mejor les escribiste a otra persona —dijo Kayden—. Me pasa mucho cuando estoy cansada.

—Supongo... —La única persona a la que había escrito aparte de ella era a Rex, pero no se lo podía haber mandado a él. Abrí la conversación y estuve a punto de gritar.

—¡No!

—¿Qué? —dijeron Jessie y Kayden al unísono.

*Si Rex pregunta, anoche estuve contigo. Te contaré los detalles después.*

—Me cago en la hostia. —Di un puñetazo en la mesa—. Se lo envié a Rex.

Jessie abrió los ojos de par en par.

—¿Lo dices en serio?

Le arrojé el teléfono.

Comprobó la pantalla y vio lo mismo que yo.

—Mierda...

Me tapé el rostro, incapaz de controlar la situación.

—No. No. No.

—¿De verdad se lo ha enviado? —preguntó Kayden.

—Sí —dijo Jessie—. E incluso pone que lo ha leído.

—Matadme ahora mismo. —Bajé despacio las manos y quise apoyar la frente contra la mesa porque se habían agotado las razones para seguir viva.

—Qué incómodo —dijo Jessie—. ¿Te ha dicho algo?

—No. —Y ahora que lo pensaba, era muy extraño.

—Um... —Jessie dejó el móvil en la mesa y tomó su bebida—. Es obvio que lo ha leído, ¿por qué no te ha dicho nada?

—Seguramente estará esperando a tenderme una emboscada en el momento adecuado. —No había alcohol bastante en el mundo para que me sintiera mejor—. Ayer no hacía más que contarle todo lo que hicimos juntas anoche... y sabía que le estaba mintiendo desde el principio.

—Ay —dijo Kayden—. Qué difícil.

—¿Ves? —dijo Jessie—. Le tendrías que haber dicho la verdad.

—Ahora no —repliqué.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Kayden.

—No estoy segura —dije—. Supongo que esperaré a que saque el tema.

—Puede que no lo haga nunca —dijo Jessie—. Si has sentido la necesidad de mentirle, tal vez se haya dado cuenta de que se está metiendo demasiado en tu vida privada. Puede que lo haya tomado como una señal para echarse atrás.

—Puede... pero lo dudo. —Ojalá ese fuera el caso.

—¿Qué otra explicación hay? —preguntó Jessie.

—Supongo que es cierto —admití.

—Quizás haya hecho borrón y cuenta nueva —dijo Jessie—. Han pasado varios días.

—Es verdad —asentí.

—Ya está bien de ese tema —dijo Kayden—. ¿Quién es Ryker?

—Sí —dijo Jessie—. Por lo que cuentas, debe estar bueno.

—Lo está —dije—. Ya lo creo que sí.

—Dispara. —Jessie chasqueó los dedos.

—¿Recordáis a ese tío que conocí en el parque? —dije.

—Sí —respondió Kayden.

Jessie asintió.

—Pues es él. Al parecer fue a secundaria con Rex y Zeke y son amigos. Acaba de mudarse aquí desde Nueva York, así que han recuperado el contacto. Jugamos juntos al baloncesto y me invitó a su casa después.

—Oh... —Jessie se frotó las manos—. Y, ¿cómo fue?

—Genial. —Cada segundo fue como estar en el paraíso—. Tenía todas las cualidades y el estilo que me gustan. Me fui de allí totalmente satisfecha.

—Qué envidia —dijo Jessie—. ¿Vas a volver a verlo?

—Estoy segura de que volveré a verlo porque es amigo de Rex, pero no vamos a salir ni nada por el estilo. —Ni siquiera habíamos intercambiado números de teléfono.

—¿Eso es todo? —preguntó Kayden.

—Me dejó bastante claro que sólo buscaba un rollo de una noche y yo estuve de acuerdo. Llevaba un tiempo de sequía, así que me vino bien algo puramente físico. —Al estar hablando de Ryker, no pensaba en el problema con Rex.

—¿Crees que volveréis a acostaros? —preguntó Jessie.

—No. Hacerlo una vez fue divertido, pero no quiero que se convierta en una costumbre. Se complicarían mucho las cosas. —Cuando hay sentimientos de por medio, es muy difícil dejarlo.

—¿Y si te pidiera salir le dirías que no? —preguntó Jessie incrédula.

—Si me pidiera salir, le diría que sí al instante, pero nunca lo haré. No voy a contener la respiración y esperar a que suceda. —Ryker era atractivo y carismático, pero reconocía a un playboy sólo con verlo. Los tipos así nunca cambiaban y si lo hacían, era sólo por alguien muy especial.

Y sabía que yo no sería esa persona.

Kayden asintió.

—Tienes razón. Nunca esperes demasiado de un tío.

—Claro que no —dijo Jessie— Al menos te ha dado tu dosis de sexo para que puedas seguir adelante.

—Sí, y no me arrepiento de nada. Estuvo bien... muy bien.

Ambas me miraron con envidia en los ojos.

Tenía que cambiar de tema para que dejaran de mirarme así.

—¿Y vosotras? —pregunté— ¿Qué os contáis?

---

EL SEÑOR PRICE BAJÓ AL LABORATORIO AL FINAL DE LA JORNADA. NO ERA muy mayor, debía tener cerca de sesenta años, pero su apariencia era frágil. Caminaba despacio, como si le doliera cada paso. Su sonrisa ya no era tan brillante como antaño. Me pregunté si sería la única que se había percatado.

—¿Cómo va todo por aquí abajo? —el señor Price se acercó a mi mesa, apoyándose en la encimera.

—Bastante bien. Tengo varias ideas en las que estoy trabajando.

—Siempre has sido muy trabajadora y te lo agradezco. —Se le había caído el pelo y estaba prácticamente calvo. Solía tener diez kilos de más, pero ahora estaba más delgado de lo que debía.

—Agradezco la oportunidad de trabajar aquí. —COLLECT estaba bien porque el equipamiento del laboratorio era limpio y nuevo. El sueldo era genial y había muy buenos beneficios para los empleados. Si las cosas no

cambiaban, mi intención era trabajar allí durante mucho tiempo.

—Eres muy amable. —Me dio una palmadita en la espalda—. Voy a echarte de menos.

—Yo también le echaré de menos, señor Price. —Siempre nos contagiaba a todos con su espíritu optimista. Era la clase de jefe que te hace sentir valorado. No me trataba como a una simple empleada, sino como a una persona—. Pero estoy segura de que seguiremos viéndonos.

—Sí —dijo con voz queda—. Seguro que sí.

—¿Hoy es su último día?

Asintió.

—Se me hace raro pensar que dejaré de recorrer estos pasillos...

—Seguro que sí. —Abrió la empresa y trabajó en ella más de treinta años. Era como un hijo para él—. ¿Qué planes de jubilación tiene?

—Pues viajar y todo lo demás.

—¿Cree que su hijo está preparado para ocupar su lugar?

Se rio.

—Lo hará bien. Es muy inteligente, no sé a quién ha salido.

—A usted, estoy segura.

Me dio unas palmadas en el hombro y rio.

—Eres muy amable. Algún día harás muy feliz a un hombre.

—Eso espero.

—No aceptes a nadie que no sea el mejor —dijo—. Vales demasiado.

Sonreí.

—Gracias.

—Bueno... —Se enderezó, con aspecto cansado—. Sólo quería bajar aquí una vez más.

Lo abracé durante unos instantes.

—Gracias por todo, señor Price.

Me devolvió el abrazo con fuerza antes de soltarme.

—No, gracias a ti. —Me sonrió y se dirigió a la entrada. Caminaba

despacio, como si llevara una pesada carga invisible a mis ojos.

---

LLEGUÉ A CASA ESA NOCHE Y ME PUSE EN GUARDIA DE INMEDIATO. REX NO me había sacado el tema del mensaje de texto y sospechaba que acabaría haciéndolo. Esperar era lo más difícil. Provocaría una pelea y quería que pasara cuanto antes.

Lo vi en la sala de estar.

—Hola, ¿cómo te ha ido el día?

—Ha sido muy aburrido. —No miró en mi dirección al responderme. Había una cerveza sobre la mesa y la condensación cubría de gotas el vidrio. Últimamente estaba raro. Solía ser hablador y cuando no era el caso, se peleaba conmigo, pero estaba dócil y callado.

Sabía que estaba enfadado.

—Las cosas mejorarán y estarás activo todo el día.

—Es posible.

—Bueno, voy a darme una ducha. —Me dirigí al pasillo.

—¿Te vas a duchar de verdad? —replicó—. ¿O es tu coartada? —Tenía la vista fija en el televisor.

Me quedé helada al darme cuenta de que al fin había llegado el momento. Suspiré en silencio para que no me oyera antes de entrar en la sala de estar. Era una estupidez sentirme incómoda. Era mi vida privada y no debía meterse en absoluto, pero cuando mi hermano se enfadaba, me causaba mucha inquietud.

Rex se negaba a mirarme. Ni siquiera echó un vistazo en mi dirección.

Me senté en el otro sofá, sin querer estar muy cerca de él.

—¿Qué? —dijo—. ¿No estás segura?

Me mantuve en silencio.

Me miró al fin al ver que no respondía. Había enfado en sus ojos, además

de decepción.

—Ya que no estuviste con Jessie la otra noche, ¿dónde estuviste en realidad?

No me molesté en hacerme la inocente.

—¿Eh? —preguntó—. ¿O vas a mentirme otra vez?

—Rex, donde estuviera no es asunto tuyo, así que no te voy a responder.

Apretó la mandíbula.

—Siento haberte mentido. No sabía qué decir.

Se levantó enseguida, como si no fuera capaz de estarse quieto.

—Sé que tú y yo nos peleamos mucho. Somos críticos y conflictivos, pero eres la única persona en el mundo en quien puedo confiar. La única que no me miente. Pero lo has hecho. Lo mejor de nuestra relación es nuestra honestidad brutal. No te ocultó nada y me duele que me hayas engañado.

Ahora me estaba haciendo sentir culpable.

—No debería haber mentido, lo sé, pero debes dejar de meterte en mi vida privada. Soy una mujer adulta con trabajo. Lo que haga no es asunto tuyo en absoluto. No tienes derecho a interrogar a cada hombre con el que salgo y espantarlo. Es totalmente inaceptable. Si no actuaras así, no habría tenido que mentirte.

—Rae, sólo cuido de ti. Cada tío que atraviesa esa puerta debe saber que no debe hacerte daño. Ese es mi trabajo.

—No, no lo es. —Me levanté, presa del enfado—. Rex, no eres mi padre. No tienes por qué actuar así.

—Sí que debo. Soy todo lo que tienes.

—Te agradezco lo que haces, pero soy una adulta que puede cuidar de sí misma. No necesito a nadie que se ocupe de mí. Francamente, me resulta raro que me preguntes sobre los tíos con los que salgo o los avasalles cuando los ves a la mañana siguiente. Es muy extraño. Quiero que te mantengas al margen de ahora en adelante. Yo no te pregunto por tu vida privada ni me meto en ella. No te metas tú en la mía.

Se cruzó de brazos, con la misma expresión en su rostro.

—Mentí sólo porque no quería explicar dónde estaba o lo que hacía. Es embarazoso y me resulta incómodo.

—¿Estuviste con Ryker? —La oscuridad en sus ojos indicaba que se enfadaría si mi respuesta era afirmativa.

—Rex, para empezar, no es asunto tuyo con quién estaba.

—No es un buen tipo, Rae. Es mi amigo y todo, pero no es la clase de tío con el que deberías salir. Sólo le interesa una cosa y cuando la consigue, se acabó. Se va.

—¿Crees que no lo sabía? —pregunté incrédula—. No soy ajena al mundo a mi alrededor. Entiendo lo que pasa. Y en última instancia, es decisión mía si quiero tener trato con él, no tuya.

—Entonces, ¿estuviste con él? —insistió.

—Eso no es lo que he dicho.

—Bueno, ¿estuviste?

—Rex, no importa. Puede que estuviera con otro hombre. No te cuento nada sobre mi vida privada, así que no tienes ni idea de quién pudo haber sido. Deja de preguntarme esas cosas y no insistas más.

Suspiró como si fuera lo más difícil del mundo.

—Rex, te quiero. Siempre estaré ahí cuando me necesites. Eres la única familia que me queda y siempre valoraré lo que tenemos, pero no voy a ceder. Tienes que mantenerte al margen. Te lo digo en serio.

Su enfado disminuía a cada segundo que pasaba. Suspiró una vez más, como si supiera que mis palabras llevaban razón.

—Me dolió mucho que me mintieras. No quiero que vuelvas a hacerlo.

—Es justo. No lo haré.

—Vale.

—¿Y? —Más le valía poner también de su parte—. Tienes razón. Lo que hagas en privado no es asunto mío. Sé que ya no eres una niña, así que no necesitas que cuide de ti. Lo entiendo, de verdad.

Era más de lo que esperaba.

—Lo hago con buena intención. Sólo quiero lo mejor para ti. El hombre con quien acabes debe ser perfecto en todos los sentidos. He... ido demasiado lejos. Siempre intento protegerte porque se me olvida que ya no necesitas que lo haga.

—Gracias.

—Es sólo que... —Se frotó la nuca—. Tuve que ocuparme de ti cuando cumplí dieciocho. No sabía cómo criar a una niña ni ser responsable de otra persona. Apenas podía cuidar de mí mismo. Tras tomarte bajo mi protección, empecé a verte de forma diferente... como si fueras mi hija o algo así. Supongo que siempre tendré esa mentalidad y me aseguraré de que seas feliz y tengas todo lo que necesites.

Era difícil seguir enfadada con él cuando decía esas cosas.

—Lo sé...

—Aunque a veces nos peleemos, te quiero. —No me miró mientras decía aquellas palabras—. Intentaré ser mejor de ahora en adelante. Me mantendré al margen y me limitaré a ser tu hermano. Aunque... me costará un poco acostumbrarme.

Eso era todo lo que pedía.

—Gracias.

Se llevó las manos a los bolsillos y se quedó allí de pie, incómodo.

—¿Se acabaron entonces las mentiras?

Asentí.

—Se acabaron las mentiras.

También asintió y continuó allí de pie.

—¿Deberíamos abrazarnos o algo así?

Sonreí porque la tensión se había evaporado al fin.

—Creo que podemos... por esta vez. —Crucé la sala de estar y lo abracé por la cintura.

Devolvió mi abrazo y apoyó la barbilla en mi cabeza.

—Somos tú y yo contra el mundo, Rae. Y así será por siempre.

—HOY HA EMPEZADO EL TÍO NUEVO. —JENNY HIZO ALGUNAS ANOTACIONES en su cuaderno del laboratorio antes de cerrarlo con fuerza.

—¿Qué tío nuevo?

—El Nuevo director ejecutivo. —puso los ojos en blanco—. Veamos cómo destroza este sitio.

—Tienes demasiados prejuicios contra alguien a quien ni siquiera conoces.

Volvió a poner los ojos en blanco de forma dramática.

—Su currículum me dice todo lo que hemos de saber.

—El señor Price es tan amable. No me imagino que su hijo pueda ser tan diferente.

—Te sientes atraída por hombres mayores.

—No —repliqué.

—Lo que tú digas —respondió—. Te parece el ser más adorable del mundo.

—Bueno, aparte de Safari, es bastante mono. Se despidió de mí el otro día y fue tan triste...

—Más triste te pondrás cuando ese tío te deje sin trabajo.

Como seguía en sus trece, no me molesté en intentar que cambiara de opinión. Lo cierto es que dudaba de que nos enteráramos si había alguien nuevo dirigiendo la empresa. Jenny y yo estábamos todo el día en el laboratorio y no nos cruzábamos con otros trabajadores. Era como si estuviéramos en cuarentena.

—Podría eliminar por completo el programa de investigación —dijo Jenny—. No le reportamos ningún dinero a la empresa.

—Eso no es cierto. Siempre encontramos formas de mejorar el sistema.

—Pero puede que piense que no merece la pena.

Observé el reloj en la pared.

—Jenny, ¿por qué no almuerzas? —Su negatividad estaba empezando a ponerme de los nervios.

Se llevó las manos a las caderas mientras lo pensaba.

—¿Sabes qué? No me vendría mal un cigarrillo.

—Eso terminará por matarte.

Se encogió de hombros y agarró su bolso.

—Probablemente muera joven de todas formas. —Subió las escaleras y salió del laboratorio.

Seguí trabajando en mis valoraciones cuando sonó el teléfono de la oficina. Contesté la llamada y la puse en altavoz.

—Soy Rae.

—Hola, soy yo. —La voz mandona de Jessie sonó al otro lado de la línea—. ¿Puedes hablar?

—Sí. Te tengo en altavoz y no hay nadie más.

—Genial. ¿Qué ha pasado con Rex?

—Nos peleamos, pero hicimos las paces.

—¿Eso es todo? —preguntó—. Debe haber sido más interesante que cómo lo cuentas.

Me quedé en silencio mientras hacía un cálculo rápido y continué.

—Le molestó mucho que le mintiera. Dice que no quiere tener una relación así.

—¿Le regañaste tú?

—Bastante. Por suerte, aceptó mantenerse al margen. Entonces me habló de lo abrumador que había sido hacerse cargo de mí cuando murió mamá. Fue un poco emotivo...

—Oh.

—Ambos nos disculpamos y decidimos pasar página. Incluso me abrazó.

—Vaya —dijo—. Fue la primera vez en la vida que lo hizo, ¿no?

Reí.

—No sé si fue la primera, pero sí una de las pocas.

La puerta escaleras arriba se abrió y la oí cerrarse detrás de quien hubiera entrado. Podía haber sido Jenny que había olvidado algo u otra persona.

—Jessie, tengo que irme. Hablaremos luego.

—Adiós, chica. Te quiero.

—Yo también te quiero. —Pulsé el botón de colgar y me quité los guantes para ponerme un par nuevo. Cuando me volví a por la caja, lo que vieron mis ojos hizo que me detuviera de golpe.

Ryker estaba ante mí con un traje negro de marca. Llevaba una corbata gris que resaltaba el brillo de sus ojos. La barba de varios días había desaparecido, pues se había afeitado esa mañana. Parecía tan sorprendido de verme como yo a él.

—Eh, hola...

Se quedó de pie, con las manos en los bolsillos, contemplándome.

—¿Eres el nuevo director ejecutivo? —¿Cómo podía ser?

Volvió al fin en sí y se acercó hacia mí, manteniendo el aplomo.

—Sí, por desgracia.

Me sentí cohibida con mi bata de laboratorio y mi moño mal hecho. La única persona que me veía allí abajo era Jenny, y normalmente tenía un aspecto igual de horrible.

—Yo... no lo sabía.

—Bueno, yo tampoco sabía que trabajabas aquí. Supongo que nos ha sorprendido a los dos.

—Sí. —¿Por qué no me lo había dicho Rex? Era obvio que lo sabía. ¿En qué estaba pensando?

Ryker se rascó la barbilla antes de volver a meter la mano en el bolsillo.

—He estado yendo a todos los departamentos a presentarme. Sé que este cambio ha sido difícil para todos. Sólo oigo maravillas de mi padre.

—Así es —dije—. Es uno de los hombres más amables y generosos que

conozco.

Ryker me observó con detenimiento sin mostrar ninguna reacción.

—Pero estoy segura de que tú también lo harás genial.

—Eso espero. —Se acercó a mi mesa y observó el laboratorio a su alrededor—. ¿Es aquí donde haces todas tus investigaciones?

—Sí, es un sitio agradable. Tu padre nos dio todo el espacio y equipo necesarios.

Asintió.

—Siempre dijo que el departamento de investigación era el más importante.

¿Sí?

—Qué amable por su parte.

Ryker observó el equipo de valoración que colgaba frente a mí, aparentemente perplejo por su funcionamiento. Entonces volvió sus ojos verdes hacia mí, profundos como el musgo en la cara norte de los árboles.

—¿Estás trabajando ahora en algo que debería saber?

—He empezado un proyecto, pero te hablaré de él cuando tengo datos prometedores. No hay por qué hacerse ilusiones.

—¿Eres la única que está aquí abajo?

—No. Jenny está hoy, pero está almorzando. También hay otros dos investigadores.

—Supongo que tendré que pasarme a verlos en otra ocasión.

—Sí, estaría bien. —Era la primera vez que lo veía con traje de chaqueta y le quedaba genial. En mi mente se reprodujeron recuerdos de nuestra noche juntos. Besaba de forma excepcional y hacía que se me derritieran las bragas. La sensación al tenerlo en mi interior era inolvidable. Aquella noche había sido algo puntual, pero era divertido pensar en ella.

Debía estar recordándolo también porque había una leve sonrisa en sus labios.

—Rex me ha invitado a ver a los Wombats con vosotros este fin de

semana.

—¿Sí?

—Sí. ¿No te importa que me apunte?

—Claro que no, aunque te advierto que hago mucho ruido y me muevo mucho.

En sus ojos había una mirada cómplice.

—Sí... Ya lo sabía.

Me ruboricé al instante.

Eché un vistazo a la puerta por encima del hombro antes de acercarse a mí.

—Como trabajamos juntos y soy amigo de tu hermano, tal vez deberíamos hablar sobre lo que pasó. ¿Va todo bien entre nosotros?

—Por supuesto. —¿Por qué no?

Observó mi rostro por si mentía.

—Fue muy divertido, pero cuando se intenta volver a hacer lo mismo, nunca va tan bien como recordabas.

Inclinó la cabeza ligeramente.

—Me encantaría que pudiéramos ser amigos. Me gustas y estoy casi seguro de que yo también te gusto a ti.

—Sí.

—Pues dejemos atrás el pasado. Puede ser nuestro secreto. —Extendí la mano para estrechar la suya.

La contempló sin tomarla.

—¿Y eso es todo?

—¿A qué te refieres?

—¿No quieres volver a verme? ¿No esperas nada?

—Si lo hiciera, esta conversación habría transcurrido de forma muy diferente.

Tomó mi mano al fin. El calor de sus dedos era agradable sobre los míos. Detecté la sequedad de su piel y recordé el tacto de las palmas de sus manos

al apretarme las tetas.

Aparté la mano y rompí el contacto.

—¿Hay algo que quieras saber de la empresa? ¿Algo que no te haya explicado tu padre?

—No. Creo que, por ahora, nada.

—Bueno, si tienes alguna pregunta, siempre puedes encontrarme aquí. Aunque trabaje en el laboratorio sé algunas cosas.

—Seguro que sí. —Siguió allí de pie, aunque parecía que la conversación había terminado.

El tiempo pasaba y tenía pruebas pendientes. Además, debía hacer el informe de laboratorio. Era un trabajo muy tedioso, pues requería mucho tiempo.

—Bueno, debo volver al trabajo. Nos vemos el sábado.

Dio suaves golpecitos con los nudillos sobre la superficie de la mesa antes de alejarse.

—Lo estoy deseando.

---

—¿POR QUÉ NO ME DIJISTE QUE RYKER IBA A HACERSE CARGO DE COLLECT? —Fue lo primero que dije al atravesar la puerta.

Rex estaba junto a la encimera de la cocina con un sándwich de albóndigas en las manos. Estaba a punto de darle un bocado cuando lo interrumpí.

—¿Eh?

—Ryker es el nuevo director ejecutivo de COLLECT. ¿Por qué no me lo dijiste?

Observó el sándwich, como si sintiera pena de no poder comérselo por tener que hablar.

—Pensé que lo sabías.

—¿Cómo iba a saberlo?

Se encogió de hombros.

—Estuvisteis juntos. Asumí que te lo habría dicho.

A veces me daban ganas de darle una colleja.

—Ni siquiera lo mencionaste de pasada.

—Lo siento, caramba. —Dio un mordisco al sándwich al fin, pero la albóndiga caliente y la salsa se escurrieron del pan y el queso y cayeron al suelo. Me miró con fuego en los ojos—. Te odio.

Tomé papel de cocina y recogí el desastre.

—Termina de comer y luego te grito. —Tiré el papel y la albóndiga a la basura.

—¿Qué haces? —gritó—. No la tires.

—Se ha caído al suelo, donde se tumba Safari. Es asqueroso.

—No deja de ser comida. —La sacó del contenedor y volvió a meterla en el sándwich.

Me dio grima y sentí ganas de vomitar.

—Qué asco.

Se comió la mitad de un bocado.

—Um... pues a mí me parece delicioso. —Se sentó en la mesa de la cocina y siguió comiendo.

Mi hermano era asqueroso. No entendía cómo llegaba a casa cada fin de semana con una chica diferente. ¿Es que no hablaban con él? ¿Sabían lo raro que era?

Me senté frente a él y esperé hasta que hubo terminado el sándwich.

—¿Puedes hablar ya?

—No hay más albóndigas, así que tienes la palabra. —Tenía manchas de salsa por toda la cara.

Esperé a que se limpiara.

Abrió una bolsa de patatas y empezó a comer, ajeno a las manchas en su cara.

—Rex. —Señalé la comisura de mis labios—. Tienes salsa por todas partes.

—Eh. Todavía estoy comiendo. Luego me limpio.

¿Por qué me molestaba?

—¿Qué decías?

—Ryker dijo que lo invitaste al concierto.

—Sí. ¿Estás de acuerdo?

—Me da igual. —No parecía que Ryker y yo nos sintiéramos incómodos, así que no debería haber ningún problema.

—Entonces... ¿estás saliendo con él? —Miró la bolsa de patatas, evitando el contacto visual conmigo—. Lo pregunto por curiosidad, para saber qué decir cuando esté con él.

—No, no estoy saliendo con él.

No ocultó el alivio en su rostro.

—Vale.

—Ryker y yo sólo somos amigos. Es probable que tengamos una relación más estrecha porque trabajamos juntos, pero eso es todo.

—Les gusta a todas las chicas.

—Sí, no me sorprende. —Lo tenía todo: dinero, atractivo e inteligencia, el paquete completo. Por no mencionar que era increíble en la cama. Y cuando bajaba la barrera, era bastante divertido.

—Es un rompecorazones. Ese tío jamás ha tenido novia desde el día en que lo conocí. Las mujeres en su vida van y vienen.

—Me lo imaginaba. —Lo comprendía, pero no podía evitar sentirme mal por él. No veía nada malo en las aventuras o en el sexo ocasional, pero evitar las relaciones por sistema era sumamente triste. Había habido varios hombres en mi vida, pero que no hubiesen durado para siempre no quería decir que esas relaciones no significaran nada para mí.

—Me alegro de que hayas entendido lo esencial. No es bueno para ti.

Le dirigí una mirada asesina.

—Quiero decir... que hagas lo que te parezca.

LLEVABA VAQUEROS OSCUROS Y UN TOP BRILLANTE DE COLOR NEGRO AL concierto. Me ricé el pelo y me lo dejé suelto para poder sacudirlo al ritmo de la música. The Wombats era uno de mis nuevos grupos favoritos y tenía muchas ganas de mover el esqueleto en el concierto.

Abrí la puerta y vi a Zeke al otro lado.

—Hola, ¿estás nervioso?

Me miró de arriba a abajo.

—Qué sexy.

—Oh. —Miré mi atuendo sin pensar—. Gracias. Tú estás muy atractivo.

Llevaba una camiseta gris de manga corta que mostraba sus brazos definidos. Zeke era como un hermano para mí, pero no era ajena al hecho de que era atractivo. Cada vez que íbamos a alguna parte, llamaba la atención de las chicas. A veces preguntaban si era su novia antes de intentar ligar con él.

—¿Está lista para irnos la reina de la belleza?

—Cierra el pico, cabrón. —gritó Rex desde su cuarto.

Zeke rio.

—Supongo que eso significa un no.

Safari vino a la puerta con la misma cara triste que ponía siempre que salía de casa.

—Cariño, volveré luego. —Lo acaricié para que se sintiera querido.

Emitió un leve quejido.

—No te preocupes. Esta noche dormiré contigo. —Lo besé en el hocico.

Volvió a gimotear.

Zeke nos observó.

—Es como si te entendiera a veces.

—Lo hace. —Me levanté y me eché al bolsillo el dinero y la

documentación—. Rex, date prisa de una vez. No voy a llegar tarde por tu culpa.

—Cállate. —Rex avanzó por el pasillo con una sudadera y vaqueros—. Ya voy, caramba.

—Salgamos. —Le di una palmadita en la cabeza a Safari antes de salir con los otros.

—¿Tienes las entradas? —preguntó Zeke.

—Sí —dijo Rex—, las llevo en el bolsillo.

Nos fuimos del apartamento y tomamos un taxi hasta el estadio. Era un trayecto de quince minutos y al salir, vimos la cola.

—Jessie y Kayden ya han llegado —dije.

—Genial —dijo Rex—. Podemos saltarnos la cola.

—Sabía que esas chicas servían para algo —dijo Zeke.

Las localizamos y nos unimos a ellas en la cola.

—Oh Dios mío. —Jessie daba saltos—. ¿Estás nerviosa?

—Muchísimo. —Di palmadas, presa de la emoción.

—Me voy a comprar un sombrero Wombat —dijo Kayden—, estaré tan mona.

—Anda... puede que yo también me compre uno. —Parecería rara, pero me daba igual.

Rex miró su móvil antes de contestar.

—Hola, ¿dónde estás?

Debía estar hablando con Ryker.

—Estamos al principio de la cola —dijo Rex—. Unas amigas llegaron antes. Sigue avanzando hasta que me veas. —Colgó y guardó el móvil en su bolsillo.

—¿Quién más viene? —preguntó Jessie.

—Ryker.

—Oh... interesante. —Jessie tenía una expresión maliciosa en su rostro—. ¿Se aplica en este caso el código de chicas? Te has acostado con él

así que está prohibido.

—En realidad no —dije—. Es un mujeriego, así que no creo que importe.

—¿De verdad? —preguntó.

—Sí —dije—, todo tuyo.

—Genial —dijo Jessie—. Este concierto acaba de volverse aún mejor.

Rex le hizo señas al verlo.

—Estamos aquí.

Ryker se unió a nuestro grupo. Llevaba vaqueros oscuros de talle bajo y una camiseta negra. Todo lo quedaba bien, pero estaba particularmente bien desnudo.

—Gracias por dejarme venir con vosotros.

Kayden y Jessie lo contemplaban como si fuera demasiado bueno para ser verdad.

Jessie se acercó y me susurró al oído.

—Dios mío.

—Lo sé —dije asintiendo.

—¿Seguro que no te importa que vaya a por él? —preguntó Jessie—. Porque voy a hacerlo.

Reí.

—Todo tuyo.

Jessie miró hacia el cielo.

—Gracias, Dios.

Ryker se presentó a las chicas. Le estrecharon la mano con debilidad, fascinadas por su atractivo.

Aún me sentía atraída por él, pero aquel encaprichamiento cesó tras la noche de diversión. Exploré la avenida en toda su extensión y me encontré un callejón sin salida. No era la clase de chica que embiste una pared de ladrillo hasta que se desmorona. Prefería dar la vuelta y buscar una ruta alternativa.

Ryker estaba de pie a mi lado.

—¿Nerviosa?

—Sabes que sí.

—Supongo que eso significa que somos compañeros de trabajo.

Reí.

—No, eres mi jefe. Supongo que no podré emborracharme mucho esta noche.

—No pasa nada —dijo—. No me gustan los empleados estirados. Además, mi padre te tiene mucho cariño. Le decepcionaría si te despidiera.

—En ese caso, puede que robe muchos clips y bolígrafos.

Se rio, mostrando su bonita sonrisa.

Llegamos al principio de la cola y enseñamos nuestras entradas. Entramos al estadio y encontramos nuestros asientos en la pista. Estábamos en la fila diez, bastante cerca del escenario. No tendría que preocuparme por cabezas que dificultaran la visión.

Estaba sentada entre Zeke y Rex. Al otro lado de Rex estaba Ryker. Jessie se sentó a su lado y mostraba con descaro su interés por él. La indiferencia era la mejor táctica, pero Jessie empleaba sus propios métodos. Tenía un cabello y un cuerpo perfectos, así que no tenía que molestarse en tontear. Si quería algo, lo conseguía.

Yo no tenía tanta suerte.

—No puedo creer que te hayas acostado con él —dijo Kayden—. Es tan atractivo.

—Lo sé. —Probablemente me imaginaría esa noche en la próxima sesión con mi vibrador.

—¿Vas a dejar que Jessie se lo lleve?

—No me importa, de verdad. No tiene madera de novio.

—Los que son perfectos nunca la tienen...

La banda que actuaba como teloneros estuvo casi una hora en el escenario. Me entretuve bebiendo Coca Cola y tomando nachos. Los compartía con Zeke y él devoraba los que estaban casi totalmente cubiertos de queso fundido, la mejor parte.

—Tío, cómete los tuyos.

—¿Por qué? —preguntó—. Es mucho más fácil ser un gorrón.

—Eres médico. Yo debería ser la que te los quitara.

—¿No decías que no era médico de verdad? —Bromeó—. Atente a lo que dijiste.

Me metí el resto de los nachos en la boca y traté de tragarlos.

—Ya no te los puedes comer. —Intenté hablar con la boca llena, pero era difícil.

—Ojalá te atragantes.

Conseguí tragármelos dando un sorbo al refresco.

Zeke miró su reloj.

—Espero que empiece pronto.

—¿Por qué? ¿Es hora de irte a la cama?

Me miró con fastidio antes de hacerme cosquillas.

—¿Qué has dicho, gamberra?

Reí antes de apartarlo de un empujón.

—Vale, vale, lo siento. —Me senté derecha y crucé las piernas.

—Así me gusta —dijo Zeke.

Sentí unos ojos fijos en mí y sabía de qué dirección procedían. Al volverme a la izquierda, vi a Ryker observándome. Mantuvo la mirada fija en la mía sin vacilar. Yo fui quien la apartó primero.

Fue extraño.

Al fin salió la banda y empezó el espectáculo. Tocaron enseguida sus mejores singles y empecé a saltar y a cantar al mismo tiempo. Kayden también se dejó llevar por la música. Zeke siempre actuaba de forma divertida hiciéramos lo que hiciéramos, así que cantó conmigo.

Rex no hacía nada y parecía incluso aburrido.

Ryker veía tocar a la banda, impassible e indiferente. Jessie tocaba las palmas y chocaba su cadera contra la de él, que tenía las manos en los bolsillos y, a cada rato, me miraba a los ojos.

Terminé mirando en la otra dirección para no verle. No quería que pensara que lo estaba observando, pues no era así. No hacía más que sentir sus ojos fijos en mí.

Zeke me agarró de la mano y comenzó a darme vueltas mientras bailábamos juntos. Nos estábamos divirtiendo tanto que me olvidé de las miradas furtivas de Ryker y me limité a pasármelo bien. La cerveza, los nachos y el refresco hicieron efecto al mismo tiempo.

Y me dejé llevar por la música.

---

ESTABA MUERTA DE CANSANCIO TRAS EL CONCIERTO. SÓLO QUERÍA acurrucarme con Safari y dormir. Tanto cantar y dar saltos me había dejado agotada. No había suficiente café en el mundo para mantenerme despierta.

Estábamos en la cola interminable que se había formado para salir del estadio. Se extendía eternamente y sabía que tardaríamos un buen rato en poder salir. Conseguir un taxi sería casi imposible.

—¿Puedes aguantar, campeona? —preguntó Zeke.

Me froté el rabillo del ojo.

—Sólo estoy cansada. —Bostecé de manera audible, sintiendo que mis ojos se humedecían en respuesta.

—¿Quieres que te lleve?

Una risa sarcástica escapó de mis labios.

—No, no pasa nada. No soy una niña.

—Pesas igual que una.

—Puede que igual que una que se desarrollara antes de tiempo.

Llegamos despacio al principio de la cola. Tras treinta minutos de pie, estábamos al fin en la acera.

—No habrá forma de pillar un taxi —dijo Rex—. Llegaremos antes si vamos andando.

¿Ir andando a casa? Prefería echarme a dormir en la acera.

—Yo he venido en coche —dijo Ryker—. Puedo llevar a alguien conmigo.

Jessie retorció en su dedo un mechón de su cabello y batió las pestañas.

—Bueno, Jessie y yo vinimos en mi coche —dijo Kayden—, ¿Y vosotros?

—Tomamos un taxi —dijo Rex—. ¿Por qué no vais vosotras en el coche de Kayden y nosotros nos vamos con Ryker?

—Es de dos plazas —dijo Ryker—, así que sólo puedo llevar a una persona. —Me miró a los ojos.

Estaba demasiado cansada como para pensar y resolver el problema.

—Rae parece exhausta —dijo Ryker—. La llevaré y los demás podéis ir en el coche de Kayden.

La expresión de emoción de Jessie se esfumó de inmediato. Se cruzó de brazos e hizo una mueca en protesta.

—Rae puede quedarse con nosotros —dijo Zeke—. Rex irá contigo.

Ryker lo miró a los ojos, ocultando sus pensamientos.

Zeke hizo lo mismo.

Era como tener dos hermanos sobreprotectores.

—Mirad, estoy demasiado cansada. Iré con Ryker y vosotros podéis ir en el coche de Kayden. Fin de la historia. —Caminé hacia Ryker, sintiéndome débil y aturdida.

Rex habría protestado en circunstancias normales, pero estaba haciendo un esfuerzo por contenerse.

—Nos vemos allí. —Dio la vuelta con los demás en dirección al coche.

Ryker caminó conmigo, estrechándome por la cintura.

—Pareces un zombi ahora mismo.

—Lo sé... —Me apoyé en él, reposando la cabeza contra su pecho.

Rio.

—No has parado de bailar esta noche.

—Sí, suele pasarme.

—¿Tienes frío?

—No, sólo sueño.

Me condujo hasta su coche en el aparcamiento. Al acercarnos al Lamborghini, entrecerré los ojos.

—¿Es tuyo?

—Sí. —Pulsó un botón en la puerta del acompañante y se abrió hacia arriba.

Vi cómo subía.

—Vaya...

Me agarró la mano, ayudándome a entrar.

—Puedes ponerte el cinturón de seguridad, ¿no?

—Sí. —Me apoyé en el respaldo del asiento con los ojos cerrados y busqué a tientas el cinturón. Al encontrarlo, lo abroché.

Ryker pulsó el botón y la puerta empezó a cerrarse de nuevo. Dio la vuelta, ocupó el asiento del conductor, encendió el motor y salió del aparcamiento.

Miré por la ventana un rato hasta que no fui capaz de mantener los ojos abiertos. Los cerré y estaba demasiado cansada como para volverlos a abrir.

—¿Quieres venir a mi casa?

¿Su casa?

—¿Por qué?

—Está más cerca y tendrás que andar menos. —Me gustaba eso de andar menos, pero no quería tener que salir de su apartamento al día siguiente y volver a casa. Además, sería un poco raro que me quedara allí.

—No. Llévame mejor a mi casa.

---

CUANDO ME DESPERTÉ, LA PUERTA ESTABA ABIERTA Y RYKER ME ESTABA

ayudando a salir.

—Hogar, dulce hogar.

—Sí. Mi cama está tan cerca.

Me echó el brazo por la cintura y me acompañó al edificio de apartamentos.

—Entonces... ¿Zeke y tú sois pareja?

—¿Zeke y yo? —repliqué.

—Sí. —Subió conmigo las escaleras hasta el octavo rellano.

—No —dije enseguida.

—¿De verdad?

—Sí.

—Pues me pareció que había algo entre vosotros.

—Actúa de forma protectora conmigo porque soy como una hermana pequeña para él.

—¿Eso es todo? —No pareció creer mis palabras.

Llegamos al fin a mi planta.

—En caso de que no te hayas dado cuenta, tengo una relación muy cercana con mis amigos.

—Puede que no te hayas dado cuenta de lo cercano que es Zeke contigo.

¿Era producto del cansancio o lo que acababa de decir no tenía ningún sentido?

—¿Qué?

—No importa. —Me condujo hasta mi puerta—. ¿Tienes la llave?

Metí la mano en el bolsillo y la busqué.

—Sí... —No había forma de encontrarla.

Ryker observó mis movimientos.

—¿La has perdido?

—No. Creo que se me ha olvidado. —¿Por qué tenía que ser tan estúpida en ese preciso momento?

—Vaya faena.

—No pasa nada. Rex llegará en menos de media hora. Dormiré junto a la puerta.

—¿Te parece una buena idea? —El sarcasmo en su voz era evidente.

—No hay mucha gente rara en mi edificio, no me pasará nada. —Me deslicé hasta el suelo, apoyándome en la pared. Se me cerraban los ojos—. Puedes irte. No tienes que quedarte aquí haciéndome compañía.

Ryker no se alejó, sino que sacó el móvil. Hizo una llamada, supongo que a Rex.

—Hola, ¿cuánto os queda para llegar?

Se oyó la voz de Rex al otro lado de la línea. —Mucho. Ha habido un accidente en la autopista y estamos en medio de un atasco.

—¿En serio? —preguntó Ryker—. Porque Rae se ha olvidado la llave del apartamento. Estamos ahora mismo en la puerta.

—Pues vamos a tardar como mínimo hora y media, seguramente dos.

—Vale.

La pared no era el sitio más cómodo del mundo, pero podía dormir ahí si no quedaba más remedio.

—Voy a llevarla a mi casa. Quiere dormir en la puerta del apartamento, pero no lo voy a permitir.

—Vale —dijo Rex—. Siento que mi hermana sea tan estúpida.

—No pasa nada —dijo Ryker riendo. Colgó y guardó el móvil en el bolsillo—. ¿Lo has escuchado todo?

—Sí.

—Pues vamos a mi casa.

—Uf...

Me agarró de la mano y me ayudó a levantarme.

—No quiero ni imaginar lo mal que te pondrás cuando te emborraches.

—No podrías conmigo.

EL ASCENSOR NOS LLEVÓ DIRECTAMENTE A LA SALA DE ESTAR DE SU apartamento.

—Dios, ojalá tuviera uno igual en el mío.

Ryker rio y me condujo adentro.

Fui directa al gran sofá que había frente al televisor. Había una manta echada sobre el respaldo y mi intención era acurrucarme en ella ya que no estaba Safari.

Ryker tiró de mí en la otra dirección.

—Ven conmigo.

—No me hace falta una habitación de invitados. El sofá me vale. —Y está más cerca.

Ryker me llevó a su dormitorio, donde comenzó a quitarse la ropa enseguida hasta quedarse en calzoncillos.

—Eh, ¿qué está pasando aquí?

—Shh. Métete en la cama. —Me quitó la camisa y los vaqueros.

Estaba demasiado cansada como para que me importase, y ya me había visto desnuda, así que no había sorpresas.

Me tumbó en la cama, apartó las sábanas y me arropó.

Al apoyar la espalda en el colchón, recordé lo cómodo que era. Las sábanas estaban hechas de seda y las mantas protegían mi cuerpo del frío al otro lado de las ventanas.

Ryker se metió en la cama conmigo y presionó su pecho contra mi espalda. Me rodeó los hombros con un brazo. Sin pensar, apoyé la mano de forma automática encima de la suya.

Y me quedé dormida.

---

ANTES DE ABRIR LOS OJOS, SABÍA QUE ERA MEDIO DÍA. EL SOL BRILLABA A través de las ventanas. Hacía un calor inusual para tratarse de Seattle. Mi

mente estaba despierta y lista para empezar el día, pero no quería moverme.

Entonces recordé dónde estaba.

Abrí los ojos y vi el brazo que me rodeaba. Notaba la respiración sosegada de Ryker en la nuca. Su olor me embargaba y sentía su pecho rozar mi espalda con cada respiración.

¿Qué demonios?

Me solté despacio de su abrazo, sin querer despertarlo. Al apartarme, su brazo cayó sobre la cama. Me acerqué al filo y busqué mi ropa. No la veía por ninguna parte y no podía creer que me faltaran incluso las bragas.

¿Por qué no las llevaba?

¿Había vuelto a acostarme con él?

Estaba segura de que no.

Cuando estaba a punto de levantarme, una fuerte mano me agarró de la muñeca y me atrajo hacia la cama. Me di la vuelta y vi a Ryker observándome. Sus ojos verdes se habían vuelto opacos a causa del sueño y tenía los cabellos revueltos de dar vueltas en las sábanas. Su mirada somnolienta era sexy. ¿Por qué yo no tenía ese aspecto cuando me despertaba?

—¿Vas a alguna parte?

—Intentaba escabullirme —dije la verdad sin ni siquiera pensarlo.

—¿Sin darme los buenos días?

—Sí.

Sonrió como si todo aquello le divirtiera.

—Pues me alegro de haberte detenido. —Movié el brazo en torno a mi cintura y me besó el cuello y la mandíbula.

Me gustaban sus besos como la última vez, pero también me resultaban intrusivos.

—Oye, ¿qué estás haciendo?

Acercó los labios a mi oído.

—¿A ti qué te parece? —Se echó sobre mí y trazó un sendero de besos

por mi mandíbula hasta encontrar mis labios. Me besó despacio, lleno de intenciones.

La parte lógica de mi mente se volvió borrosa durante un segundo.

—Debería marcharme...

—O podrías quedarte.

—Debo parecer Rob Zombie ahora mismo. —Seguramente tenía el pelo lleno de enredos y mi maquillaje me hacía parecer una extra perfecta en *The Walking Dead*.

—Para nada. —Rozó sus labios contra los míos—. Estás preciosa. —Lo dijo con tanta sinceridad que perdí el hilo de mis pensamientos—. Me gusta tu aspecto por las mañanas.

—¿Sí? —Recorrí sus bíceps con las manos, notando sus músculos prominentes. Se me estaba yendo el santo al cielo otra vez. Ryker me distraía con sus palabras bonitas.

—Por supuesto. —Me besó la comisura de los labios, llenándome de ardor.

Todo lo que me apetecía era quedarme allí tumbada y disfrutar de aquel hombre atractivo sobre mí. Poseía todo lo que jamás podría desear. Tenía un atractivo clásico, su cuerpo era perfecto y era dulce y reservado al mismo tiempo.

Pero no podía volver a pasar por lo mismo.

—Debería irme. Necesito café y tortitas. —Era domingo. Siempre desayunábamos en el apartamento, veíamos fútbol y jugábamos a juegos de mesa.

—Qué irónico —susurró—. Tengo las dos cosas. —No se apartó de mí. De hecho, comenzó a besarme de nuevo, bajando al cuello y a mis pechos.

Cada vez que me tocaba, la sensación era increíble. Sólo con sus labios, lograba que me estremeciera.

—Ryker, estás buenísimo, pero no puedo volver a hacerlo.

—Estoy buenísimo, ¿eh? —Me besó el estómago.

—Sí, pero es mejor que me vaya.

Me agarró por los muslos y me los separó antes de apoyar su rostro entre ellos. Aquellos besos increíbles rozaron mi zona más sensible y arqueé la espalda de forma inmediata, levantando las caderas en respuesta.

Ryker besó y lamió la zona, haciéndome el mejor cunnilingus que había recibido jamás. Frotó la lengua contra mi clítoris antes de introducirla.

Volví a retorcerme una vez más.

—Oh...

Ryker me besó con más intensidad, prendiendo todo mi cuerpo en llamas.

En mi fuero interno, sabía que debía marcharme. Tenía que ponerle fin a aquello, pero mi cuerpo no me escuchaba. Estaba disfrutando demasiado.

Frotó mi clítoris con el pulgar, acariciando el resto de mi cuerpo con su boca. Su respiración cálida sobre la zona sensible aumentaba aún más el placer. Llevaba mi cuerpo y mi mente al borde del éxtasis.

Estaba a punto de caer en un dulce olvido. La temperatura de mi cuerpo aumentó varios grados. Mis quedos gemidos se convirtieron en gritos. Le clavé las uñas en los brazos y me preparé para el orgasmo que me haría arder al rojo vivo.

Justo cuando estaba a punto de llegar al límite, Ryker se apartó.

—No...

Se arrastró sobre mí, con una leve sonrisa en sus labios, que estaban cubiertos de mis fluidos. Resplandecían como si fuera brillo labial.

—Quédate.

—Eres un idiota. —Apoyé la cabeza en la almohada, derrotada.

—Seguiré si te quedas.

Mi cuerpo quería rendirse para volver a aquel dulce paraíso. A Ryker se le daba tan bien. ¿Dónde había aprendido a hacer esas cosas? Ah sí, con todas las mujeres con las que se había acostado a lo largo de los años.

—Me gustaría, pero... no es buena idea.

—Sí que lo es. Puede que no vaya tan bien como la última vez, pero hay

una alta probabilidad de que sea aún mejor. —Me besó, queriendo que probara mi propio sabor. Entonces abrió la mesita de noche y sacó un envoltorio de aluminio.

—No. Fue divertido una vez, pero no podemos seguir haciéndolo.

—¿Por qué no? —insistió—. ¿Por qué no hacerlo dos veces?

—Porque entraríamos en terrenos pantanosos y todo se complicaría. Dejaríamos de ser amigos. Seríamos amigos con derecho a roce.

—No veo dónde está el problema.

—No quiero.

Suspiró y me observó.

—¿Qué quieres entonces?

—No lo sé —dije encogiéndome de hombros—. Que seamos amigos.

—Pues tu coño húmedo me dice lo contrario.

—Bueno, si lo follas así con la boca, no tiene mucha elección.

Sus ojos se ensombrecieron al oír mis palabras.

—Cariño, no te dejaré marchar hasta que consiga lo que quiero. —Separó mis muslos y se situó entre ellos.

—Pues buena suerte. —Me aparté de él y fui al borde de la cama. Tomé mi ropa y empecé a vestirme.

Suspiró y se incorporó, con la espalda apoyada en el cabecero.

No me sentía mal por él.

—Piensa en mí cuando me vaya.

—Lo haré.

Tras vestirme, intenté arreglarme el pelo.

Ryker se levantó de la cama y se puso los pantalones. Permaneció sin camisa y su físico fuerte y cincelado brillaba debido al sudor, dándole un aspecto aún mejor. Como no había conseguido lo que quería, estaba molesto.

—No estás acostumbrado a que te digan que no, ¿eh?

—La verdad es que no.

Tomé mi teléfono de la mesita de noche.

Ryker vino hacia mí con determinación en la mirada.

—¿Por qué no? Te deseo y tú me deseas.

—Te lo he dicho —dije—. Todo se complicaría. Habría sentimientos de por medio y alguien saldría herido, probablemente yo.

—¿Lo has hecho antes?

Me encogí de hombros.

—No suelo contar esas cosas.

Ladeó un poco la cabeza.

—Y, ¿se supone que debemos ser sólo amigos?

—¿Sólo amigos? —pregunté—. La amistad es algo precioso.

Entornó los ojos mientras me miraba.

—Si quieres una mujer guapa al momento, sé que Jessie estaría más que dispuesta. —Me sentí como un chulo poniendo a mi amiga en bandeja de plata.

—No la quiero a ella. —Lo dijo con tanta dureza que fue como lija contra mi piel.

—¿Por qué? —repliqué—. Es guapísima. No puede ser.

No dejó de mirarme a los ojos mientras hablaba.

—Las he visto mejores.

Debía estar loco entonces.

—Tengo que irme. —Lo rodeé y abandoné el dormitorio.

Me siguió y oí las pisadas de sus pies grandes contra el suelo de madera maciza.

Llegué a las puertas del ascensor.

—Bueno, gracias por dejarme pasar la noche aquí.

—Puedes hacerlo cuando quieras.

¿Y tener que luchar contra sus besos antes de irme? Había logrado resistirme esta vez, pero no creí que pudiera volver a hacerlo.

—Deja que te lleve a casa en coche.

—No, no te molestes. Iré andando.

—No me importa, de verdad.

—A mí tampoco —dije—. Ya sabes lo comprometida que estoy con el ejercicio.

Sonrió al oírlo.

—Si quieres dormir con Safari, puedes traerlo.

—No —dije—. Lo llenaría todo de pelos.

—Tengo aspiradora.

Debía marcharme antes de que mi vagina comenzara a tomar las decisiones.

—Bueno, hasta luego. —Pulsé el botón del ascensor e intenté no gritar al ver que estaba en la primera planta.

Ryker me contemplaba con ojos oscuros y ardientes, convenciéndome en silencio para que cambiara de opinión.

Date prisa, ascensor.

Se acercó a mí, listo para entrar a matar con sus labios.

No. No. No.

Miré de reojo el ascensor. Iba aún por la cuarta planta.

Uf.

Ryker me rodeó la cintura con los brazos y me atrajo hacia sí.

Apártalo. Eso es. Problema resuelto.

Entonces, me acarició la mejilla.

—¿Puedo robarte uno?

Mierda.

Presionó sus labios contra los míos y me besó lentamente.

Le devolví el beso y cada segundo me encantó. Le rodeé el cuello con los brazos y rocé mis tetas contra su torso desnudo. Fui presa del deseo y sentí la danza de mi lengua con la suya. Besaba muy bien y hacía que se me fuera el santo al cielo constantemente. Sólo pensaba en él, en el beso, en nuestros cuerpos, sólo en nosotros.

El ascensor emitió un pitido al llegar.

Me aparté, pero no me soltaba. No lo hizo enseguida, pero no le quedó más remedio.

Entré en el ascensor para que no pudiera agarrarme otra vez. Sinceramente, me preocupaba más volver a caer en sus brazos por propia voluntad.

—Sólo amigos.

Me observaba, con las manos apoyadas en las caderas.

—Ya sabes, amigos platónicos. —Pulsé el botón de la planta baja y esperé nerviosa a que se cerraran las puertas.

Entornó los ojos sin dejar de mirarme.

—De los que juegan a juegos de mesa y esas cosas. —¿Por qué demonios no se cerraban las malditas puertas?

Se cruzó de brazos.

—Podemos ir a partidos y eso. O tal vez compartir un perrito caliente. Eso es todo. —Volví a pulsar el botón para que se cerraran de una vez—. ¿Está estropeado el ascensor o qué?

Se movió al fin, avanzando hacia el ascensor.

—¡No! —Si cruzaba el umbral, estaría jodida. Pulsé el botón de cierre de puertas justo a tiempo. Ryker desapareció de mi vista y el ascensor comenzó a descender.

Gracias a Dios.

---

CUANDO LLEGUÉ A CASA, YA ESTABAN TODOS ALLÍ.

Jessie y Kayden estaban sentadas en la mesa de la cocina, con el desayuno en el plato. Se volvieron hacia mí y me observaron de arriba a abajo, percatándose de la ropa arrugada y el moño despeinado.

Me miraron de forma significativa.

—¿Eres tú? —preguntó Rex desde la sala de estar.

—Sí, he sobrevivido. —Solté el bolso en la mesa y entré en la sala de estar. Había un partido en el televisor y Zeke y Rex ya estaban bebiendo cerveza mientras lo veían.

Zeke me miró con preocupación en los ojos.

—¿Estás bien?

—Sí. —¿Por qué no iba a estarlo?

—Entonces... —Rex tenía una expresión incómoda en el rostro—. ¿Tú... —Se frotó la barbilla—. Quiero decir... —Volvió a detenerse—. No importa. No tengo nada que decir.

—No pasó nada. —Contesté a su pregunta tácita. No era del todo cierto porque habían ocurrido algunas cosas, pero no nos habíamos acostado. Sabía que eso era lo que Zeke y él se estaban preguntando.

Rex suspiró aliviado.

Zeke hizo lo mismo.

¿Por qué estaban todos tan interesados en mi vida privada?

—Vale, necesito desayunar. —Me dirigí a la cocina y preparé un plato de tortitas, beicon y huevos antes de sentarme a la mesa con las chicas.

Jessie no tardó en interrogarme.

—Vale. ¿Qué pasó de verdad?

Kayden se echó hacia delante, esperando mi respuesta.

—No nos acostamos. —Vertí sirope en la comida—. Me sorprende que no te enrollaras con él, Jessie. Me pareció que lo estabais pasando bien en el concierto.

—No le gusté en absoluto.

—¿Qué? —No me lo creí ni por un instante.

—Sí —dijo ella—. Fue agradable conmigo y todo, pero no picó el anzuelo. Entonces mencioné que tú pensabas que él y yo haríamos buenas migas. Ya sabes, por si le parecía raro tontear con tu amiga, pero ese comentario pareció molestarle. No dijo nada más durante el resto de la noche.

Mi plato de desayuno estaba intacto.

—No tiene ningún sentido.

Se encogió de hombros.

—Eso fue lo que pasó. Se quedó pensativo y callado, y no hacía más que mirarte.

—Sí —dijo Kayden—. Lo vi.

¿Por qué no se acostaba con Jessie? Era guapa y tenía un cuerpo perfecto. Además, se le había puesto a tiro.

—Cuando te llevó a su casa, ¿no ocurrió nada? —preguntó Jessie incrédula.

—Bueno... pasaron algunas cosas. —Hablé en voz baja para que no me oyeran los chicos.

—¿Qué? —insistió Kayden.

—Intenté dormir en el sofá, pero me obligó a ir a su dormitorio. Entonces me quitó la ropa y se metió en la cama conmigo. Dormimos abrazados durante toda la noche, pero esta mañana, me insistía en hacerlo. Intentó seducirme, pero logré escapar antes de rendirme.

—¿Por qué no dejaste que te sedujera? —preguntó Jessie—. No lo entiendo.

—No quiero una relación así —dije—. Me enamoraría de él y me abandonaría cuando se cansara de mí. Fue divertido como aventura, pero si seguimos haciéndolo, me convertiré en su juguete. No voy a pasar por ahí.

—Entiendo —dijo Kayden.

—Es un mujeriego —dije—. Y el que lo ha sido, no cambia nunca.

—Si es un mujeriego, ¿por qué no se acostó conmigo? —preguntó Jessie.

—Eh... —No tenía respuesta para eso.

—Buena observación —dijo Kayden.

—A lo mejor le encantó el sexo contigo y quería repetir. —No podía leer la mente de Ryker. Era bastante introvertido la mayor parte del tiempo, así que no iba a molestarme. No era tan inquisitiva.

—No sé... —Jessie apoyó la barbilla en la mano—. A lo mejor no quiere

una aventura.

—Si ese fuera el caso, me habría pedido salir. —Y no iba a esperar a que lo hiciera.

—Es verdad —dijo Kayden—. ¿Y ahora qué?

—Sólo somos amigos —dije—. Y así seguirá siendo.

—¿Lo crees de verdad? —preguntó Jessie.

—Le dije que eso es lo que quería —dije—. Mientras no me quede a solas con él, no debería haber problema.

Rex entró en la cocina a por otra cerveza.

—¿De qué estáis hablando?

Intenté reaccionar.

—De nuestras películas románticas favoritas —contestó Kayden.

Abrió el botellín e hizo una mueca.

—Uf. Es lo más aburrido que he escuchado nunca. —Volvió a la sala de estar con Zeke.

Le sonreí.

—Buena jugada.

—Iba a decir tampones, pero esa es mejor —dijo Jessie—. Más creíble.

Me tomé las tortitas y pasé a continuación a los huevos.

—¿Lo pasasteis bien en el concierto?

---

**REX**

—EL BAR DEBERÍA IR ALLÍ. —Zeke señaló la zona de la esquina en la pista de la bolera—. Se ve desde todo el edificio y es más práctico.

Asentí.

—Sí, creo que funcionaría.

—Yo pondría la zona de restaurante ahí —dijo Zeke—. Es mejor que estén separadas. No hay por qué juntar a los que comen con los que beben. Y si añadimos máquinas recreativas, no queremos que los niños se mezclen con malas compañías.

—Es verdad. Como es temática de los 60 y 70, ¿deberíamos vender maría?

—Estarías pidiendo a gritos que te pillaran, tío.

Tenía razón.

—Cierto.

—Rae dijo que pediría presupuesto a varios contratistas. Cuando esté hecha esa parte, podremos avanzar.

—Suena bien. —Aún me sentía muy culpable por usar el dinero de Zeke—. ¿Estás seguro de que quieres hacerlo? Porque si cambias de opinión, no me enfadaré en absoluto.

Me dio una palmada en el hombro.

—Tío, no te preocupes por eso. Pues claro que quiero ayudarte.

Pediría un préstamo al banco, pero tenía muy mal crédito.

—Bueno... gracias.

—¿Quieres alitas y cerveza?

—Siempre.

---

COMPARTIMOS UN CUBO DE ALITAS MIENTRAS BEBÍAMOS CERVEZA. EL televisor de la esquina mostraba las jugadas clave del partido. El local estaba bastante tranquilo porque la gente aún no había salido del trabajo.

Zeke se había quedado muy callado, casi taciturno. Lo conocía desde hace tanto y había pasado tanto tiempo con él que podía leerlo como un libro abierto. Tenía algo en mente.

—¿Estás bien, tío?

—Sí. —Dio un buen trago a su cerveza.

Seguí comiendo. Si decía que estaba bien, no pasaba nada. Rae siempre insistía hasta que confesaba, pero yo no empleaba esas tácticas.

—El concierto estuvo genial. Deberíamos hacer planes así más a menudo.

—Sí...

Estaba seguro de no haber hecho nada que pudiera haberlo molestado, así que, fuera cual fuera la causa de su enfado no tenía nada que ver conmigo.

—Necesito un corte de pelo. Creo que le diré a Jessie que me pele. Seguramente lo hará gratis porque no tengo un centavo.

—Buena idea.

—Fui a la biblioteca el otro día y vi a Kayden. Pasó algo muy raro...

—Hay algo que debo decirte y temo hacerlo.

Vale... puede que algo fuera mal.

—¿Qué pasa?

Ya se había terminado dos cervezas, así que era obvio que estaba preparándose para aquel momento, esperando que el alcohol hiciera las cosas

más fáciles.

Removí las patatas fritas, pero no comí ninguna porque estaba nervioso esperando a oír lo que tuviera que decirme. Zeke y yo siempre estábamos juntos, pero no teníamos muchas conversaciones profundas. Los temas eran siempre deportes, deportes y mujeres. Las charlas a corazón abierto no nos iban.

Zeke permaneció en silencio, intentando averiguar cómo empezar.

—Tío, soy yo. Puedes decirme lo que sea.

—Es diferente...

¿Cómo iba a ser diferente?

—Seguramente te enfadarás conmigo. Por eso dudo.

—Bueno, no me enfado muy a menudo, así que estás exagerando.

—Eh... No creo.

—Ni que te hubieras acostado con Rae ni nada por el estilo. —Reí y comí algunas patatas fritas.

Zeke tenía una expresión culpable en el rostro.

Dejé de comer al verla. Estaba a punto de meterme una patata en la boca cuando me detuve.

—¿No te has acostado con mi hermana, ¿verdad? —Porque le arrancaría la cabeza.

—No.

Me relajé.

—Pero van por ahí los tiros.

Volví a ponerme tenso.

—Hace ya tiempo que siento algo por Rae. Va y viene, pero... esta vez no desaparece. —Me miró a los ojos pese a lo mucho que le incomodaba hacerlo—. Sé que es raro y me he debatido entre decírtelo o callar... así que ya está hecho.

Dirigí la vista al televisor en la esquina porque no sabía qué más hacer. Era como si acabara de golpearme con un bloque de ladrillo. Tardé un

segundo en recuperarme antes de volver a mirarlo.

—¿Por qué me lo cuentas? —Intercambiábamos historias de chicas con las que salíamos, pero sólo de broma. Esto era distinto y no sabía por qué lo hacía.

—Rae se acabará enamorando locamente... esperemos que no de Ryker. Tengo que hacer algo antes de que sea demasiado tarde. Así que... quería asegurarme de que no tienes inconveniente en ello antes de actuar.

Asentí, comprendiendo lo que quería decir.

—¿Tienes algún inconveniente entonces? —Se sentía tan incómodo hablando del tema como yo.

—No sé.

Zeke me miró sin revelar sus pensamientos.

—Habéis sido amigos durante mucho tiempo. Si las cosas no funcionaran, sería muy incómodo.

—Lo sé.

—No sólo entre vosotros dos, sino entre tú y yo, Rae y yo e incluso con las chicas. Nada volvería a ser igual.

Asintió.

—¿Estás dispuesto a correr ese riesgo?

—Lo he estado pensando mucho.

—¿Y?

—Creo que, si no hago nada, me arrepentiré el resto de mi vida.

Apoyé los codos en la mesa.

—Entonces debe gustarte mucho.

—A veces pienso que sería la persona perfecta para mí. Si sentara la cabeza, sería con ella.

Maldita sea.

—No tenía ni idea...

—Se me da bastante bien ocultarlo.

—Sí... a mí me has tenido engañado.

—Entonces, ¿puedo intentarlo con ella?

—Deberías pensarlo bien antes.

—Lo he hecho —dijo—. Y mucho.

Me froté la nuca.

—Lo cierto es que, si las cosas funcionaran entre vosotros, no podré encontrar un hombre mejor.

Asintió.

—Gracias, tío.

—Pero no creo que sienta lo mismo por ti. Nunca me ha dado esa impresión. Puede que le confieses lo que sientes, te rechace y las cosas se vuelvan incómodas entre vosotros. ¿Sabes a lo que me refiero?

—Sí.

—Así que deberías pensar en eso también.

—No creo que ahora mismo sienta nada por mí, pero si le revelo mis sentimientos, podría verme con otros ojos. Y quizás podamos empezar desde ahí.

—Sí —dije—, pero hay mucho en juego.

—Lo sé —dijo con un suspiro—, pero no sé qué más puedo hacer. He estado con muchas chicas, pero no dejo de pensar en ella.

—¿Cuándo empezó todo?

—Probablemente hace tres años.

Abrí los ojos de par en par.

—No he sentido lo mismo todo el tiempo, va y viene. Salgo con otras chicas y dejo de pensar en ella, pero en cuanto vuelvo a estar soltero, mi mente vuelve a lo mismo. Estoy condenado a repetir el ciclo para siempre.

—Qué intenso.

—Lo sé. Ojalá pudiera dejar de pensar en ella por completo, pero al mismo tiempo no quiero que eso suceda.

Me crucé de brazos porque no sabía qué responderle.

—Así que creo que voy a decírselo.

—Vale. —Tenía la sensación de que aquello iba a acabar mal, pero no podía decirle a Zeke lo que debía hacer.

—Buena suerte.

—Te lo agradezco —dijo—. Y gracias por ser comprensivo. Sé que es una situación rara para ti.

—Lo es. —No iba a regalarle los oídos—. ¿Cuándo vas a hablar con ella?

—No lo sé. —Miró la cerveza—. Creo que necesito algo de tiempo para prepararme. No tengo ni idea de lo que voy a decir.

—Sé honesto. Suele funcionar.

—Sí.

—Pero prepárate por si te rechaza porque es bastante posible que ocurra.

Asintió con una expresión triste en el rostro.

—¿Quieres que la tante primero? Me dijo que debía mantenerme al margen de su vida privada, pero puedo apañármelas.

—No sé. Si sintiera algo por mí, serías la última persona a la que se lo diría.

—Es verdad. ¿Y las chicas?

—No se lo digas —dijo de inmediato—. Son leales a Rae. No confío en ellas para esto.

—Vale.

—Sé que debo decir algo pronto. Temo que, si espero demasiado, encuentre a otra persona.

—Mi hermana es muy buen partido, así que es posible.

—Y me da miedo que ese idiota arrogante se le meta en la cabeza.

Supuse que se refería a Ryker.

—Dijo que no había nada entre ellos. Y si lo dijo es que es verdad.

—Sí, seguramente.

Di un buen trago a mi cerveza ahora que se había acabado la conversación.

—Te deseo toda la suerte del mundo. Sería mortal si funcionara porque

algún día te convertirías en mi cuñado.

—Sí, sería genial.

Pero eran castillos en el aire. Si Rae sintiera algo por Zeke, habría salido a la luz hace mucho tiempo. Habría intentado ligar con él o le habría dado alguna pista. Era capaz de leerla bastante bien, así que me habría dado cuenta.

Pero no tenía corazón para decirle eso.

---

ABRÍ LA PUERTA PRINCIPAL Y KAYDEN ESTABA AL OTRO LADO.

—Hola, ¿qué tal?

En cuanto me vio, se puso tensa.

—Vengo a recoger a Rae. Nos vamos de compras.

—Genial. —La invité a entrar y cerré la puerta tras ella—, ¿Vais a comprar lencería atrevida? —Moví las cejas.

Se puso roja como un tomate.

—Sólo bromeaba... —No era mi intención ofenderla.

—Lo sé. —Parecía aún más avergonzada, allí de pie retorciendo un mechón de su cabello entre los dedos. Entonces miró al suelo, más incómoda a cada segundo que pasaba.

¿Por qué siempre era tan extraño cuando estábamos solos los dos? Estuvo allí el domingo y no pasó nada. El concierto fue divertido y ambos nos lo pasamos genial. Pero cuando nos quedábamos solos, era como el rechinar de uñas sobre una pizarra.

—¿Está lista Rae? —Llevaba vaqueros oscuros de talle bajo. Me pregunté si se le vería el culo al sentarse, pero llevaba una blusa larga, seguramente para evitar que eso sucediera.

—De hecho, aún no ha llegado a casa.

—Oh... —Vi una expresión de pánico en su rostro porque no iban a llegar a tiempo a una cita o porque tendría que quedarse conmigo mientras

esperaba.

Me daba la sensación de que sabía cuál de las dos opciones era la correcta.

—¿Quieres una cerveza? —pregunté—. ¿O agua?

—No hace falta. —Se quedó allí de pie, sin querer sentarse en la mesa de la cocina ni en el sofá. Había estado allí suficientes veces como para ponerse cómoda, pero actuaba como si fuera la primera vez que iba de visita y no nos conociéramos.

—Tengo que preguntarte algo y espero que no te lo tomes a mal.

Se puso pálida como un fantasma. Era como mirar a Casper.

—Vale...

—¿Tienes algún problema conmigo? —Tal vez me odiaba. Puede que hubiera hecho algo estúpido y la hubiera ofendido sin ni siquiera darme cuenta. Es algo propio de mí.

—¿Un problema? —susurró—. No, en absoluto. Creo que eres maravilloso. De hecho, eres uno de los hombres más fabulosos que he conocido jamás. Eres muy dulce y compasivo, pero al mismo tiempo fuerte y protector. Estás pendiente de las personas que te importan y nunca esperas nada de nadie sin importar lo que hayas hecho por ellos en el pasado...

Vaya respuesta larga.

—Gracias.

—No tengo ningún problema contigo, Rex.

—Es sólo que parece que... —Señalé la distancia entre nosotros— Hay algo fuera de lugar, como si te sintieras incómoda en mi presencia o algo así.

—No, no haces nada para incomodarme.

—Entonces, ¿qué pasa? —La había visto con Rae y era divertida y animada. Actuaba igual con Jessie. A veces, era el alma de la fiesta, pero cuando estábamos solos, había una química horrible.

—Yo... —Se encogió de hombros y jugueteó intranquila con su pelo—. No lo sé. Supongo que me pones nerviosa.

—¿Nerviosa? —pregunté—. ¿Qué? ¿Yo? —Era el tío más despreocupado del mundo. ¿Cómo iba a intimidar a otra persona?

—No eres tú —dijo enseguida—. Sólo soy... un poco asustadiza.

—¿Conmigo? Nos conocemos desde hace diez años. ¿Cómo puede ser que no te sientas relajada en mi presencia? —No tenía ningún sentido para mí.

—No puedo explicarlo, pero será diferente de ahora en adelante. ¿Qué te parece?

Podía seguir interrogándola, pero no llegaría a ninguna parte. Si las cosas iban a cambiar, era mejor centrarse en ello.

—Suena perfecto. Vayamos a cenar mañana y hagamos la prueba.

—¿Ce...nar...? —Noté que tragaba con dificultad.

—Ya sabes, cuando la gente se reúne y toma la última comida del día.

—Lo sé —dijo con una risa forzada—. Es sólo que... no importa. Me encantará ir.

La señalé.

—Eso está mejor. Nos lo vamos a pasar bien y vas a estar cómoda en mi presencia. Se acabaron esos encuentros raros, incómodos y tensos.

Asintió con entusiasmo.

—Me parece un buen plan. Me hace mucha ilusión.

Mucho mejor así.

—Vale, te recogeré a las siete.

—Estaré lista.

SAQUÉ la muestra del frigorífico y la examiné al microscopio. El experimento llevaba tan sólo tres días y había una cantidad significativa de material biodegradable. La bacteria había corroído la superficie del plástico, y este se había vuelto mucho más endeble.

Mi experimento estaba funcionando.

No sabía con certeza cómo respondería la gente. El hecho de que una bacteria lo corroyera repugnaría a muchos clientes, pero si supieran cuántas bacterias había en todo lo que usaban a diario, ni se inmutarían.

Había encontrado algo.

Oí fuertes pisadas a mis espaldas y supe que no era Jenny.

—¿Te interrumpo?

No me hacía falta verle la cara para saber de quién se trataba. Reconocí su voz en cuanto habló.

—No. ¿En qué puedo ayudarle, señor Price? —Me quité los guantes y los arrojé a la caja de seguridad antes de volverme hacia él. Sospechaba que nos encontraríamos a veces en el trabajo, así que estaba preparada.

Llevaba un traje de chaqueta azul marino y una corbata gris. Le quedaba bien, como todo lo que se ponía. Aquellos ojos eran preciosos sin importar de qué color fuera vestido. Aunque el traje lo cubría, se podían apreciar sus brazos y hombros bien definidos.

¿Cómo no había vuelto a acostarme con él? Era un milagro.

—He bajado para ver cómo va todo.

—Eso sí que es micro gestionar...

—O puede que fuera sólo una excusa para hablar contigo. —Se acercó a mi lado, rozándome el brazo con el suyo.

—Supongo que nunca lo sabré. —Me volví para que no se percatara de mi amplia sonrisa. La última vez que lo había visto fue un poco incómoda. Hui de él porque era la única forma de mantener las piernas cerradas.

—Te lo diré... algún día. —Vio la muestra en el microscopio—. ¿En qué trabajas?

—En lo que mencioné la otra vez. Pinta bien.

—¿Quieres hablarme sobre ello?

—¿No sería mejor esperar hasta saber si es factible?

—Um... No soy la clase de persona a la que le gusta esperar.

—Quién lo diría. —El sarcasmo en mi voz era evidente.

Me dio un codazo, divertido.

—¿Qué tal en la gran oficina de arriba?

—Un aburrimiento.

Me quité las gafas de protección y las dejé en la encimera.

—No parece que te apasione mucho tu trabajo.

—¿Cómo lo has adivinado? —Su voz estaba llena de amargura.

—Entonces, ¿por qué lo aceptaste? —¿Lo había obligado su padre? Me costaba creer que alguien pudiera obligar a Ryker a hacer algo.

Se encogió de hombros, pero no contestó.

—He estado pensando en ti últimamente.

—¿Sí? —pregunté—. ¿De forma puramente platónica?

—La verdad es que no... —Me dirigió una sonrisa pervertida.

Le di un guantazo en el brazo, riendo.

—Eres terrible.

—¿Tienes algún plan emocionante a la vista?

—No —dije—. He estado ayudando a Rex a remodelar la bolera. Su negocio va aguantando, pero a duras penas.

—Sí, abrir un negocio puede ser difícil.

—Bueno, no debería haber comprado la bolera para empezar.

Se encogió de hombros.

—Al menos intentó invertir el dinero en vez de malgastarlo. Reconócele el mérito.

Todos defendían a mi dichoso hermano porque era muy querido.

—Supongo.

—Rex es un tío genial. Era muy popular en secundaria.

—Nunca entenderé por qué.

—Yo era popular por mi atractivo y creo que a él le pasaba lo mismo.

—¿Fuiste el rey del baile de fin de curso? —Bromeé.

—No, pero fui rey en el baile de graduación. —Traté de no poner los ojos en blanco.

—¿Eras una de las pringadas?

—Pues sí —dije—. Estaba en el equipo de decatlón académico, era la presidenta del club de ciencias y jugaba al baloncesto. Era tan empollona como el que más.

—¿El club de ciencias? —preguntó—. Eso está bastante bien. Te imagino con las gafas de protección usando un mechero Bunsen... qué sexy.

—Cállate de una vez y deja de tomarme el pelo.

—No te estoy tomando el pelo. —Se acercó a mí y noté su rostro a pocos centímetros del mío—. Creo que eres la mujer más sexy del mundo.

—Mantuvo la seriedad al hablar—. ¿Por qué crees que no he dejado de pensar en ti?

Me ruboricé y sentí de repente lo mucho que me había subido la temperatura.

—Debería volver al trabajo. Te mantendré informado de los resultados cuando tenga más datos.

Pareció decepcionado ante mi desdén.

—Espero verte pronto, y no en el trabajo.

—Vamos a jugar al billar este fin de semana, ven si quieres. —No iba a dejar que me enredara. La última vez, me había acercado tanto al fuego que me había quemado.

—Deja que te pregunte una cosa. —Me rodeó, aproximándose desde el otro lado, como un tiburón acechando a su presa—. ¿Por qué no quieres estar conmigo?

—Ya te lo dije. —No quería tener que repetir más aquella conversación.

—La verdad es que no.

—No quiero una aventura sin sentido.

—Entonces, ¿quieres una relación?

—Supongo que sí. —No es que cada hombre con el que saliera tuviera que ser mi futuro marido, pero no quería tontear con alguien cuando sabía con certeza que no iría a ninguna parte y me enamoraría de él—. Y no te va, por eso nunca funcionaría.

—¿No podemos divertirnos y ya está?

—Ya lo hemos hecho.

—Divertirnos más —dijo.

—Nuestro tiempo ya pasó, pero mi amiga Jessie está interesada en ti. Su mirada se oscureció de enfado.

—Te dije que no me interesa.

—Entonces puedes ir a por Kayden.

—Tampoco me gusta.

—Qué exigente, caramba.

—No, no lo soy —dijo—, pero cuando encuentro algo que me gusta de verdad, lo sigo a rajatabla. Seguía observándome atentamente.

—Ryker, escúchame.

Se enderezó y me miró a los ojos.

—La única razón por la que me deseas tanto es porque no puedes

tenerme. No voy a cambiar de opinión. Puedes seguir intentando seducirme todo lo que quieras, pero no funcionará. Ambos queremos cosas distintas en la vida, así que dejémoslo tal cual.

—Pues creo que queremos exactamente lo mismo —dijo—. Puedo darte justamente lo que deseas... noche tras noche.

Mis muslos clamaban desesperados.

—Hacerlo más de una vez causaría vínculos emocionales.

—Pues no lo permitas.

Era más fácil decirlo que hacerlo.

—Estás dejando a un lado el hecho de que intentaste que Jessie acabara conmigo. —El enfado en su voz se hizo patente, como si le ofendiera que le hubiera dado permiso a mi amiga para intentarlo con él.

—No intenté que acabara contigo. Le gustabas y le dije que lo intentara.

—¿Así, sin más? —preguntó incrédulo—. ¿No te habría importado que se hubiera acostado conmigo?

—No. —Tampoco estaba mintiendo—, porque no somos nada, Ryker. No significamos nada el uno para el otro más allá de nuestra amistad. Y así seguirá siendo. Si continuamos acostándonos...

—¿Qué?

—Las cosas... se volverán difusas.

—Tienes miedo de que empiece a importarte. —No. Ya me importaba. Temía enamorarme de él.

—Sí, supongo.

Asintió, comprendiendo lo que decía.

—Eres un hombre muy atractivo y con labia. Puedes tener a quien quieras. No pierdas el tiempo conmigo.

—Lo haría si deseara a otra persona.

Me volví hacia él, presa de la confusión.

—¿Qué?

Me contempló durante un largo instante sin parpadear, en lo que pareció

una eternidad. Entonces se alejó, dirigiéndose a la puerta.

—Nada, Rae. Nada.

---

ACABABA DE SENTARME A CENAR CON REX CUANDO VIBRÓ MI TELÉFONO. Zeke me estaba llamando.

Rex se llevó a la boca un enorme trozo de lasaña.

—Joder, qué buena está esta mierda.

—Tomas comida de la basura, así que tus cumplidos no significan mucho. —Respondí a la llamada—. Hola, tío. ¿Qué pasa?

—¿Cuándo has empezado a llamarme tío? —preguntó riendo.

—Supongo que ahora. —Comía mientras hablaba.

—¿Quién es? —preguntó Rex—. ¿Es Zeke?

—Métete en tus asuntos.

—¿Cómo? —preguntó Zeke.

—Lo siento, estaba hablando con el desagradable de mi hermano.

—Ah, vale.

—Estamos cenando ahora mismo —dije—. ¿Te vienes?

—No, no te preocupes —dijo—. Ya he comido. Me preguntaba si estás libre el sábado para ir a cenar.

—¿A cenar? —pregunté—. ¿Con la pandilla?

—En realidad, me gustaría que fuéramos sólo tú y yo.

Zeke y yo habíamos hecho cosas juntos muchas veces, pero nunca me había pedido ir a cenar con él. Tal vez quería hablar de algo o puede que estuviera harto de Rex.

—Sí, claro. Suena bien.

—Genial —dijo—. Hablaré contigo entonces.

—Vale, hasta luego, tío.

Rio.

—De acuerdo, tía.

Colgué y seguí comiendo.

—Bueno... ¿qué quería Zeke? —Rex no apartaba los ojos de la comida.

—Quiere quedar el sábado.

—¿Los dos solos?

¿Por qué actuaba de forma tan extraña de repente?

—Sí. ¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Sólo por curiosidad.

—Quiere ir a cenar. Sospecho que quiere descansar de ti un rato, por eso me ha invitado sólo a mí.

—Um, puede ser.

—O puede que quiera hablar de la bolera sin que estés presente.

—Supongo que es una posibilidad.

Iba a tomar el último trozo de pan de ajo, pero Rex se me adelantó.

—Oye.

—Lo hago en venganza por todos los comentarios negativos que acabas de hacer.

—Idiota.

—Como si me importara. Idiota no es nada.

---

A VECES ME ACORDABA DE RYKER, PERO CADA VEZ QUE OCURRÍA, LO BORRABA DE MIS PENSAMIENTOS. CUANDO ESTÁBAMOS SOLOS, LA INTENSIDAD ERA ALARMANTE. ME QUEMABA.

Tenía la pasión que deseaba en una relación, sobre todo en un marido. Quería a alguien que pudiera ser mi mejor amigo, pero también mi mayor amante. Ryker sobresalía en una categoría, pero fallaba en la otra. Me traería muchos problemas.

Pero a veces mi imaginación iba a la deriva y pensaba en su torso firme y en aquellos abdominales marcados. Debió haber cientos de mujeres antes que yo. Puede que incluso mil. No sentía celos de no ser la única, pero me entristecía que llegaran muchas más después. Seguramente llegaría el día en que olvidaría por completo que se había acostado conmigo.

Estaba en el laboratorio cuando Aaron, el repartidor, bajó las escaleras y entró.

—¿Algún producto químico fuerte del que deba preocuparme?

—Sólo agua.

—Pero eso no es un químico.

—Técnicamente, sí. —La mayoría de la gente no lo sabía, pero el agua era el componente más importante en las reacciones químicas. Sin ella, la mayoría de las reacciones no ocurrían.

Llevaba un jarrón de cristal con dos docenas de rosas en él. Eran preciosas y perfectas. Olían a verano, un olor que hacía mucho que no respiraba.

—Vaya. ¿Quién se las envía a Jenny?

Las puso en la mesa.

—Son para ti.

—¿Para mí? —exclamé. La última vez que me mandaron flores fue... nunca—. ¿Estás seguro?

—Eso pone en la tarjeta. —Señaló un gran sobre sujeto al ramo.

—¿Quién las envía? —La única persona que podría mandarme flores sería mi hermano... y ya era bastante inverosímil.

—No lo sé. Me dijeron que las trajera aquí. —Volvió hacia la puerta.

—Gracias, Aaron.

—De nada.

Cuando se fue, tomé el sobre. La letra era claramente masculina, pero no la reconocí. Abrí la carta y empecé a leerla.

Rae,

Quiero compartir un perrito caliente en un partido.

Quiero jugar a juegos de mesa contigo.

Y quiero una cita.

Ryker

RYKER ME HABÍA PEDIDO una cita.

Una de verdad.

¿Significaba eso lo que yo creía?

¿O debía pedirle que lo aclarara?

No contacté con él ni le pregunté. Aún estaba procesando la nota que me había enviado. Era dulce, demasiado. ¿La había interpretado mal? ¿Quería algo más o sólo iba a complacerme para poder obtener lo que él deseaba?

Dejé las rosas en la oficina porque no sabía cómo explicárselo todo a Rex. No me saltaría al cuello, pero preguntaría de todas formas. No podía mentirle, pero no quería contarle lo de Ryker. Era más fácil no llevarlas a casa.

Tras cenar y ver la televisión, Safari y yo nos fuimos a la cama. Tenía un colchón de 135 cm, así que apenas cabíamos los dos y nos teníamos que acurrucar, pero estaba acostumbrada y él también. Safari hacía ruidos muy graciosos en mitad de la noche y, cuando soñaba, emitía leves ladridos. Dormía mejor con él que con la mayoría de hombres con los que había estado.

Mi teléfono se iluminó un segundo en la mesita de noche en cuanto cerré los ojos.

Ryker me estaba llamando.

Ni siquiera sabía cómo había conseguido mi número. Contesté la llamada, tumbada en la oscuridad de mi habitación.

—¿Hola?

Hubo una larga pausa hasta que habló.

—¿Te llegaron mis flores?

—Sí. Al principio no sabía que eran para mí porque solía ser una pringada, ya sabes.

Rio.

—Eran para ti, no hay duda.

—Son muy bonitas, gracias.

—Entonces... ¿saldrás conmigo?

—Depende —dije—. ¿Quieres salir conmigo?

—Si no lo hiciera, ¿para qué te lo habría pedido?

—Es sólo que... Pensé que no hacías esas cosas.

Suspiró al teléfono, como si no quisiera tener esa conversación.

—No las hago.

—Entonces, ¿qué significa esto?

—Significa que estoy haciendo una excepción. Tienes algo que hace que no pueda dejar de pensar en ti. Cuando no estoy contigo, te deseo. Y cuando te tengo, sigo deseándote.

Mis pezones se endurecieron.

—¿Puedo salir contigo? Iremos a cenar y todo eso.

—¿Y a conocernos?

—Sí —dijo—, e incluso te acompañaré a tu puerta después.

—¿Lo harás? —No podía dejar de sonreír.

—Te daré un beso de buenas noches y luego me iré a casa.

—Vaya, la cosa se pone seria.

Rio.

—Supongo que sí. ¿Estás libre el sábado por la noche?

¿Estaba sucediendo aquello en realidad? ¿Aquel hombre tan atractivo

quería una cita de verdad conmigo?

—Sí.

—Genial. Hay un sitio muy agradable al que me encantaría llevarte.

—¿Qué ha sido de los perritos calientes en el estadio?

—¿Prefieres eso? —preguntó incrédulo.

—La verdad es que sí. Prefiero mil veces la comida que venden en los estadios a la de restaurantes exclusivos.

Dejó escapar un suspiro de añoranza.

—Nena, cada vez me gustas más.

—¿Acabas de llamarme nena?

—Sí. Y seguiré llamándote así.

—Es terriblemente posesivo.

—¿No lo sabías? —susurró—. Eres mía oficialmente.

---

—¿TE HA PEDIDO SALIR? —JESSIE SE MOVÍA ALREDEDOR DE MI SILLA, peinándome y cortándome las puntas sin ni siquiera mirar lo que hacía. Era la mejor peluquera del negocio y tenía un talento natural.

—Sí. Me mandó flores y todo.

—Vaya. Está muy colgado por ti.

—Supongo. —Traté de no sonreír, pero mis labios lo hicieron por su cuenta.

Jessie se percató.

—Estás muy interesada en él.

—Lo he estado desde que lo vi por primera vez —dije con un suspiro—. Intenté mantener las distancias porque sabía que me rompería el corazón, pero ahora... puede que llegemos a algo más.

—Llegaréis a algo más.

—¿Tú crees? —pregunté esperanzada.

—Mientras no esté haciendo todo esto para volver a acostarse contigo. De ser así, sería muy turbio.

Lo sería.

—No, no haría algo así.

—¿Estás segura?

—Sí. No es esa clase de tío. —Parecía misterioso y rudo, pero en lo más profundo de su alma brillaba una luz.

—Entonces es muy emocionante. —Terminó de cortar y me secó el pelo. Cuando estuvo satisfecha con el resultado, apagó el secador y me pasó los dedos por el cabello—. ¿Por qué es así?

—No tengo ni idea. —No le había preguntado y tampoco quería saberlo de todas formas.

—¿Crees que tendrá algún tipo de problema extraño? —Hizo una mueca—. Porque parece... misterioso.

—No estoy segura. —Tal vez no quería comprometerse con nadie. Puede que le gustara disfrutar siempre de su libertad. Algunos hombres eran así.

—Bueno, cambiaré por ti. Es obvio que le obsesionas. Lo que tienes ahí abajo es mágico.

Reí.

—No es nada especial.

—No sé... debe serlo. —Quitó el paño que cubría mi cuerpo y el pelo cayó al suelo—. ¿Cuándo es la gran noche?

—El sába-... mierda.

—¿Qué?

—Se supone que íbamos a salir el sábado, pero acabo de acordarme de que había quedado para cenar con Zeke.

—Cancélalo —dijo—. Lo entenderé. Cuando hay posibilidad de sexo, no pasa por nada por dejar tirado a un amigo.

—No. Yo no soy así. —Zeke era mi amigo de toda la vida. Los tíos iban y venían, pero él estaría allí para siempre. Y yo no trato así a mis amigos—.

Me alegro de haberme acordado antes de hacer una estupidez. Ryker y yo podemos salir el viernes por la noche.

—En serio, es Zeke. No le importará.

—Yo no ignoro a un amigo por ningún tío. —Me levanté y tomé mi bolso del tocador.

Jessie me sonrió.

—Lo respeto —Chocó los cinco conmigo—. Muy bien, son 40 pavos.

—Maldita sea, qué carera eres.

Se encogió de hombros.

—Soy la mejor.

—No esperes propina.

—Pues no esperes otra cita entonces.

Reí y le tendí el dinero. Le dejé una propina de veinte dólares porque merecía cada centavo.

—Gracias, chica.

—De nada. Le va a encantar acariciarte el pelo.

—No va a acariciar nada. Dijo que me acompañaría a la puerta, me daría un beso de buenas noches y se iría.

—Hala. —Se quedó boquiabierta—. ¿Quién diría que una bestia puede convertirse en un príncipe azul?

Me encogí de hombros.

—¿Qué vas a hacer con Rex? ¿Decírselo?

Uf, ni siquiera lo había pensado.

—Eh... Supongo.

—No debería importarle, ¿verdad? Tuvisteis aquella charla.

—Pero le dije que no había nada con Ryker. Ahora que voy a salir con él, va a parecer que le he mentado.

—Sólo tienes que aclarar las cosas —dijo Jessie—, y todo debería ir bien.

—Ojalá tuviera un hermano normal.

—Oye. —Me señaló—. A mi hermano le da igual que esté viva o muerta.

Agradece lo que tienes.

—Sí. Sólo desearía... No sé.

---

—BAJAS MUCHO POR AQUÍ. —ESTABA SENTADA JUNTO A MI ORDENADOR EN el laboratorio, transfiriendo datos a una hoja de cálculo.

Ryker se acercó tranquilamente hasta mí, con las manos en los bolsillos de su traje. Hoy iba de negro con una corbata gris y llevaba un brillante reloj de pulsera. Se había dejado barba de varios días. No sabía con certeza cómo me gustaba más, si así o con un afeitado limpio.

Estaba bien de todas formas.

—Supongo que me gusta micro gestionar la empresa. —Se detuvo junto a mi sillón—. ¿En qué trabajas?

—Recuento de datos. Es mi parte favorita.

—¿Por qué?

Di unos golpes en los brazos del sillón.

—Porque me puedo sentar.

Rio.

—No puedes hacerlo con las manos sucias.

—No. Sería demasiado engorroso.

Permaneció allí como si no tuviera que ir a ninguna parte.

—Quería hablarte de nuestra cita el sábado.

—Yo también —dijo—. Si quieres ponerte un vestido corto con tacones, me parece estupendo.

Puse los ojos en blanco, aunque no era mi intención.

—Iré con vaqueros, una camiseta y una gorra de béisbol, que lo sepas.

—Aun así, estarás sexy.

Traté de no sonreír.

—Lo cierto es que ya tengo planes el sábado. ¿Podemos salir mejor el

viernes?

—¿Qué planes tienes?

—Zeke y yo hemos quedado. —¿Cómo se me podía haber olvidado? Se me había pasado por completo con la euforia del momento al hablar con Ryker.

Ryker no se movió ni articuló palabra alguna, pero en sus ojos había un fuego tácito.

—¿Zeke y tú?

—Sí.

—¿Vas a salir con él? —No subió el volumen de su voz, pero su tono me rompía los tímpanos.

—No, sólo hemos quedado. Ryker, tengo amigos y los celos son muy molestos. Te advierto que no los toleraré y te sugiero que cambies de actitud.

—Lo haría si él no sintiera nada por ti —dijo con frialdad.

Su reacción era ridícula.

—Basta. Sólo me ve como una amiga, puede que como una hermana.

—¿Lo dices en serio? —preguntó—. ¿Es que no lo ves?

—¿Ver el qué?

—La forma en que te mira. La forma en que te toca cada vez que tiene ocasión.

—Los amigos se tocan. —Aquella conversación era una completa estupidez—. No voy a cambiar mi relación con Zeke ni a dejar de pasar tiempo con él. Si tanto te molesta, no deberíamos vernos.

Mantuvo su mirada fija en la mía sin parpadear.

—No bromeo, Ryker. Mis amigos lo son todo para mí. Son mi familia.

Se dio la vuelta al fin, frotándose la nuca despacio.

—De acuerdo. —El tono firme en su voz indicaba que era sincero.

—Gracias. —Ahora que había acabado la discusión, la tensión entre nosotros era palpable—. Además, pensé que era tu amigo.

—Lo es —dijo Ryker—. Tuvimos una relación muy estrecha en

secundaria.

—Entonces sabes que es un buen tipo. No tengo que responder de él.

Se quedó callado durante tanto rato y parecía que la conversación había terminado.

—En el amor y en la guerra, todo vale.

---

DECIDÍ NO CONTARLE A REX LO DE RYKER HASTA QUE PASARA LA CITA. Puede que al pasar tiempo de verdad juntos descubriéramos que lo nuestro nunca funcionaría. ¿Qué sentido tenía poner nervioso a mi hermano por algo que podría consumirse nada más encenderse?

Por suerte, Rex estaba trabajando en la bolera esa noche, así que no tenía que preocuparme por encontrármelo. Me puse exactamente lo que le dije a Ryker que me pondría y al recogerme, me miró de arriba a abajo y sonrió.

—Deportiva y picante.

Reí.

—Sí, ese es el look que pretendía.

—Pues estás muy mona. —Agarró la visera de mi gorra y la levantó un poco para poder verme mejor la cara—. Entonces... ¿tengo que esperar a la noche para darte ese beso?

Si me besaba ahora, iríamos a mi habitación y nos pondríamos en faena.

—¿Qué haría un caballero de verdad?

Sus ojos se ensombrecieron de decepción.

—No recuerdo haber afirmado ser uno.

—Pero esta noche sí lo eres, ¿verdad?

Me colocó la gorra derecha en la cabeza.

—Por desgracia.

Cerré la puerta con llave al salir y caminé a su lado.

—¿No está Rex en casa?

—Está trabajando.

—¿No le importa que salgamos?

—Eh... No se lo he dicho.

Ryker se detuvo.

—¿Por qué no?

—Prefiero esperar hasta el último momento posible.

—¿Por qué?

—Es difícil de explicar. —Rex y yo teníamos una relación poco convencional debido a nuestra infancia. Nadie la entendía salvo nosotros.

—¿Soy entonces un sucio secreto? Porque no me importa si hacemos cosas sucias.

—No, no eres un secreto —dije—. Se lo diré más adelante.

—¿Cuándo?

—No sé... mañana. —O tal vez no.

—Tengo que decir que no he visto jamás a dos hermanos como vosotros.

—Seguro que no.

Salimos a la calle y llegamos hasta su coche.

—El Batmóvil.

Se detuvo y me observó.

—¿Acabas de llamar a mi coche “el Batmóvil”?

—Me recuerda a él.

Rio y me sujetó la puerta.

—Nena, cada vez me gustas más.

---

—ES EL PERRITO CALIENTE MÁS GRANDE QUE HE VISTO JAMÁS. — RYKER contempló el perrito con chili en mi bandeja. Tenía un tamaño monstruoso y estaba relleno de chili, queso, pimienta y cebolla.

—No he comido nada en todo el día para poder disfrutarlo.

—Me sorprende que te quepa en la boca.

—Al principio cuesta, pero termina entrando.

Sus ojos se oscurecieron de inmediato.

No me di cuenta de cómo podían interpretarse mis palabras hasta que las había dicho.

Estábamos sentados en el segundo piso de gradas. Como era viernes, no había mucha gente viendo el partido y conseguimos asientos bastante buenos casi regalados. Ryker llevaba vaqueros y una camiseta, dejando a la vista sus brazos definidos.

Levanté el perrito y me lo llevé a la boca. Tuve que darle un buen mordisco porque si no, se iba a deshacer. Consumir perritos calientes en un estadio requería técnica.

Ryker no me quitaba los ojos de encima, examinando cada movimiento que hacía. Me observa en silencio mientras me lo comía de un extremo al otro.

—Qué bueno estaba, maldita sea. —Me limpié la boca con una servilleta y sentí el ardor del pimiento.

Ryker se ajustó los pantalones.

—Qué maldad.

—¿Cómo?

—¿Quieres que sea un caballero y montas este espectáculo delante mía? Es como agitar un premio delante de un perro aun sabiendo que no se lo vas a dar.

—Siento que lo hayas malinterpretado todo. Sólo estaba cenando.

—Eres la persona más provocadora que he conocido nunca.

—No lo soy.

Miró hacia el frente, viendo el partido.

—Como quieras.

Me incline hacia él, deslizando la mano por su muslo. Acerqué lentamente los labios a su oído, besándole el lóbulo de la oreja.

—No puedo esperar a tenerte en mi boca. Seguro que sabes mucho mejor que el perrito con chili. —Me aparté despacio, retirando la mano al mismo tiempo.

Su respiración se alteró, aumentando el ritmo. Al mirarme, tenía una expresión completamente nueva en el rostro. Parecía como si quisiera agarrarme por la nuca y sacarme de allí.

—Eso sí ha sido provocador.

Resopló y soltó un gruñido.

—¿Acabas de gruñirme?

—Sí, maldita sea. —Me agarró por la nuca, apretando mis labios contra los suyos. Fue un beso firme, prácticamente violento. Aplastó su boca contra la mía y me dijo sin palabras todo lo que quería hacerme. Succionó mi labio inferior con precisión perfecta antes de apartarse—. Eso de los caballeros está desfasado.

—Técnicamente nunca te pedí que lo fueras.

Contempló mis labios durante un minuto antes de mirarme a los ojos.

—Pero me pediste otra cosa.

Cuando miré aquellos hermosos ojos verdes, supe que estaba cayendo en sus redes. Quería más, mucho más. Había cerrado con éxito mi corazón durante mucho tiempo, pero el sello en mi pecho se había roto.

—Eso no significa que no podamos hacer cosas indecentes...

Se inclinó hacia mí como si fuera a besarme otra vez, pero en vez de presionar sus labios contra los míos, los acercó a mi oído. Tomó aire como si batallara contra algo en lo más profundo de su ser.

No sabía lo que estaba haciendo, pero me gustaba estar tan cerca de él. Era una muestra de afecto íntimo sin besarme ni tocarme.

—Haremos muchas cosas indecentes —dijo—. Será obsceno. Pero esta noche será sagrada, sólo por esta vez. —Me besó la oreja y pude oír el sonido de sus labios y su lengua. Se apartó sin despegar sus ojos oscuros de mí.

El hecho de que no se rindiera me hacía desearlo más.

Y ni siquiera sabía que eso fuera posible.

---

RYKER CONDUJO DE VUELTA A MI APARTAMENTO. LA RADIO ESTABA APAGADA y sólo se oía en el coche el sonido de su potente motor. Las luces del salpicadero brillaban, iluminando su rostro.

Me mantuve en mi lado del coche e intenté no pensar en su cuerpo desnudo sobre el mío. Sólo quería rodar en la cama con él, sentir las sábanas pegándose al sudor de mi espalda. Me consumían el calor, la pasión y el deseo, pero no iba a acostarme con él esa noche, así que debía dejar de pensar en ello.

Ryker mantuvo la vista fija en la carretera, pero me agarró la mano discretamente. Lo hizo de forma tan sutil que era como si no lo hubiera hecho. Su mano grande envolvía la mía y podía sentir su fuerte pulso a través de la punta de mis dedos. Sentí que un fuerte calor atravesaba mi cuerpo, haciéndome pensar de nuevo en aquellas sabanas pegajosas.

—Gracias por venir conmigo al partido.

—Gracias por llevarme.

Aunque no perdía de vista la carretera, sabía que quería mirarme.

—Nada de chulearme con tus amigas, ¿vale?

Sonreí.

—Vale.

—Porque ninguna de ellas es mi tipo.

—¿Cómo puede ser? —Jessie era morena y Kayden rubia. Y las dos eran impresionantes.

Se encogió de hombros.

—Supongo que, por ahora, sólo me interesa una mujer.

Me sonrojé como una colegiala. Por suerte estaba oscuro dentro del coche y no se veía mi reacción avergonzada.

—No más citas.

—¿Ya es una relación exclusiva? —Quería que así fuera, pero me sorprendió que exigiera monogamia primero.

—Estamos saliendo, ¿no?

—Eso no significa necesariamente que no te estés viendo con otras personas.

—Pues no quiero que te veas con otras personas y supongo que tú tampoco quieres que yo lo haga.

Ni por asomo.

—No.

—Entonces está decidido. —Salió de la autopista y llegó a las calles de la ciudad—. ¿Cómo está tu madre?

Su pregunta inesperada me pilló por sorpresa. Ni siquiera estaba al tanto de que supiera quién era mi madre.

—Eh... hace casi diez años que falleció.

Ryker no reaccionó abiertamente, pero tras unos segundos, dejó escapar un leve suspiro.

—Lo siento, no lo sabía.

—No importa.

—Rex nunca lo mencionó.

—Falleció después de que te mudaras a Nueva York. Seguramente es por eso que no lo sabías.

—¿Qué pasó, si no es molestia que pregunte? —Era una historia triste y no me gustaba contarla—. Luchó durante mucho tiempo contra la depresión. Mi padre nos abandonó cuando éramos pequeños y nunca se recuperó de ello. Un día, llegamos a casa y la encontramos en el suelo con un bote vacío de analgésicos junto a ella.

—Mierda —susurró—. Lo siento.

—No pasa nada —dije—. Rex tenía veinte y yo quince. Como era legalmente un adulto, se convirtió en mi tutor y se ocupó de mí. Fue difícil

porque no sabía lo que hacía. Hasta ese momento, disfrutaba de su libertad y hacía lo que le venía en gana. Pasamos penurias durante mucho tiempo.

Asintió despacio.

—Ahora todo empieza a cobrar más sentido...

—Rex sigue considerándose mi tutor, aunque soy lo bastante mayor como para cuidar de mí misma.

—Por eso eres tan indulgente. —Asintió de nuevo—. Ahora lo entiendo.

—Sí...

Me apretó la mano, acariciando mi piel con el pulgar.

Aquella muestra de afecto fue suficiente para hacerme sentir un poco mejor.

---

RYKER ME ACOMPAÑÓ A LA PUERTA SIN SOLTARME LA MANO.

—Me lo he pasado genial.

—Yo también.

Se volvió hacia mí y me rodeó la cintura con los brazos. Me contempló con deseo en la mirada. Lentamente, presionó su frente contra la mía, apoyándola ahí. Hubo varios minutos de silencio. Era evidente que Ryker no quería marcharse.

Yo tampoco quería que se fuera.

Me apretó la parte inferior de la espalda.

—Quiero acostarme contigo.

Sabía a lo que se refería.

—Yo también.

—No soy mucho de acurrucarme, pero me gusta abrazarte.

—Bueno, estoy preparada...

Una leve sonrisa cruzó sus labios.

—Supongo que ahora es cuando te deseo buenas noches.

—Sí... —No quería tumbarme sola en mi cama. Quería a aquel hombre fuerte a mi lado, besándome el hombro por la mañana y ocultando su rostro en mi cuello. Quería sexo del bueno durante toda la noche.

Se inclinó y me dio un casto beso en los labios. Fue simple y contenido, el beso más aburrido que nos habíamos dado. Se apartó rápido, como si hubiera besado a su tía.

Alcé una ceja.

—¿Qué demonios ha sido eso?

—No puedo darte un beso de verdad justo ahora —dijo— porque sé lo que pasará.

—¿Y me has dado un beso de abuela?

—¿Un beso de abuela? ¿Qué es eso?

—La clase de beso que le das a tu abuela.

—Eh, gracias —dijo con sarcasmo.

—Pues lo ha sido.

—Sabes que beso genial, pero si me dejas llevar... —Miró la pared junto a la puerta principal—. Te levantaré y te follaré ahí mismo. Así que confórmate con un beso para todos los públicos.

—Eso no suena nada mal...

Me gruñó a la cara.

—¿Por qué me lo pones tan difícil?

—Tú eres el que ha decidido ser un mojigato.

—Sólo trato de hacerte mía. Dijiste que querías algo más, así que te estoy dando una cita. Esto es lo que hace la gente en las citas.

—Y después follan. Es el objetivo.

Cerró los ojos durante un momento intentando contenerse.

—En nuestra próxima cita te follaré tan fuerte que no podrás andar después, ¿vale?

Todo mi cuerpo se tensó de deseo.

—¿Cuándo va a ser eso?

—Podría ser mañana, pero vas a salir con Zeke. —Su tono cambió de forma perceptible.

—Bueno, puedo pasarme luego...

—¿Después de haber salido a cenar con él? —preguntó—. No, gracias.

—No seas así. —respondí a su mirada asesina con la misma expresión—. Te dije que no era negociable.

—Detesto cuando las mujeres me dicen lo que tengo que hacer, ¿sabes?

Me crucé de brazos.

—Entonces no te voy a gustar mucho.

Me observó durante un rato.

—De hecho, creo que esa es la razón por la que me gustas... de una forma complicada. —Me besó en la mejilla antes de alejarse—. Buenas noches, Rae.

Sabía que no iba a salirme con la mía, así que lo dejé ir.

—Buenas noches, Ryker.

—Que tengas dulces sueños —dijo—. Espero que pienses en mí.

Sabía que estaría pensando en él muy pronto.

---

ME MOVÍA Y DABA VUELTAS EN LA CAMA SIN PODER DORMIR. SEGUÍA pensando en aquellos suaves labios besando mi cuerpo. La forma en que besó mi oreja hizo que se me erizara el vello. Quería a Ryker y mi mente no podía dejar de pensar en él.

Mi cuerpo tampoco.

Saqué mi vibrador de la mesita de noche y no me sentí culpable en absoluto por ello. Justo antes de encenderlo, sonó mi teléfono.

Observé la pantalla y vi el nombre de Ryker. Puede que hubiera cambiado de opinión y estuviera en la puerta. Serían las mejores noticias que podría recibir.

—¿Hola?

Su respiración era jadeante, como si estuviera haciendo algo más que yacer en la cama.

—Quiero meter mi gran polla en esa preciosa boquita tuya. —A través del teléfono se oía el sonido de una mano lubricada moviéndose con rapidez.

Sus primeras palabras me dijeron todo lo que necesitaba saber y me excitaron como loca. Encendí el vibrador y lo presioné con fuerza contra mi clítoris. La vibración hizo que me humedeciera enseguida, aún más de lo que ya estaba. Habíamos sido lo bastante fuertes como para separarnos esa noche, pero ambos nos rendimos a la tentación de todas formas.

—Pues métela.

**REX**

KAYDEN ABRIÓ la puerta y me quedé con la boca abierta de par en par.

Llevaba un vestido negro ajustado con tacones plateados. Sus esbeltas piernas parecían aún más largas con el vestido corto. Sus muslos, delgados y bien torneados, casi parecían falsos de lo bien formados que estaban.

La fina tela enmarcaba su figura de guitarra. Sus anchas caderas conducían a una estrecha cintura y tenía un busto prominente. Siempre había pensado que Kayden era preciosa, pero esta noche... caray.

Sus frondosos rizos rubios eran del tipo que me gustaba agarrar cuando se lo hacía a una chica por detrás. Llevaba un maquillaje ligero que resaltaba sus ojos azules y sus labios gruesos.

Joder.

Kayden contempló mi expresión, con los ojos brillando con algo que no pude identificar.

—Hola.

—Hola... —No pude dejar de mirarle las piernas. ¿Siempre habían sido así de sexys? ¿Cómo no me había dado cuenta antes? ¿Había estado Kayden siempre tan buena? ¿Era sólo porque se había rizado el pelo?— Estás... guau.

—Gracias. —Se sonrojó. Ni un tomate habría podido competir con ella.

Di un paso atrás y la dejé cerrar la puerta. Cuando estuvo de espaldas, se me fueron los ojos de inmediato a sus piernas y su trasero.

También los tenía bonitos.

—¿Estás listo para salir? —Se dio la vuelta, con el bolso de mano bajo el brazo.

Tenía que ajustarme los vaqueros porque la entropierna estaba empezando a molestar, pero no podía hacer eso delante de ella.

—Sí, vamos.

---

NOS SENTAMOS EN EL BAR. LA GENTE CHARLABA TRANQUILAMENTE A nuestro alrededor mientras sonaba de fondo música clásica. El sitio estaba abarrotado, pero el ruido de fondo era mínimo. Yo prefería un bar corriente con alcohol barato, pero ya que se había arreglado tanto, pensé que debíamos ir allí.

Estaba sentada con las piernas cruzadas y giradas hacia mí en el taburete.

Yo seguía mirándole las piernas sin poder controlarme. *Déjalo ya, hombre. Es como si fuera tu hermana.*

—¿Qué tal el trabajo?

—Bien —dijo—. Es muy tranquilo, pero me gusta así.

—¿No tienes nada que hacer?

—No. Así que puedo dedicarme a leer.

—Entiendo.

—Además es silencioso.

Negué con la cabeza.

—No creo que yo pudiera con todo ese silencio. Me volvería loco. A mí me relaja escuchar el sonido de los bolos cada diez segundos.

—¿En serio? —Sonrió como si disfrutara de la conversación—. A mí me daría dolor de cabeza.

—Me gusta estar rodeado de gente, de vida.

—Soy demasiado tímida para eso.

—Eso no es cierto —dije—. Te he visto con Jessie y Rae. Las tres juntas tenéis mucho peligro.

—Bueno, es diferente —dijo—. Son mis mejores amigas. Puedo hacer cualquier cosa si estoy con ellas.

—Supongo que me pasa igual con Zeke. —Pero no había nada que hiciera con él que no hiciera con todos los demás.

—¿Cómo va la bolera?

—Sigue siendo un caos —dijo—. Tengo dos empleados.

—¿Eres uno de los dos? —preguntó con una sonrisa.

—De hecho, soy el tercer empleado, pero tengo la sensación de que tendré que despedir pronto a alguien.

—Esperemos que la situación dé un giro para bien con todos los cambios.

—Sí, pero llevará un tiempo. Soy muy afortunado de que Zeke y Rae estén dispuestos a ayudarme.

Dio un sorbo a su bebida y la dejó en la barra con total elegancia.

—Te quieren.

—Sí, lo sé. A veces me pregunto por qué.

—Porque eres buena persona, Rex.

Kayden siempre me hacía muchos cumplidos. Me decía cosas agradables cada vez que la veía. Los demás se burlaban de mí cuando tenían ocasión.

—Gracias.

—Rae me dijo que vuestra conversación sobre su vida privada fue bien.

—Sí... fue un poco incómodo, pero lo superamos.

—Dijo que lo has estado cumpliendo. —Removió su bebida antes de dar otro sorbo—. Eso es bueno.

—A veces se me pasa —dije—. Estoy tan acostumbrado a preguntarle a dónde va y con quién está... como si fuera su padre. Ha pasado mucho y no puedo permitir que vuelvan a hacerle daño. No es porque sea un hermano sobreprotector, es porque soy su familia.

—Entiendo.

—Lo que le pasa a Rae es que tiene mucha confianza en sí misma. No es nada malo, pero a veces se cree más fuerte de lo que es en realidad. Me temo que se cargue con más de lo que pueda soportar, y cuando la carga sea demasiado pesada, se derrumbe.

—Sé exactamente a lo que te refieres.

—Odio ser la voz de la razón en su cabeza, pero debo hacerlo.

—Ella lo valora, Rex.

Sentía que hablábamos mucho de mi hermana. Parecía un padre que no podía dejar de hablar de sus hijos. Cuando mi madre falleció, me vi obligado a ser adulto. Al tener que asumir ese rol tan rápido y cuidar de una niña adolescente, había quedado arraigado en mí desde entonces.

—Ojalá se siguieran llevando los matrimonios de conveniencia.

—¿Por qué? —preguntó riendo.

—Podría encontrar al hombre adecuado para ella y listo.

Rio.

—Rae encontrará al hombre adecuado por sí misma.

—No sé... ha traído a casa a muchos perdedores.

—Tú crees que todos los tíos son perdedores.

No creía que Zeke lo fuera. En realidad, era la persona más adecuada para ella. Podría cuidarla, calmarla cuando se alterara por algo y siempre la respetaría y la trataría bien. Y lo más importante, la haría feliz. Pero me daba la sensación de que nunca acabarían juntos, así que no debía malgastar mis esperanzas y sueños en ello.

—¿Crees que Rae se comportará así cuando empieces a salir con alguien?

—Ja —dije con sarcasmo—, no. A Rae no le importa. Sabe que sé cuidar de mí mismo.

—Entonces... ¿Has estado saliendo con alguien?

—Me acosté con una chica de la bolera. Eso es todo.

—Oh... —Bajó la vista a su bebida—. ¿Hace poco?

—Sí, fue el otro día. Empezamos a ligar en el mostrador y antes de que

me diera cuenta, estábamos follando en el baño de caballeros. Luego se fue.  
—No tuvo nada de romántico. Los dos queríamos sexo, aunque fuera contra la puerta del cubículo.

Kayden removió su bebida, con la mirada baja.

La contemplé, percatándome de su repentino cambio de humor.

—¿He dicho algo que te haya molestado?

Le restó importancia.

—No, no. Sólo estaba pensando en algo que se me olvidó hacer en el trabajo...

—¿Follar con un tío en el baño? —Bromeé.

Río, pero su risa sonó forzada y falsa.

—¿No te van esas cosas?

—No mucho.

Nunca hablaba con Kayden de su vida privada, así que no sabía nada en realidad.

—¿Vas de uno en otro? —Nunca tenía novio, así que asumí que debía ser por eso.

—No. —Lo negó enseguida—. Ni hablar.

—Entonces, ¿sales en secreto?

—Eh... a veces.

¿Tenía una vida privada activa o no? Era demasiado guapa como para no recibir ofertas a diestro y siniestro. Tal vez se sentía incómoda hablando de ello conmigo y por eso no decía mucho. ¿Estaba repitiendo los mismos errores que con mi hermana?

—¿Has visto alguna película buena últimamente?

—Vi *El renacido*. Me gustó mucho.

—¿La de Leo? —pregunté—. Tengo ganas de verla.

—Deberías. Es el tipo de película que te gustaría.

—¿Cómo sabes qué clase de películas me gustan?

Se encogió de hombros.

—Sé cuáles son tus intereses.

Seguimos hablando sobre música y películas durante la siguiente hora. Estaba más relajada conmigo de lo habitual, así que no había duda de que íbamos progresando. Me alegro de haber dicho algo porque había demasiada tensión para mi gusto. Ahora daba la sensación de que éramos amigos al fin.

—Disculpa —dijo—, voy a empolvarme la nariz.

—¿Qué? —exclamé.

—Significa que voy al baño.

—Oh —asentí—. Hablas de forma tan sofisticada que no te entendía.

Me sonrió antes de alejarse. Al instante, todas las cabezas se volvieron en su dirección, admirando su físico perfecto y sus preciosas piernas.

No me avergonzaba admitirlo. Contemplé su trasero todo el rato.

—Disculpa. —Una mano femenina me agarró del hombro.

—¿Qué pasa? —Me volví en su dirección y vi a una chica castaña muy mona. Era alta para ser mujer y medía en torno a un metro ochenta.

—¿Estás con alguien?

—No. Sólo he quedado con una amiga. —La miré de arriba abajo y me agradó lo que vi—. ¿Ves algo que te guste?

Sonrió.

—Pues sí. Me llamo Reina.

—Hola, Reina. —Le estreché la mano—. Soy Rex.

—Encantada de conocerte. —Se quedó allí de pie como si esperara que le ofreciera una copa.

—Me encantaría charlar, pero no quiero ignorar a mi amiga. ¿Me das tú número para que pueda llamarte después?

—Suena perfecto. —Escribió el número en la servilleta.

—Estaré esperando tu llamada. —Se echó el pelo hacia atrás mientras se alejaba.

La vi marcharse, preguntándome qué clase de perversión le gustaría.

Justo cuando acababa de irse, otra chica se me acercó.

—Siento molestarte, pero me pareces muy mono.

—¿A quién no? —Sonreí, encogiéndome de hombros al mismo tiempo—. Y qué coincidencia, tú también me pareces mona.

Río.

—¿Qué probabilidades hay?

—Ahora mismo estoy con una amiga, así que no estoy disponible para charlar. ¿Me puedes dar tu número para llamarte luego? —Sólo esperaba no confundirla con la otra chica.

—Suenan genial. —Tomó una servilleta y garabateó su número. También añadió su nombre.

Lo leí en voz alta.

—Encantado de conocerte, Hannah. Soy Rex.

—Encantada. Espero poder llegar a conocerte mejor.

—Tengo el fuerte presentimiento de que así será.

Me dirigió una dulce sonrisa antes de alejarse.

Maldita sea, era increíble. Ni siquiera tenía que mover un dedo esa noche, venían a mí en masa.

Kayden volvió del baño, llamando la atención de todo el bar al caminar. Se subió al taburete y dejó el bolso en la barra.

—Espero que no te hayas aburrido mucho en mi ausencia.

—La verdad es que no. —Le enseñé las dos servilletas—. He conseguido dos números de teléfono. Fácil, ¿eh?

Miró fijamente las dos servilletas como si fueran insectos. Casi al instante, volvió a ponerse tensa. Rompió el contacto visual y jugueteó nerviosa con su bolso.

—Acabo de darme cuenta de que debo irme a casa.

¿Qué? Sólo llevábamos allí una hora. Ni siquiera habíamos cenado.

—Me alegro de haberte visto, Rex. Hablamos. —Se levantó del taburete.

—¿Qué? ¿Te has enfadado o algo?

—No —dijo enseguida, sin mirarme aún—, acabo de recordar... que

tengo que darle de comer a mi perro.

¿A su perro?

—No tienes perro.

—Se lo estoy cuidando a un amigo. —Se alejó sin ni siquiera despedirse.

¿Qué demonios pasaba?

La vi marcharse, intentando averiguar qué había ocurrido. Fue al baño y todo iba bien, pero en cuanto empezó a hablar conmigo, se enfadó y se marchó. ¿Qué se me escapaba?

Fui tras ella y la seguí por la acera. Se dirigía a su apartamento a la izquierda.

La alcancé.

—Kayden, espera.

Siguió caminando.

—Hablamos luego, Rex. Ahora mismo tengo prisa.

—Háblame. ¿He hecho algo? ¿Ha sido algo que he dicho? —Me cansé de que me ignorara, así que la agarré del brazo y la obligué a detenerse de golpe—. Kayden, háblame.

Cuando pude ver su rostro, sus ojos estaban llenos de lágrimas. Tenía las mejillas enrojecidas y la respiración agitada a niveles alarmantes.

La observé impactado.

—No sé qué he hecho para molestarte, pero lo siento.

—No es culpa tuya. —Se apartó sollozando—. Deja que me vaya. —Se soltó y siguió caminando.

Debería haberla seguido, pero no lo hice. Jamás lograba entender a las mujeres, ni una vez. Era una ciencia que jamás había estudiado, pero nunca me había sentido tan confuso como en ese preciso momento.

¿Qué acababa de pasar?

---

ATRAVESÉ LA PUERTA, SINTIÉNDOME FATAL. TIRÉ LAS LLAVES EN LA MESA, pero se deslizaron por la superficie y cayeron al suelo.

No me molesté en recogerlas.

Rae era la mejor amiga de Kayden, así que decidí preguntarle. Puede que hubiera hecho algo increíblemente ofensivo sin ni siquiera darme cuenta. Necesitaba la ayuda de otra mujer.

Rae vino por el pasillo, vestida para salir.

—Hola. Necesito hablar contigo.

—Perfecto porque yo también tengo que decirte algo.

Llevaba el bolso colgado del hombro y se había rizado el pelo.

—Vale, sé que va a sonar raro, pero entiéndeme.

¿Podía empeorar aún más la noche?

—Cuando te dije que no había nada entre Ryker y yo, no mentía. Era la verdad. Sólo éramos amigos que se sentían atraídos el uno por el otro. No quería relacionarme con él porque es muy promiscuo, pero me pidió salir el otro día y acepté. Fuimos a un partido y nos lo pasamos genial. Como hicimos tan buenas migas, voy a volver a verlo.

Kayden se borró de mi mente al instante.

—Qué... espera. —Era demasiada información que asimilar en treinta segundos—. ¿Estás saliendo ahora con Ryker?

—Sí.

Era mi peor pesadilla.

—No. Rae. No.

Alzó una ceja.

—Es el mayor don juan que conozco. Es peor que yo, imagínatelo. No es lo bastante bueno para ti y nunca lo será. Te va a romper el corazón, créeme lo que te digo.

Se cruzó de brazos.

—¿Qué fue lo que hablamos, Rex?

—Lo sé, lo sé. —Levanté ambas manos, frustrado—. No es mi intención

meterme donde no me llaman, pero debo advertirte. Puede que tenga mucha labia, pero sólo intenta seducirte.

—Rex, soy adulta y puedo tomar mis propias decisiones.

—Sólo trato de ahorrarte tiempo y un corazón roto.

—Ryker me pidió una cita, una de verdad. No es una aventura.

—Eso es lo que quiere que creas. —Ryker, en general, era un buen tipo, pero no quería que estuviera con mi hermana.

—Conmigo es diferente.

Puse los ojos en blanco.

—Todos son diferentes contigo hasta que acaban mostrando sus verdaderas intenciones.

Dio un golpe en el suelo con el pie.

—Rex, no te estoy pidiendo permiso. Sólo te cuento lo que hay. No te confundas.

—Me parece una pésima idea.

—Pues me da igual lo que te parezca. Me gusta mucho y quiero estar con él.

Dios, era terrible.

—Así que deja las cosas como están.

Quería seguir discutiendo, pero ¿me haría algún bien?

—No esperes que te consuele cuando te rompa el corazón, Rae. Porque no lo haré. —Veía el final incluso antes de que empezara. Se enamoraría de él y la dejaría por una supermodelo. Lo había visto pasar tantas veces.

—Hace diez años que no lo ves. Ni siquiera sabes cómo es ahora.

—Sé que no ha cambiado.

—Como quieras. —Levantó la mano para silenciarme—. Puedes quejarte y refunfuñar todo lo que quieras, pero no cambiará nada.

—Pues vale. Malgasta tu tiempo si quieres, ya ves lo que me importa.

—No lo haré. —Dio otro golpe en el suelo.

Sonó el timbre.

Dirigí la vista a la puerta de inmediato y la rabia se apoderó de mí.

—¿Es él? —Sería la oportunidad perfecta para arrancarle la cabeza.

—Es Zeke.

El enfado se desvaneció al momento.

—¿Zeke?

—Vamos a cenar esta noche. —Abrió la puerta y lo saludó.

—Hola. ¿Tienes tanta hambre como yo?

Mierda. Hoy era sábado.

Iba a cenar con Zeke.

Y él iba a confesarle sus sentimientos.

Maldita sea, acabaría destrozado.

—Zeke, tengo que hablar contigo un segundo. —No iba a dejar que mi amigo hiciera el ridículo. Jamás se recuperaría de aquello.

—No. —Rae lo agarró del brazo—. Ya llegamos tarde y os podéis llevar horas hablando como una panda de colegialas.

Zeke rio.

—Tiene razón, tío.

—No, es muy importante. —Lo agarré del otro brazo.

—Rex. —Rae me apartó—. Ahora no. Ya sé lo que vas a decir y no tengo tiempo para eso. —Cuando agarró a Zeke, él se dejó arrastrar de inmediato, como buen calzonazos que era.

—Zeke. —Lo seguí hasta la puerta e hice un gesto con la mano que indicaba: No se lo digas.

Inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Qué?

—Rex, ¿qué estás haciendo? —preguntó Rae.

La ignoré.

—Tío, no hagas lo que estás a punto de hacer. ¿Sabes de lo que hablo?

Zeke parecía confuso.

—Eh...

—No hagas lo que ibas a hacer —dije con firmeza—, cancélalo.  
—Esperaba que entendiera que le decía aquello por una razón, no porque no me gustara en particular.

—¿El qué? —preguntó Rae—. Rex, ¿de qué estás hablando?

—Confía en mí, —le dije a Zeke—. No-lo-hagas.

—Zeke, ¿a qué se refiere? —preguntó Rae.

Zeke frunció el ceño.

—No estoy seguro...

—Bueno, vámonos. —Rae comenzó a alejarse—. Me muero de hambre.

Zeke me miró confundido antes de marcharse.

Tenía la sensación de que sería un desastre. Saqué mi teléfono y le envié un mensaje de texto. Probablemente lo vería antes de cenar. *Tío, no le digas lo que sientes. Me acaba de decir que está saliendo con Ryker y le gusta mucho. Lo siento, hombre.*

Pobrecillo.

—¿ME juzgarías si pidiera las costillas?

Zeke me miró desde el otro lado de la mesa, con una media sonrisa en los labios.

—¿Te juzgo alguna vez por algo?

—Es verdad. Por eso somos amigos. —Cerré el menú porque sabía exactamente lo que quería.

—Estoy seguro de que no es sólo por eso. —Dejó el menú en la mesa.

Cuando el camarero se marchó después de traernos las bebidas y anotar lo que queríamos, volvimos a quedarnos solos. No podía dejar de pensar en la conversación que Rex acababa de tener con Zeke.

—¿Qué fue eso tan raro que pasó en el apartamento?

—¿Con Rex?

—Sí.

Se encogió de hombros.

—Ya sabes, Rex. Los científicos llevan años estudiándolo y aún no logran entenderlo.

Reí.

—Sí, supongo que tienes razón.

—¿Qué tal el trabajo?

—Bien. Estoy con el proyecto de los paquetes biodegradables y he

obtenido buenos resultados.

—Es genial —dijo—, si funciona, podría cambiar por completo los hábitos de los consumidores.

—Lo sé, aunque me preocupa que no sea lo bastante práctico. Vivimos en un mundo en el que la mayoría de la gente obtiene sus nutrientes de la ventanilla de los establecimientos de comida rápida y las cenas de microondas. Podría ser demasiado para ellos.

Asintió.

—Sé a lo que te refieres, pero hay una gran población de personas en Estados Unidos que se preocupa de verdad por reciclar y proteger el medio ambiente. A ellos los atraerás.

—Es verdad.

—Creo que lo que estás haciendo es maravilloso, Rae. Es una forma de cambiar la situación. —Me miró a los ojos sin parpadear.

Siempre me dirigía esa clase de miradas, como si me apreciara y estuviera orgulloso de mí. Era una mezcla entre mejor amigo y hermano. A veces, me sentía más cómoda contándole a él las cosas que a Jessie y Kayden. Zeke y yo conectamos desde el momento en que nos conocimos. Me sentía a gusto con él.

—Gracias.

Dio un sorbo a su cerveza, pero continuó mirándome.

—¿Qué tal la consulta?

—Bien. Vino una paciente con un caso grave de acné quístico, el peor que he visto jamás. En el transcurso de tres meses, la he estado tratando con antibióticos, cremas tópicas y una hidratante específica. Ha hecho maravillas. Cuando vino el otro día, empezó a llorar porque su rostro había mejorado mucho.

—Vaya...

Había emoción en sus ojos.

—Sí... Me encanta mi trabajo.

—Me alegro por ella. ¿Es joven?

—Dieciséis.

—Oh, entonces debe ser muy importante para ella.

—Sí —dijo—, es una chica guapa, así que ahora aumentará mucho su autoestima.

—Es maravilloso.

—Sus padres no tenían un buen seguro, así que no podían permitirse la mayoría de los medicamentos y no le he cobrado las consultas.

No me sorprendía en absoluto.

—Eres tan bueno, Zeke. Si enfermara, querría que tú te ocuparas de mí.

Sonrió.

—Yo siempre cuidaría de ti, Rae.

Nuestra conversación se vio interrumpida al llegar la comida. Mis costillas serían engorrosas de comer, a diferencia del pollo que había pedido él.

Zeke observó mi plato.

—¿Pido servilletas de más?

—Será lo mejor.

Le hizo señas al camarero.

Cuando las tuve en mi poder, las dejé al lado de mi plato. Estaba claro que me harían falta durante la comida.

—¿Estás saliendo con alguien? —Zeke no solía tener novias, al menos nada serio. Salía con una chica unas semanas y luego pasaba a otra.

—Ahora mismo no.

—¿Te estás dando un respiro? —pregunté—, ¿necesitas recuperarte? —Me había hablado sobre una adicta al sexo con la que estaba saliendo. Había sido divertido al principio, pero después siempre tenía la polla dolorida.

Rio.

—Sí, supongo. —Contempló su comida mientras hablaba.

Debería contarle lo de Ryker, pues mi hermano se lo diría. Prefería que Zeke escuchara la historia real de lo que había ocurrido a la versión ridícula que se inventara mi hermano.

—Hablando de salir con gente... —Dejó de comer y soltó el tenedor—. Hay algo de lo que quiero hablarte y no es precisamente fácil. —Se frotó la nuca sin hacer contacto visual conmigo durante un buen rato.

No era normal ver a Zeke nervioso por algo. Siempre estaba lleno de confianza y sabía expresarse con soltura. Mi teléfono vibró en la mesa, iluminándose. Sería de mala educación mirarlo cuando Zeke trataba de decirme algo importante, así que lo ignoré.

Zeke lo miró de reojo.

—No pasa nada.

Lo miré con rapidez.

Era un mensaje de Ryker. *Sólo cenar. Nada de tocamientos.*

Puse los ojos en blanco y dejé el teléfono en la mesa de nuevo. Ryker ni siquiera era mi novio y ya estaba molestándome.

—¿Va todo bien? —preguntó Zeke.

—Sí, no es nada. ¿Qué estabas diciendo? —Di un bocado al puré de patatas.

Hizo otra pausa antes de empezar de nuevo.

—Hace tiempo que tengo estos sentimientos y he estado debatiéndome entre contártelo o no. Podría incomodarte, pero espero que no sea el caso porque también podría dar lugar a cosas maravillosas, así que creo que debo decírtelo. Si no lo hago, me arrepentiré...

Mi teléfono volvió a iluminarse.

Maldita sea, Ryker.

Zeke calló y lo miró de reojo.

—No pasa nada. —No era la clase de persona que se enfada por cualquier motivo. Era tranquilo y amable.

—Perdona. Lo apagaré. —Tomé el teléfono y leí el mensaje. *Vente*

*después. Quiero besar cada centímetro de ti hasta que su presencia desaparezca.*

Se estaba comportando de forma ridícula.

Apagué el teléfono y lo eché al bolso.

—¿Puedo preguntarte qué pasa? —dijo Zeke— ¿Es importante?

—No, en absoluto. —Si Ryker no fuera tan atractivo y dulce, no se lo toleraría—. Es sólo Ryker, siendo... Ryker.

Zeke no apartó la mirada, pero su expresión cambió ligeramente. Su seriedad se atenuó, reemplazada por intensidad. Los pensamientos se agolpaban en su mente, podía verlo en sus ojos, pero era incapaz de averiguar exactamente su contenido.

—¿Habláis mucho Ryker y tú?

—Bueno... es una larga historia. Te la contaré cuando termines de hablar.

Zeke no terminó su historia. La abandonó por completo.

—Cuando dices que es una larga historia, ¿te refieres a que estás saliendo con él? —Tragó el nudo en su garganta y la confianza siempre visible en su aspecto e imagen se desvaneció.

—Sí.

No mostró ningún tipo de reacción. Me observó con la mirada perdida y el cuerpo rígido. Entonces, bajó despacio los ojos y observó fijamente la superficie de la mesa. Los cerró y exhaló un profundo suspiro.

—No me digas que tú también te opones —dije—. Acabo de decírselo a Rex en el apartamento y reaccionó como si fuera lo peor del mundo.

Zeke se frotó las sienes.

—Cuando nos conocimos en el parque, hubo una química evidente entre nosotros. Al volver a encontrarnos, surgió de nuevo la chispa. Nos acostamos y fue maravilloso, pero seguí mi camino porque sabía la clase de tipo que era. —A Rex no le diría esas cosas porque sería incómodo, pero Zeke y yo nos lo contábamos todo. Sabía qué partes filtrar cuando hablaba con mi hermano—. Pero entonces empezamos a trabajar juntos y a pasar más tiempo en

compañía del otro. Me pidió salir la otra noche y le dije que sí. El resto ya es historia. No sé qué tiene, pero me gusta de verdad. Me hace sentir... viva. ¿Sabes?

Zeke no me había mirado ni una sola vez. Seguía frotándose las sienes como si combatiera una migraña.

—¿Zeke?

Se sentó erguido y dejó caer la mano sobre la mesa.

—Sí, es genial. Ryker es un poco mujeriego, pero estoy seguro de que ya lo sabes.

Al menos me mostraba apoyo, a diferencia de mi hermano. Rex nunca creía que nadie fuera lo bastante bueno para mí.

—Sí, no voy engañada. Entiendo los riesgos, pero creo que todo irá bien.

Tomó el tenedor y removi6 con 6l la comida. El aire en torno a 6l se volvi6 triste y sombrío. Se encorv6 sobre la mesa, con los hombros abatidos y la espalda arqueada. Parecía otra persona.

—¿Zeke?

—¿Eh? —Daba vueltas al pollo en su plato.

—¿Te pasa algo?

—No, para nada.

Nunca mentía, pero tuve la inconfundible impresión de que no estaba siendo sincero.

—¿Estás seguro?

—Sí... —Hizo un gesto negativo, con la mirada perdida en la distancia—. Es sólo que... da igual.

—¿Qué? —insistí.

—No es nada. Es algo que me ocurri6 en el trabajo y no merece la pena mencionarlo.

—Vale. —Dejé el tema porque no parecía querer hablar de ello—. ¿Qué ibas a decir?

—Ah... sí. —Volvi6 a soltar el tenedor—. He estado pensando mucho en

la bolera de Rex.

¿Quería abandonar la inversión?

—Creo que debería ser yo el que invirtiera todo el dinero. Ya tengo casa y un negocio. Deberías guardar tu dinero para una vivienda o lo que sea.

¿Era eso lo que quería decirme? Antes había empezado a hablar como si ocurriera algo serio.

—Zeke, no te preocupes, de verdad. No me habría ofrecido si no pudiera permitírmelo.

—Pero existe la posibilidad de que pierdas todo el dinero.

—No me importa —dije—, quiero hacer que todo funcione por mi hermano. No estoy segura de qué más podría hacer, ¿sabes? Sé que siempre se ha sentido un poco perdido.

Asintió.

—Sé a lo que te refieres.

—Así que no pasa nada, no te preocupes por eso.

—Vale. —Mantuvo la cabeza agachada mientras comía.

La conversación se había vuelto mucho más tensa que hacía diez minutos y no entendía la razón. El ambiente de normalidad entre nosotros había desaparecido. En lugar de dos buenos amigos cenando, éramos casi como dos extraños. Quería preguntarle si había algo más que no me había contado, pero no quería hablar de ello, así que no iba a insistir.

Permanecí en silencio.

---

REX ESTABA EN LA COCINA CUANDO LLEGUÉ A CASA. ERA EVIDENTE QUE había estado dando vueltas de un lado a otro justo antes de que entrara. Tenía los brazos cruzados e iba vestido con la misma ropa.

—¿Cómo ha ido? —Exclamó con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo ha ido qué? —Me quité la chaqueta e insistí.

—La cena. ¿Te dijo algo Zeke?

—Pues claro que sí —repliqué— ¿Crees que estuvimos sentados sin hablar toda la noche? —Mi hermano estaba más raro de lo habitual.

—Bueno, ¿de qué hablasteis?

—De cosas. —Que no son asunto tuyo.

—¿Qué cosas? —preguntó—. ¿Del trabajo? ¿De la bolera? ¿De lo que sentís el uno por el otro?

—¿Qué? —Alcé ambas cejas—. ¿Qué acabas de decir?

—De cuando os encontrasteis el uno con el otro —corregí—. ¿Qué creíste que había dicho?

Esta conversación me estaba dando dolor de cabeza.

—Me voy a cambiar y saldré.

—¿A dónde vas?

Le tiré el bolso.

—Deja de ser entrometido.

—Bueno, yo también me voy. —Se dirigió a la puerta.

—Espera, ¿a dónde vas? —Me volví y lo miré.

—Deja de ser entrometida. —Me hizo un corte de manga y salió.

---

TOMÉ EL ASCENSOR AL PISO DE RYKER. EL SONIDO DE LA MAQUINARIA resonaba en mis oídos. Las plantas cambiaban a medida que ascendía. Le dije que iría después de cenar con Zeke, así que me estaba esperando.

El ascensor se detuvo despacio antes de abrirse las puertas.

Ryker estaba allí de pie con sus pantalones de chándal grises de talle bajo, y sus abdominales definidos tenían un aspecto potente. Tenía los brazos relajados a los lados del cuerpo. No parecía intimidante en absoluto, a excepción de sus ojos.

Me observó con tanta intensidad que parecía que trataba de hacerme

arder.

No salí del ascensor porque no era capaz de pensar. No podía apartar los ojos de él y pensé en la última conversación que habíamos tenido. Fue cuando menos obscena.

Antes de que se cerraran las puertas del ascensor, salí a su apartamento. Me miraba, observando cada uno de mis movimientos. Entonces se acercó a mí y hundió sus manos en mis cabellos como si hubiera estado pensando en ello todo el día. Rozó sus labios contra los míos de forma tentadora.

—Te he echado de menos.

—Yo a ti también. —Entrecerré los ojos y la pasión guio mis pasos.

—¿Lista para nuestra segunda cita? —Rodeó mi trasero con su brazo y me levantó del suelo sin apenas esfuerzo, apoyándose contra su cuerpo.

Enlacé las piernas enseguida en torno a su cintura y le eché los brazos al cuello.

—Más vale que sea romántica.

—Tendrás romance, cariño, eso dalo por hecho. —Me llevó por el pasillo.

—Y más vale que haya comida.

—Pediré una pizza luego.

—Y más vale que haya conversación profunda.

—Te diré cosas subidas de tono. —Entró en su habitación y me tumbó en la cama. Me quitó los zapatos antes de pasar a los vaqueros. Los desabrochó lentamente y me los sacó por las piernas.

Me apoyé en los codos, viendo la mirada en sus ojos mientras me desvestía.

Me miró a los ojos mientras agarraba el elástico de sus pantalones y se los quitaba. No llevaba calzoncillos debajo. Se mostró ante mí en todo su esplendor. Y definitivamente se alegraba de verme.

Silbé de forma coqueta.

Sus ojos tenían la misma intensidad, pero sonrió débilmente. Se inclinó

sobre mí y presionó su rostro contra el mío.

En cuanto estuvimos en contacto, mi corazón se aceleró. Incendiaba mi cuerpo y ardía desde dentro.

Me dio un beso lento y dulce, recreándose en el sabor de mis labios. Era eterno y no parecía ir a ninguna parte, pero resultaba placentero. Mis muslos se tensaron de forma automática y mi mente fue a la deriva en un estado entre sueño y realidad.

Me besó el cuello antes de agarrar mi camisa y sacármela lentamente por arriba. Mis cabellos cayeron en cascada sobre mis hombros. Ryker los contempló antes de empezar a besar el hueco de mi garganta. Antes de que pudiera procesar lo que sucedía, me desabrochó el sujetador y me lo quitó.

Sus labios fueron entonces a mi pecho y besó la zona, devorándome. Cubrió con su boca cada uno de mis pezones y luego lamió el valle entre mis senos.

—No soy capaz de decidir qué me gusta más, si tus tetas, tu preciosa boca o tu dulce coño.

Me rodeó la cintura con los brazos, arrastrándome por la cama hasta que mi cabeza quedó apoyada en la almohada.

Recorrí su cabello con los dedos y lo miré a los ojos.

—¿No puede haber empate?

—Supongo. —Me besó, succionando mi labio inferior antes de abrir el cajón de la mesita de noche.

Lo agarré de los hombros y lo tumbé boca arriba, con el condón en la mano.

—Espera.

Soltó el condón en la cama y apoyó la cabeza en la palma de su mano. Acarició mi pelo, colocándome algunos mechones detrás de la oreja.

—No me hagas esperar demasiado.

Me puse encima suya y besé su cuerpo como él había hecho con el mío. Mis labios probaron sus amplios hombros, sintiendo su piel ardiente quemar

mi boca. La lamí, saboreándola.

Bajé hasta su pecho y exploré su cuerpo. Quería sentir cada centímetro de él, conocerlo de una forma tan profunda que pudiera recordar aquel preciso instante dentro de veinte años.

Ryker permanecía en silencio, pero su respiración se aceleraba. Recorrí mi espalda con la mano mientras observaba todo lo que hacía.

Pasé a su estómago y besé la zona, sintiendo los músculos bajo la piel. Iba cada vez más abajo, trazando un sendero con mi boca, hasta llegar a su miembro, que yacía sobre su estómago.

Respiró con mayor dificultad al llegar ahí. En lugar de limitarse a acariciar mi pelo, lo agarró con violencia.

Comencé por sus testículos, lamiendo la zona más sensible.

No se lo esperaba, pues emitió un gemido involuntario.

Chupé la piel, asegurándome de recorrer cada centímetro con la lengua. Pasé entonces a la base, dándole a su miembro una larga caricia de lengua.

Observaba todo lo que hacía con ojos sombríos.

Besé la punta y sentí en la lengua los surcos de su miembro. Me tomé mi tiempo, ya que era la parte más sensible. Después de prodigarle mis besos, me moví despacio hacia abajo, abarcándolo con mi boca en toda su longitud.

Gimió audiblemente y me tiró del pelo.

Me moví de arriba abajo, yendo tan despacio como podía. No quería que se corriera, sólo que disfrutara y me viera venerar su miembro con mi boca. Siempre me hacía cosas increíbles con la suya y quería hacer lo mismo por él.

Cuando terminé, saqué su pene de mi boca y me arrastré hacia arriba despacio sobre su cuerpo.

Me miró con ojos brillantes.

—¿Y?

—El perrito con chili estaba mejor.

Sonrió pese a la intensidad que había en sus ojos.

—Eres de lo que no hay, cariño.

Presioné mis labios contra los suyos y le di un beso lento, con los ojos abiertos. Él tampoco los cerró y me observaba sin parpadear.

Tomó el envoltorio de aluminio y lo abrió, desenrollando meticulosamente el condón hasta la base. Entonces se sentó apoyado en el cabecero.

—Quiero que te pongas encima, cariño.

Me senté a horcajadas sobre él, agarrándolo por los hombros.

—Qué flojo...

—Quiero ver esas tetas sacudirse en mi cara.

Situó su miembro en mi abertura y tiró de mis caderas hacia abajo, insertándose despacio hasta que estuvo dentro de mí por completo.

—Oh Dios...— ¿Cómo había podido olvidar lo bien que se sentía?

—Qué apretadito. —Me agarró por las caderas, guiando mis movimientos de abajo a arriba.

Me llenaba por completo y me apretaba por dentro hasta casi romperme. Dolía un poco, pero eso hacía que fuera aún mejor.

—Ryker...

—Un... Me gusta cuando haces eso. —Me embistió con las caderas desde abajo.

Nos movimos al unísono. Usé sus hombros como punto de agarre para impulsarme y él se movió desde abajo, provocando una sensación increíble. Me miró a los ojos, observando cada una de mis reacciones. Su expresión se oscureció de deseo y su pecho se cubrió de sudor.

No sabía si era mi poderosa atracción hacia él o el hecho de que su miembro tuviera un tamaño formidable, pero estaba a punto de correrme... y mucho. Con Ryker siempre estaba a punto de estallar en cuestión de segundos.

—Me corro... —No podía controlar mis acciones durante el sexo porque no era capaz de pensar con claridad. Mi mente estaba en otra parte y mi lado carnal se había hecho con el mando.

Me agarró de la nuca y me dio un beso ardiente. Nuestras lenguas se enredaron y fue como encender dinamita. Todo mi ser se tensó y una oleada de calor me envolvió.

—Córrete en mi polla.

Le rodeé el cuello con los brazos y apoyé mi cabeza en la suya al sentir la explosión. Lo monté con más fuerza porque quería todo lo que podía darme. Mis gemidos se convirtieron en gritos y sentí como si mi cuerpo entero se partiera por la mitad por el inmenso placer.

Ryker me contempló y un leve gemido escapó de sus labios.

—Eres preciosa. —Me besó la comisura de los labios antes de moverse con más fuerza bajo mi cuerpo, dándomelo todo a la mayor velocidad posible. Al llegar al límite, se tensó y hundió sus dedos en la piel de mis caderas. Un gemido escapó de su garganta y ocultó el rostro en mi pecho, aferrándose con fuerza a mí mientras se vertía en mi interior.

Apoyé la cabeza en la suya, aún sin aliento.

Ryker permaneció inmóvil durante casi un minuto. Se recuperó del placer que ambos sentíamos antes de dar señales de vida. Su miembro se volvió más flácido, aunque seguía semierecto. Salió de mi interior y me aparté de su regazo. Ahora que la diversión había terminado, estaba agotada.

Ryker se deshizo del condón y limpió antes de volver a la cama.

Sabía que debía irme a casa, pero estaba cansada. Tardé casi un minuto en reunir fuerzas para levantarme e ir a por mi ropa.

—¿Qué haces?

—Me voy a casa. —Me puse las medias antes de agarrar el sujetador.

Me dirigió una mirada enfadada.

—¿Es que ahora soy una parada en boxes?

—No, es que no quería ser presuntuosa.

—Pues deberías empezar a serlo. —Me agarró de la mano y me atrajo hacia la cama—. Y quítate eso—. Tiró de mi ropa interior hasta sacármela por las piernas y la arrojó al suelo.

—¿Es una fiesta de pijamas?

—Sí. Tomaremos pizza, haremos peleas de almohadas en ropa interior y hablaremos.

—Suena bastante divertido.

—¿Qué puedo decir? —dijo—. Soy un tipo bastante divertido—. Me besó en el hombro antes de estrecharme contra su pecho y agarrarme por la cintura.

—Debo decir que esta es la mejor segunda cita que he tenido.

Río en mi oído.

—Yo también.

—ABRE LA PUERTA. Soy yo.

Se oyeron pisadas al otro lado y Zeke se acercó a la entrada. Respondió a los golpes en la puerta con una expresión de enfado en su rostro.

—No se lo dije.

Entré sin esperar a ser invitado.

—Tío, lo siento tanto.

—No es culpa tuya, hombre. —Cerró la puerta y echó la llave. Se dirigió automáticamente al frigorífico a por dos cervezas. Me tiró una antes de sentarse en el sofá de la sala de estar. Su casa estaba cerca de la bahía y le barrio era tranquilo y apacible.

Me sentía fatal por Zeke.

—No lo supe hasta que viniste a recogerla. Me lo dijo literalmente dos segundos antes.

—No pasa nada, de verdad —dijo—. Me lo hubieras dicho antes de haberlo sabido.

Agarré el botellín en la mano, pero no bebí. No sabía cómo consolar a mi mejor amigo.

—¿Estás bien?

Contempló su cerveza.

—Sí. Es sólo que... me siento estúpido por no haberlo hecho antes,

¿sabes? Esperé demasiado y otro me la arrebató. No puedo culpar a nadie más que a mí mismo.

—No durarán para siempre —dije—. Sabes cómo es Ryker. Todo esto terminará en unos meses como mucho.

—Sí... seguramente.

—Entonces podrás contárselo.

—Quizás.

Seguía sintiéndome mal por él.

—Es como si hubieras evitado una bala, ¿sabes? Sé que te gusta Rae y todo eso, pero es bastante molesta.

Rio y dio un trago a su bebida.

—Gracias por intentar hacerme sentir mejor, pero esa táctica no va a funcionar. No es molesta en absoluto.

—Ja. No vives con ella.

—Cuando hablé de Ryker, dijo que con ella era diferente.

—A mí me dijo lo mismo.

Le quitó la etiqueta al vidrio.

—Y dijo que le gustaba mucho. Nunca la había oído decir eso sobre un tío...

Pensándolo bien, yo tampoco.

—No sé... podría ser más serio de lo que pensábamos.

—Pero no es propio de Ryker.

—Y Rae no es una chica cualquiera. Es especial. Él no es estúpido, apuesto a que se da cuenta del buen partido que es ella. —Zeke contempló el suelo mientras hablaba—. Puede que dure un tiempo.

Esperaba que no.

—Nunca se sabe.

Zeke negó con la cabeza.

—He tenido mucho tiempo para decirle lo que sentía, pero fui un cobarde. Creo que he perdido mi oportunidad para siempre.

—No digas eso...

—Tengo que seguir adelante. Hay más peces en el mar.

—Montones.

—No puede ser la única chica genial del mundo.

—Yo conozco a chicas increíbles a diario, tío. —Le di una palmadita en el hombro—. O... podrías decirle lo que sientes de todas formas. Llevan muy poco tiempo saliendo.

Zeke ni siquiera se lo planteaba.

—Jamás le haría eso.

—Ni que estuvieran enamorados.

—Aun así... estaría mal. Sólo serviría para hacerla un lío y que las cosas entre Ryker y yo se volvieran incómodas.

—Como si no lo fueran ya...

—Y si a Rae le gusta de verdad, sería un cretino a toda carrera por arruinarlo. Puede que Ryker esté a la altura y sea el hombre que merece.

—Puede...

—En realidad no le hemos dado una oportunidad. Sé que tú y yo hacemos muchas bobadas y nunca hemos tenido madera de novio, pero si encontrara a la chica adecuada, sabes que sería leal a ella. Y sé que tú harías lo mismo.

Asentí.

—Así que tendré que dejarlo.

—¿Crees de verdad que podrás hacerlo? —¿Podrías olvidar a alguien a quien vieras a diario?

—Estoy seguro de que dejaría de pensar en ella después de acostarme con otras una temporada.

—El sexo cura todas las enfermedades.

Río.

—Espero que tengas razón. —Se apoyó en el respaldo de la silla y suspiró—. ¿Tienes alguna novedad?

Recordé lo ocurrido con Kayden.

—Sí... me ha pasa algo extraño con Kayden.

—¿Qué?

—Cada vez que estoy con ella, solos los dos, se comporta de forma rara.

—¿Rara? —preguntó—. Nunca me he fijado.

—Bueno, es sólo cuando estamos solos. Se queda callada y actúa con timidez. Es súper incómodo todo el rato. La vi en la biblioteca e intenté hablar con ella, pero fue como uñas rayando una pizarra, así que le pedí que quedáramos para que se relajara en mi presencia.

—Y, ¿cómo fue?

Aún seguía sin saber qué demonios había ocurrido.

—Todo iba genial. Estábamos en un bar tomando unas copas. Nos reíamos y nos lo pasábamos bien. Había desaparecido aquella sensación incómoda y todo era normal. Cuando fue al baño, dos chicas me dieron sus números.

—¿Se te acercaron y te los dieron sin más?

—Sí. —Mayormente.

Zeke parecía incrédulo, pero dejó de interrogarme.

—¿Qué pasó entonces?

—Kayden volvió del baño y se enfadó mucho conmigo. Dijo que debía marcharse y se fue.

—¿Qué? —preguntó Zeke sorprendido.

—Sí, fue un cambio radical.

—¿Qué paso luego?

—Fui tras ella y la seguí por la acera. Cuando la alcancé, estaba llorando. Llorando. —Levanté ambos brazos sorprendido—. No tenía ni puta idea de lo que había pasado. Me dijo que la dejara en paz y se marchó.

Zeke tenía una expresión vacía en el rostro.

—Nada de lo que dices tiene sentido.

—Dímelo a mí.

—Debe de haber algo que se te escapa. ¿Le dijiste algo?

—Tío, fui más que educado con ella durante toda la noche.

—Pero puede que se te escapara algo. Piensa.

—Estoy seguro de que no, —rebatí—. Incluso le pagué las bebidas. Iba a llevarla a cenar, aunque estoy sin blanca.

—¿Se molestó por lo de los números de teléfono?

Me encogí de hombros.

—¿Por qué?

—Puede que se enfadara de que estuvieras ligando con otras cuando deberías estar prestándole atención a ella.

Eso no tenía sentido.

—No. Kayden no es así. No es una amiga absorbente.

Zeke se quedó callado mientras trataba de averiguar la razón.

—Venga, eres médico. Usa ese cerebro enorme que tienes.

Zeke puso los ojos en blanco y dio un trago a su cerveza.

—A lo mejor recibió una mala llamada cuando estaba en el baño. Puede que todo lo que pasó no tuviera nada que ver contigo.

Me gustaría creerlo.

—Fue tan repentino. Y si hubiera ocurrido algo, ¿no me lo habría dicho?

—Quizás fuera algo personal...

—Aun así, no nos guardamos secretos.

—Todo el mundo tiene secretos y un muerto en el ropero —dijo Zeke—, aunque tú no.

—Entonces, ¿crees que debería preocuparme por ello?

—No —dijo—. Tú no hiciste nada para provocar esa reacción en ella. Debe haber algo más que se nos escapa.

—Sí.

—Entonces... ¿has dicho que conseguiste dos números?

—¿Por qué?

Sonrió.

—¿En serio te vas a acostar con las dos?

Reí.

—¿Quieres una?

—¿Por qué no? —dijo—. A lo mejor podemos hacerlo por turnos si están dispuestas.

—Bueno, se acercaron a mí directamente y me pidieron salir —dije—. Hay muchas probabilidades de que les vaya el rollo pervertido.

—Perfecto —dijo—. Preparemos algo.

ABRÍ los ojos y capté un atractivo rostro. Sus ojos verdes ardían con luz propia y sentí ganas de besar el vello de su rostro. Recordé todo lo que hicimos la noche anterior y me estremecí.

—¿Siempre duermes así?

—¿Cómo? —pregunté con voz ronca.

—Doce horas seguidas.

—Bueno, es domingo. Los fines de semana duermo hasta tarde.

—Dios, qué floja eres. —Sus labios recorrieron mi cuerpo, besándome el cuello y el hombro.

—¿Qué más te da?

—A mi polla le importa y mucho. Llevo esperando pacientemente a que te despiertes para poder entrar en acción.

—Podrías haber empezado sin mí...

—Habría sido raro. —Siguió deshaciéndose en besos.

Me incorporé, apartándome el pelo de la cara.

—Tengo hambre.

Acercó su rostro al mío, con desesperación en los ojos.

—Puede esperar.

—No pediste pizza ayer como me habías prometido.

—Lo siento... Me entretuve con otras cosas. —Me empujó a la cama y se

colocó encima mía.

—Ryker, tengo que hacer pis. —Apoyé la mano en su pecho—. Y necesito comida.

Inmovilizó mi cuerpo en el colchón.

—Y yo te necesito a ti.

Rodeé su cuello con mis brazos.

—Dame lo que necesito y haré que tu espera valga la pena.

—Um... —Contempló mi rostro, apretando la mandíbula.

—¿Es así como tratas a todas las mujeres? ¿Las matas de hambre y las privas de sus necesidades fisiológicas?

—Sólo a las que me gustan de verdad.

Lo aparté y agarré mi ropa.

—¿Para qué necesitas eso?

—Para buscar comida.

—Tengo cocina, puedo prepararte algo.

—Cocinar es un incordio —dije—, ¿por qué no vamos a la gofrería? Está cruzando la calle.

—Porque no podemos ir desnudos.

—Bueno, no podemos estar desnudos siempre.

—¿Quién ha dicho eso? —cuestionó.

Me puse la ropa y me arreglé el pelo.

—Voy a tomarme un gofre sumergido en un mar de sirope.

Se quedó en la cama observando cómo me arreglaba. Al fin se levantó y se puso unos vaqueros y una camiseta.

—Tú ganas, cariño.

—Bueno, quien gana es mi estómago. Y te aviso de que siempre es así.

---

ESTABA SENTADO FRENTE A MÍ, BEBIENDO CAFÉ SÓLO. TENÍA ANTE ÉL UN

plato de claras de huevo.

—¿Eso es todo lo que vas a comer? —Yo me había pedido un combo con huevos, beicon, tortitas y tiras de patata fritas.

—Sí. —Dio algunos bocados.

—Me sorprende que te llenes con eso.

—Es pura proteína, así que es suficiente.

—Oh. —Seguí comiendo, agradecida de no estar tomando pura proteína—. ¿Quieres un poco?

—No, gracias —dijo—, es más sexy verte comer todo eso—. Había brillo en sus ojos.

—Mañana lo quemaré en el gimnasio, así que no me juzgues.

—No lo hago en absoluto.

No dejé ni las migas porque estaba hambrienta. Al cenar con Zeke la noche anterior, no había probado bocado de tanto hablar. Cuando el camarero vino a retirar los platos, estaba en plena conversación y no me di cuenta de que se había llevado mi comida. No había ingerido prácticamente nada en veinticuatro horas.

Ryker comía despacio. Alternaba entre sorber su café y dar unos bocados a su comida. Se mantuvo en silencio, observándome la mayor parte del tiempo.

—¿No le importó a Safari que te quedaras conmigo?

—Está celoso.

—Pobrecillo.

—Se lo compensaré cuando llegue a casa. Puede que lo saque de paseo o algo—. Terminé de comer y sentí expandirse mi estómago con toda la comida que había tomado—. Dios, estaba muerta de hambre.

—¿Te saltaste alguna comida?

—No había comido nada desde el almuerzo de ayer.

Sus ojos se ensombrecieron.

—Pensé que habías cenado con Zeke.

—Sí, pero no comimos mucho.

Ahora parecía un psicópata.

Me di cuenta de cómo había sonado esa frase.

—Quiero decir que estábamos hablando tanto que no tuve ocasión de comer.

El humo se disipó.

—¿De qué estabais hablando con tanto detalle?

—Bueno, le dije que estaba saliendo contigo.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Qué respondió a eso? —Ryker olvidó por completo el café y la comida, centrando toda su atención en mí.

—Nada en realidad. —¿Qué se supone que debía decir?—. Le dije que todo empezó hace unas semanas y no pareció sorprendido. Me advirtió de que eres un poco mujeriego, pero también dijo que sabía arreglármelas sola—. La conversación fue bastante normal.

Asintió, como si estuviera satisfecho con la respuesta.

—Zeke y yo nos lo contamos todo. Me habla de todas sus amantes y yo a él de los míos. Estuvo bien poder desahogarme al fin.

—¿Entras en detalles?

—Normalmente sí.

—Un...

—¿Qué?

—Yo no tengo una amiga así. No le cuento a nadie mi vida privada.

—¿En serio? —Sonaba terrible—. Es muy triste.

—¿Triste? —preguntó—. ¿Por qué?

—¿No compartes tu vida con nadie más? ¿No le hablas a otra persona sobre la gente con la que te relacionas o cómo te van las cosas?

—Bueno, tengo amigos —dijo—, pero no les cuento lo que hago en la intimidad de mi dormitorio. Y menos a una mujer.

—A mí me gusta —dije—, me gusta tener esa relación cercana con otra persona.

Apoyó los codos en la mesa.

—Supongo que Rex lo sabe, ¿no?

—Sí.

—¿Y dio saltos de alegría?

—No. —No estaba segura de si debía contarle todo lo que había dicho Rex. Podría desanimarlo un poco.

Ryker lo leyó en mis ojos.

—Así que no le gustó mucho, ¿verdad?

—Eh... Yo no diría eso.

—¿Se enfadó?

—No... sólo dijo que debía tener cuidado. Le agradas como amigo y como persona. Dice que eres leal y divertido, pero que no eres exactamente la clase de tipo que quiere para su hermana. Me dijo que me traerías muchos problemas y debía estar advertida.

—No es algo tan malo.

—Le dije que conmigo eras diferente. —Busqué una reacción en su rostro. Quería ver que estaba de acuerdo con lo que había dicho, que tenía razón.

—Lo soy —contestó.

Eso es todo lo que quería.

Llegó la cuenta y Ryker puso enseguida el dinero.

—Dividámosla.

—No. —Tomó la cuenta y la puso al otro lado de la mesa para que no pudiera alcanzarla.

—¿Por qué?

—Eres mi cita. Pago yo.

—¿Crees que esto es una cita? —Estábamos desayunando en un sitio barato un domingo por la mañana. No me había duchado e iba sin maquillaje.

Tenía el pelo descontrolado, imposible de domar. Era como caminar por el campus con la misma ropa del día anterior después de haber pasado la noche en la habitación de otro.

—Algo así.

No discutí con él porque no me llevaría a ninguna parte. Aprendí rápido que Ryker era un poco terco. Salimos del establecimiento y, en lugar de cruzar la calle para entrar en su apartamento, me quedé en la acera.

Se detuvo y me miró, sin saber qué hacía.

—Bueno, debería irme a casa. Anoche fue divertido.

Entrecerró los ojos, mirándome confuso.

—¿Qué te hace pensar que vas a ir a alguna parte?

—Bueno, es domingo. Mis amigos suelen venir a casa y vemos un partido de fútbol, preparamos el almuerzo y jugamos a juegos de mesa.

—¿Todos los domingos? —preguntó incrédulo.

—Sí.

Metió las manos en los bolsillos.

—Puedes venir si quieres.

—Me encantará. —Me agarró de la mano y cruzó la calle conmigo—. Deja que me duche y nos vamos.

—Vale.

Entramos en el apartamento, pero Ryker no se dirigió a la ducha. En su lugar, me agarró el rostro con las manos y me besó. Me guio hasta el dormitorio y su cuerpo me consumía por completo.

En cuanto me tocó, me derretí. Me encantaban aquellos besos. Ahora que estaba llena y había vaciado la vejiga, estaba lista. Clavé los dedos en sus cabellos y jadeé en su boca, perdida en él.

Nos desvestimos y fuimos a la cama. Ryker me puso de rodillas y se acercó a mí por detrás. Me besó la columna, desde el trasero hasta la nuca.

—He deseado poseerte de esta forma desde el momento en que te vi. —Agarró un mechón de mi cabello y tiró de mi cabeza hacia atrás, haciendo

que volviera hacia él mi boca. Entonces me besó con fuerza antes de tomar un condón del cajón y enrollarlo en su miembro.

Me penetró enseguida, amoldándose a mí al mismo tiempo. La última vez lo había hecho con delicadeza, pero ahora era presa del deseo. Me encantaba lo completa que me hacía sentir y el tacto de su pecho contra mi espalda. Me besó el hombro mientras se movía en mi interior. Entonces presionó el rostro contra mi mejilla, respirando con dificultad. Nos movimos al unísono como dos animales salvajes, rindiéndonos a la pasión carnal del deseo.

—Preciosa—. Me rodeó el pecho con el brazo y me agarró del hombro, aferrándose a mí mientras me embestía—. Mírame.

Miré por encima del hombro y vi cómo me embestía dándolo todo. Se detuvo un momento y me dio un beso lento que traicionaba la intensidad del encuentro. Fue suave y lleno de afecto. Su lengua se movió a la par que la mía, proporcionándome un nuevo nivel de intimidad. Me rozó la nariz con la suya antes de apartarse y repetir el movimiento con más ímpetu.

---

ANTES DE QUE PUDIERA AGARRAR EL PICAPORTE DE LA PUERTA DE MI apartamento, Ryker me empujó contra la pared y me inmovilizó. Entrelazamos nuestros dedos, fijos en la pared, y me miró sin apartar la vista de mis labios.

—Será mejor que te robe unos pocos.

—Me parece buena idea.

Una media sonrisa se dibujó en sus labios antes de inclinarse hacia mí y besarme con dulzura. Sus labios siempre eran adictivos, como la mejor cocaína del mundo. No era sólo su boca, sino la forma en que la usaba. Me besaba como si se hubiera enamorado profundamente de mí y yo me rendía a la fantasía con cada oportunidad que se presentaba.

Se apartó de mala gana tras haber transcurrido diez minutos.

—Puede que no haya sido la mejor idea. —Se apretó contra mí, mostrando su miembro duro a través de los pantalones.

—Puedo ayudarte a eliminar el problema.

Me dirigió la misma mirada de siempre. El fuego ardía en sus ojos y se convertía en una criatura sobrenatural, desesperada por obtener una sola cosa.

—Puedo darme la vuelta... —Me volví, ofreciéndole mi trasero—. Y puedes hacérmelo así. —Lo miré por encima del hombro, mordiéndome el labio.

Tomó aire con dificultad y sus hombros se tensaron.

No hablaba en serio, pero era divertido tentarle. Cuanto más veía oscurecerse su expresión, menos broma parecía. Ahora deseaba de verdad dejar caer mis pantalones al suelo y sentir que me follaba en la puerta del apartamento.

Se acercó a mí, rozando su rostro contra el mío y deslizando la mano por mi trasero.

—Si puedes estar callada.

Me había puesto en evidencia, pero no debía hacer lo mismo con él.

—Creo que he oído algo. —Se oyó la voz de Rex procedente del interior del apartamento.

Ryker se apartó de inmediato, ajustándose los pantalones.

Me erguí e intenté actuar natural, como si Ryker y yo hubiéramos estado hablando del tiempo o de la Aguja Espacial.

Rex abrió la puerta.

—¿Qué demonios hacéis?

—Hablar —respondí—, ¿Qué haces tú?

—Preguntarme por qué oigo voces en la puerta de mi apartamento.

—A lo mejor eran fantasmas.

Rex creía en los fantasmas y era divertido meterse con él.

—Vale, no tiene gracia. —Se apartó para que pudiéramos entrar.

Entré y noté que Ryker me agarraba la mano.

—No teníamos ganas de cocinar, así que hemos pedido pizza —dijo Jessie desde su asiento en la mesa.

—Está mintiendo —dijo Kayden—, ninguno de nosotros sabe cocinar.

Puse los ojos en blanco y me volví hacia Ryker.

—¿Quieres una cerveza?

—Claro. La que tengas.

Abrí el frigorífico y le tendí un botellín, tomando otro para mí. Resultaba sorprendentemente normal, teniendo en cuenta que todos me habían advertido de que Ryker me traería problemas. Pero no parecía que nada hubiera cambiado.

Jessie me hizo señas.

—Adivina quién vino ayer.

—¿Quién? —Fui a la zona donde estaban Jessie y Kayden.

—Esa desgraciada de la que te hablé —dijo Jessie—, intentó pedir otra cita conmigo.

—¿La aceptaste?

—No. —Jessie puso los ojos en blanco. —No supo apreciar un buen trabajo de peluquería en su momento, así que ese tren ya pasó.

Escuché la voz de Rex.

—Como juegues con mi hermana, acabaré contigo...

Rex había empezado en cuanto me había dado la vuelta.

—Esperad, chicos... —Fui a la cocina y encontré a Ryker acorralado por Rex.

—Eres mi amigo y un buen tipo, pero mi hermana es otra historia. No le hagas daño, y lo digo de verdad.

—¿Qué está pasando aquí? —Me acerqué a ellos e intenté actuar como si no pasara nada.

Ryker tuvo la elegancia de cubrir a Rex.

—Estábamos hablando del partido y haciendo apuestas.

Rex alzó una ceja sorprendido.

—Ah, genial —dije—, ¿En quién vas a apostar?

—En los Steelers —dijo Ryker—, y tengo la sensación de que Rex va a perder el poco dinero que tiene.

—Ya lo veremos. —Rex se dirigió a la sala de estar y se sentó con Zeke en el sofá.

Avergonzada, suspiré.

—Lo siento mucho.

—No pasa nada —dijo enseguida—. No me molesta, sólo se preocupa por ti. Ahora que sé lo que pasó cuando eráis jóvenes, lo comprendo. Tiene buenas intenciones.

—¿Vas a apoyarlo de verdad? —Rex acababa de amenazarlo con destruirlo.

—Yo haría lo mismo si tuviera una hermana.

Fue entonces cuando me di cuenta de que no sabía nada sobre Ryker. Ignoraba dónde creció, si tenía hermanos, por qué era así... no hablábamos de nada. De hecho, todo lo que hacíamos era follar.

—Aun así...

—Mira, hemos superado la fase inicial de quedar. De ahora en adelante será un camino de rosas. Además, le he dicho que no es una aventura. Si ese fuera el caso, no nos estaríamos viendo ahora mismo y lo sabe.

—Sigo muriéndome de vergüenza...

Apoyó los dedos en mi barbilla, levantándola para que lo mirara. Contempló mi rostro con ojos divertidos.

—¿Crees que alguien como él puede molestarme?

—Probablemente no.

—No. —Me dio un tierno beso antes de dirigirse a la sala de estar.

Sentí los labios entumecidos en cuanto su boca desapareció. Me volví y miré a mis amigas. Ambas ponían caras raras y sonreían como idiotas.

Pero la verdad es que yo estaba haciendo exactamente lo mismo.

SAFARI ESTUVO A MI LADO DURANTE TODA LA TARDE, SIN QUERER SEPARARSE de mí. Le gustaba Ryker, aunque fuera el motivo por el que me ausentaba de casa la mayor parte del tiempo.

Al final del día, se fue todo el mundo. Todos tenían que trabajar a la mañana siguiente. Había cajas de pizza por todas partes, pero no me apetecía limpiar.

Y Rex nunca limpiaba.

Ryker permaneció a mi lado durante toda la tarde. Había tres botellines de cerveza vacíos en la mesa, sus únicos desperdicios.

—¿Puedo quedarme a pasar la noche?

Ya que me había acostado con él la noche anterior, no pensé que quisiera dormir conmigo dos veces seguidas.

—¿Quieres?

—¿Por qué siempre pareces tan sorprendida cuando digo cosas así?

—Porque me sorprende —contesté como una sabionda.

—¿Crees que quiero dormir sólo después de anoche? —preguntó—. ¿Y de esta mañana?

—Es sólo que... —Miré a Safari a mi lado. Tenía la cabeza apoyada en mi regazo y me miraba con ojos adorables—. No habrá mucho sitio para ti.

—¿No puede dormir Safari en el suelo?

—Puede, pero no lo hará. Además, es su cama.

Ryker parecía más divertido que enfadado.

—¿Y si duerme a los pies de la cama?

—Creo que puedo conseguir que lo haga.

—Entonces con eso me basta.

—Tengo que advertirte de que mi cama no es tan cómoda como la tuya.

—No pasa nada —dijo—, me importa más la mujer que la va a compartir conmigo.

—Pero los dos tenemos que ir a trabajar mañana. —Quizás se le había

olvidado.

—Puedo llegar un poco más tarde a la oficina. Te olvidas de que soy el dueño.

—Que seas el dueño no significa que puedas holgazanear.

—Sí que puedo. —Sonrió de forma arrogante.

—Al acostarme con mi jefe, ¿tengo privilegios especiales?

—Pues sí. —Se acercó más a mí y bajó la voz—. Puedes venir a mi oficina y hacerme una mamada cuando quieras.

Le golpeé el brazo de forma juguetona.

—Nunca dejaré mi trabajo para hacer eso.

—Puedes bailar en mi regazo.

—Eso tampoco.

—Puedo echarte en mi escritorio...

—No.

Hizo una mueca adorable y me besó la comisura del labio.

—¿Qué sentido tiene acostarse con el director ejecutivo si no obtienes nada a cambio?

No quería nada. Cuando nos conocimos, no tenía ni idea de quién era y tampoco me importaba. Me sentía atraída por él de forma irremediable.

—A ti. Eso es lo que obtengo.

---

—¿ESTÁS SEGURO DE QUE QUIERES HACERLO? —TRATÉ DE NO REÍR. RYKER yacía en mi cama de 135 cm, a mi lado, y Safari cubría nuestros cuerpos con su pesado torso y sus patas.

Ryker no hacía más que moverse, tratando de ponerse cómodo.

—Siempre me han gustado los retos.

—¿Los retos para dormir?

—En general. —Volvió a moverse, intentando acurrucarse conmigo. Me

rodeó la cintura con el brazo, pero tuvo que deslizarlo bajo el cuerpo inerte de Safari—. Maldita sea, cómo pesa.

—Le encantan los premios de comida.

—Se nota... —Ryker se puso cómodo al fin, apoyando la cabeza en mi almohada. Me miró a los ojos, con expresión somnolienta—. ¿Qué te llevó a tener un perro, viviendo en un apartamento?

—Era callejero. Vagaba por la carretera y los coches trataban de esquivarlo. Era cuestión de tiempo que lo atropellaran, así que aparqué y me di cuenta de que no llevaba placa ni chip. Tenía unos ojos color café tan adorables que me enamoré por completo y me lo traje a casa.

En sus ojos había una sonrisa.

—Fue un buen gesto.

—Yo también fui callejera hasta que me acogieron. —Estuve perdida cuando mi madre falleció. Hice muchas tonterías, me junté con la gente equivocada y empecé a beber incluso antes de cumplir los dieciséis. Me escabullía con chicos malos, no con los sexys de buen corazón, y Rex tuvo que lidiar con muchas mierdas que nunca debieron ser responsabilidad suya. Si él no me hubiera enderezado, no habría ido a la universidad ni recuperado el control de mi vida. Le debo mucho a mi hermano.

Los ojos de Ryker se llenaron de tristeza. Me acarició la mejilla y me colocó un mechón de pelo tras la oreja.

—No puedes ser callejera cuando tienes a tanta gente que te quiere. —Besó la piel a la derecha de mi nariz.

Ryker era mucho más dulce de lo que esperaba. Parecía firme y severo todo el tiempo, pero, a veces, esa actitud desaparecía y revelaba al verdadero hombre que había debajo.

—¿No sabes nada de tu padre?

Mi padre nos abandonó después de nacer yo. Al parecer, no podía hacerse cargo de dos niños y de una pareja depresiva.

—Volvió cuando mi madre falleció.

—¿Sí?

—Trató de empezar una relación con Zeke y conmigo, pero no queríamos saber nada de él. Estábamos bien nosotros solos. Entonces Rex lo amenazó con matarlo si seguía molestándonos. No lo he visto desde entonces.

—¿Crees que su gesto fue sincero?

—No. —Ni por asomo— Creo que le resultó incómodo vernos y no sabía qué más decir. Sintió lástima por nosotros. Estoy convencida de que tiene otra familia en alguna parte.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—Es una corazonada.

—Bueno, no creo que Rex ni tú lo necesitéis de todas formas. Os habéis vuelto personas excepcionales por mérito propio.

—Gracias.

Me besó el cuello y el lóbulo de la oreja.

Cerré los ojos, apoyando la mano en su pecho. Podía sentir los latidos de su corazón a través de la piel. Me reconfortaba escuchar su cadencia.

Ryker se movió un poco y suspiró.

—¿Cómo duermes así todas las noches?

Sonreí.

—Acabas acostumbrándote.

---

**REX**

ME LEVANTÉ de la cama y fui enseguida a hacer café a la cocina. No era muy aficionado a levantarme temprano. Si mi negocio llegaba a mejorar algún día, me aseguraría de no tener que estar allí al menos hasta las dos.

Sonaron voces por el pasillo. Eran Rae y Ryker que se dirigían a la puerta principal con Safari tras ellos.

Le dije a Ryker que le rompería ambas piernas si hacía sufrir a mi hermana y no era una amenaza vacía. Ya se había descontrolado una vez y no iba a permitir que volviera a pasar. Éramos un equipo y si herías a mi camarada, te haría daño a ti. Sabía que era un hermano demasiado sobreprotector, pero de alguna forma la veía como a mi propia hija.

Ryker decía que no tenía malas intenciones con ella y que no era una típica aventura como las demás. Me dijo que lo vería a menudo. Al parecer le gustaba de verdad.

Más le valía.

Vertí una taza de café e intenté no quedarme mirándolos.

—Siento que anoche fuera tan incómodo —dijo Rae riendo.

—No pasa nada —contestó Ryker—. Es comprensible si compartimos cama.

Rae se cruzó de brazos, incómoda al ver que estaba cerca.

—Bueno, hasta luego...

—Sí. —La sostuvo por la nuca y la besó.

Rae se derritió de forma visible en cuanto la tocó. Se aferró a sus bíceps como si no quisiera en absoluto que se marchara.

Maldita sea. Iba en serio.

Rozó su nariz con la de ella antes de abrir la puerta.

—Adiós, Safari.

Ladró.

Ryker rio y se despidió de mí con un gesto de la mano mientras salía.

—Hasta luego, Rex.

—Adiós, estúpido. —Seguí bebiendo mi café.

Rio al oír mi comentario y siguió caminando.

—Nos vemos, idiota.

Rae cerró la puerta tras él y me miró mal.

—¿Qué? —Pregunté inocente.

—¿Por qué lo llamas estúpido?

—Estaba bromeando. —Me eché un cuenco de cereales—. Es lo que hacemos los tíos.

—No, no estabas de broma. Tienes que parar de una vez.

—Bueno, ¿tenéis que enrollaros delante de mí?

—Es mi apartamento, Rex. ¿Por qué no te vas a otra parte? —Safari vino a su lado, siguiéndola allá donde iba—. Podrías haberte tomado el café en la sala de estar.

—No desayuno allí.

Puso los ojos en blanco.

—Como quieras. Sigue comportándote como un niño.

—Lo haré, muchas gracias. —Me senté y me dispuse a devorar mis cereales.

Se tostó un panecillo y le untó queso en crema antes de sentarse frente a mí.

—Espero de verdad que esa bolera despegue... y puedas mudarte a otra

parte.

—Yo también.

—Zeke fue listo por no acogerte.

—Sólo quiere intimidad para todas las guarradas que hace.

—No, Rex, sencillamente te odia.

Terminé mi cuenco y me serví otro.

—Me quiere.

—Cuando necesita un compinche, si acaso.

Safari dio un saltó a la silla y se sentó en la mesa como una persona. Sorprendía por su inteligencia y se portaba bien. No sabía cómo lo había entrenado tan bien mi hermana.

Dio unos mordiscos a su panecillo.

—Hoy no quiero ir a trabajar...

—¿No puedes pedirte un día por enfermedad?

—Sí, pero intento evitarlo. Tendré más trabajo pendiente cuando vuelva al laboratorio. No merece la pena.

No comprendía todas esas cosas científicas que hacía ni me molestaba en tratar de entenderlas.

—Hay algo de lo que quiero hablarte.

—Si tiene algo que ver con Ryker, gritaré. —Me dirigió la mirada más letal de todos los tiempos. —Estoy cansada de hablar de él.

—Pues iba a hablarte de otra cosa, pero ya que estamos, no creo que comprendas de verdad dónde te estás metiendo. Ryker y yo nos follamos a la misma tía al mismo tiempo en el vestuario de la escuela. Él por delante y yo por detrás. Ha hecho tríos al menos diez veces. Incluso...

—Rex, me da igual su pasado. No tiene nada que ver conmigo.

—Pues debería importarte un poco. ¿En serio quieres pasar tiempo con un tío así?

—¿Te describirías de la misma forma?

¿Eh? No entendía la pregunta.

—¿Qué?

—¿Sois similares los dos? ¿Dirías que sois el mismo tipo de persona?

—Uh... supongo.

—Pues yo creo que eres una persona maravillosa, Rex. Lo que tú hagas en tu vida privada no es asunto mío ni quiero saberlo, pero veo la otra parte de ti. Eres leal, desinteresado, compasivo y muchas otras cosas. Cuando conozcas a la chica adecuada, sé que serás su príncipe azul. ¿Te parece justo no pensar lo mismo de Ryker?

Removí el contenido del cuenco con la cuchara.

—Supongo que no...

—Entonces no insistas más.

—Pero, ¿y si no eres la chica adecuada?

—Lo sea o no, disfruto del tiempo que pasamos juntos por ahora. Si no funciona, no pasa nada. La vida sigue.

—¿En serio? —pregunté. ¿Mantendría la calma?

—Sí. —Dio varios sorbos al café— ¿Qué ibas a decir antes de que volviéramos a empezar a hablar de Ryker?

Me había distraído con Ryker y se me había olvidado.

—Me pasó algo extraño con Kayden.

—¿Algo extraño? —Alzó ambas cejas—. ¿A qué te refieres?

Le conté toda la historia de principio a fin.

—Sigo sin tener ni idea de qué demonios pasó. Ni siquiera Zeke fue capaz de averiguarlo. Cuando Kayden estuvo aquí ayer, me ignoró y fingió que no había pasado nada. Por favor, dime que sabes algo que yo no sé.

Dejó la taza sobre la mesa y el humo se evaporó en el aire. Apretó los labios con fuerza, considerando las posibilidades.

—La verdad es que no lo sé... puede que le pasara algo con su familia y no quisiera contártelo.

—Pero, ¿no te lo contaría a ti?

—No tiene por qué —dijo—, nos contamos muchas cosas, pero no todo

lo que nos pasa con pelos y señales.

—Bueno, ¿crees que podrías hablar con ella por mí? ¿Descubrirlo?

—Sí, sacaré el tema —dijo—, pero me da la sensación de que no tuvo nada que ver contigo. Tu historia no lo sugiere, a menos que te hayas dejado algo en el tintero.

—Te lo he contado todo de principio a fin.

—Entonces me relajaría. Vete a saber, a lo mejor ha perdido su trabajo o algo.

—¿Cómo te despiden de una biblioteca? —Era imposible. Eran prácticamente voluntarios.

—Es un decir. —Terminó el café y lo dejó en la mesa—. Bueno, tengo que arreglarme. Te veré después del trabajo.

—¿Cuándo empiezan los contratistas? —pregunté mientras se alejaba.

—No estoy segura. Los llamaré después.

---

JUSTO CUANDO ACABABA DE TERMINAR MI TURNO, ENTRARON RAE Y ZEKE. Hablaban y sonreían como si todo fuera normal. Puede que Zeke se estuviera tomando todo el tema con Ryker mejor de lo que yo esperaba. Me preocupaba que la ignorara durante varias semanas hasta que lo superara.

—¿Qué pasa? —Salté sobre el mostrador.

—Tenemos lo necesario —dijo Zeke—. Todo está oficialmente en marcha.

—Tendrás que cerrar el local durante algunas semanas, probablemente un mes. —dijo Rae.

—¿Qué? —exclamé— No puedo cerrar. No ganaré dinero.

—Tío, ahora mismo tampoco lo estás ganando —dijo Zeke.

—Oye. —Lo señalé—. Eso fue un golpe bajo.

—Es mi opinión —dijo Zeke—. Además, si no tienes que pagar a los

empleados ni usar la luz, sólo tendrás que preocuparte de pagar el alquiler y el seguro mensual, así que no es tanto.

—Supongo que estará bien poder quedarme durmiendo hasta tarde...

—Y estarás en casa todo el día, así que tendré que ver tu fea cara constantemente —dijo Rae.

—Quizás deberías buscar otro trabajo. —Bromeé.

Zeke sabía que estaba a punto de empezar una pelea.

—De todas formas... van a empezar a reformar las pistas, colocar el bar y repintar las paredes. Según el pronóstico meteorológico, esta semana hará sol, así que vamos a aprovecharlo para darle una capa de pintura al exterior.

Maldita sea, me iban a poner el local patas arriba.

—Pero quedará genial cuando acaben —dijo Rae—, y emplearemos este tiempo para idear nuestra estrategia. Deberíamos hacer grandes descuentos para lograr atraer a la gente. Probablemente no te resulte rentable al principio, pero atraerá a más clientes a la larga. Y tengo otra idea. Como Ryker es la mayor novedad por aquí ahora mismo, le pediré que organice algún tipo de torneo de bolos para caridad. Vendrán todos los reporteros y locutores a grabarlo.

—Y boom —dijo Zeke—, tendrás un negocio en marcha.

—¿Ryker haría eso?

—Pues claro que sí —dijo Rae— y no sólo por mí.

Me sentí conmovido y no sabía cómo expresarlo en palabras. No iban a sacar ningún beneficio de todo aquello y existía la posibilidad de perder su inversión, pero aun así querían ayudarme.

—Gracias, chicos...

—De nada. —Zeke me dio una palmada en el hombro—. Somos familia, ¿no?

Le estábamos dando toda una nueva definición a la palabra.

—Sí. Somos familia.

ESTÁBAMOS SENTADOS EN EL BAR APURANDO NUESTRAS CERVEZAS. HABÍA UN plato de patatas fritas en la mesa, pero Rae se había comido la mayoría. Zeke actuaba como si nada hubiera cambiado y no hubiera estado a punto de decirle que debían estar juntos.

Era como si nunca hubiera sucedido.

—¿Cómo ha ido el trabajo? —le preguntó a Rae.

—Bien. A veces me siento sola por pasar tanto tiempo allí sin más compañía, pero me alegro de no tener que tratar con gente todo el rato.

—Preferiría tener más paz y tranquilidad —dijo Zeke—, pero no tengo ese lujo.

—¿Algún paciente interesante?

—Vino una mujer porque decía que tenía las tetas feas.

Dejé de beber la cerveza.

—¿Qué? —preguntó Rae, tan confusa como yo.

—Dijo que la piel de sus pechos era fea. —Se encogió de hombros—. No tuvo sentido cuando me lo dijo ni lo va a tener ahora. Le recomendé que fuera a un cirujano plástico porque no podía hacer nada por ella.

—¿Tenía las tetas feas? —pregunté.

—Eh. —Zeke se encogió de hombros—. Estaban bien.

—Pero, ¿no eran lo bastante feas como para una intervención médica? —preguntó Rae.

—La verdad es que no —dijo Zeke—. Mucha gente tiene las tetas feas y poco se puede hacer a excepción de cirugía plástica. —Zeke terminó la cerveza y pasó a la siguiente.

—Espero no tenerla feas —dijo Rae.

—No las tienes —contestó Zeke de forma automática—. Quiero decir que me da esa impresión.

Rae sonrió y no pareció ofendida en absoluto.

—El aspecto que tienen a través de una camisa no es lo mismo.

—Te he visto en bikini —dijo Zeke—. Créeme, las tienes bien.

No participé en la conversación porque no me interesaban los pechos de mi hermana.

—¿Qué clase de tetas raras has visto? —Zeke apoyó los codos en la mesa y me miró.

—Um... —Había visto muchas en mis años de juventud. —Las de tipo pepino.

—¿Tipo pepino? —preguntó Rae.

—Ya sabes. —Zeke mostró a qué se refería con las manos—. Las que cuelgan y son delgadas, sobre todo al inclinarse.

—Sí —dije—. Esas son las peores.

—No sabía que eso existía —dijo Rae—. Simplemente asumí que a los tíos no les gustaban las tetas pequeñas.

—Los pechos pequeños están bien —dijo Zeke—. Me gustan tanto como los grandes mientras estén proporcionados.

—Sí, las pequeñas son geniales —dije—. Aunque la verdad es que me van más los culos.

—Ya somos dos. —Zeke chocó su cerveza con la mía.

—A mí me encantan las barbillas de los tíos. Las que son robustas y bonitas. —La voz de Rae se volvió más aguda, adquiriendo un matiz más femenino.

Era irónico porque Zeke tenía justamente la barbilla que estaba describiendo. Ahora que lo pensaba, Zeke siempre era popular con las chicas. Le gustaba a todas y el hecho de ser médico hacía que fuera mejor partido aún. ¿Nunca le había gustado a Rae? ¿Ni siquiera una vez?

—¿Como Clint Eastwood? —preguntó Zeke.

—Sí, exacto —dijo Rae.

Zeke se frotó la barbilla, como si supiera que reunía los requisitos.

—¿Qué más?

—Me gustan altos —dijo Rae—. Supongo que porque soy un poco alta

para ser mujer.

—No, eres perfecta —dijo Zeke automáticamente.

Rae era totalmente ajena al verdadero significado de sus cumplidos. Ahora que sabía lo que sentía Zeke, me daba cuenta de lo obvio que era. Sólo podría superarlo si sostenía un cartel que pusiera: “te quiero”.

—¿Cómo te va con Ryker? —Zeke hizo la pregunta con indecisión, como si sólo preguntara para fingir normalidad.

—Bien —dijo ella—. Se quedó a dormir la otra noche. No es muy fanático de Safari.

—Pues más le vale empezar a serlo —dijo Zeke—. Es la casa de Safari.

—No creo que el problema sea suyo, es sólo el hecho de que ocupa la cama entera cuando dormimos. —Rae rio antes de dar otro trago.

—Es la cama de Safari —dijo Rex— ¿Dónde va a dormir si no?

—Dudo que Ryker vuelva a quedarse a dormir —dijo Rae—. Un perro y un hombre grandes no son buena mezcla.

Me había dado cuenta de que debía dejar a un lado mis prejuicios hacia Ryker. Mi hermana ya había tomado una decisión, así que debía aceptarla. Si le hacía daño, no podría decir que no la advertí. A veces, olvidaba que era una adulta inteligente. Era la que se ocupaba de mí en ese mismo momento. Pagaba todas mis facturas e incluso me daba una paga. Estaba claro que una mujer así podía cuidar de sí misma.

—¿Estás saliendo con alguien? —preguntó Rae.

—Nada serio —dijo Zeke—. Me acosté con una chica anoche. Omitió el hecho de que yo también estaba allí, con otra chica.

—¿Cómo fue? —preguntó Rae.

—El sexo estuvo bien, pero no volveré a llamarla.

Era una chica para una aventura, no de las que le presentas a tus padres.

—¿Por qué no? —preguntó Rae.

Zeke se encogió de hombros.

—No tengo tanto interés en ella.

Zeke no tenía relaciones a menudo. Iba de flor en flor, igual que yo. En mi caso, jamás había tenido novia. Me gustaba demasiado mi libertad.

—No te deben faltar candidatas —dijo Rae—. Siendo un médico atractivo como tú...

Zeke se encogió de hombros.

—Sólo debes asegurarte de sentar la cabeza con alguien increíble —dijo Rae—, porque tú lo eres.

Sus ojos se suavizaron.

—¿Llegaste a hablar con Kayden? —pregunté.

—No —dijo Rae—. No he tenido ocasión.

—¿Qué quieres decir? —repliqué—. Llámala.

—No puedo acorralarla así, es de mala educación. —Rae era mucho más sensible con la gente que yo.

—Pero necesito saberlo.

—Le pediré que quedemos mañana para almorzar —dijo Rae— y te contaré lo que descubra, pero estoy segura de que no tiene nada que ver contigo.

Eso espero.

Rae sabía que seguía preocupado.

—Te preocupas por nada, Rex.

—Yo también opino lo mismo —dijo Zeke— Si tuviera un problema contigo, no habría venido el domingo.

Supongo que era cierto.

---

AHORA QUE NO TRABAJABA, ME MORÍA DE ABURRIMIENTO. NO ME GUSTABA IR al trabajo y pasarme el día rociando zapatos apestosos con Febreze y Lysol, pero estar todo el día sentado en casa era peor.

Vi todo lo que echaban en televisión, jugué a algunos juegos, llamé a una

de las habituales para follar y volví a ver la televisión. Safari me hacía compañía, pero se limitaba a tumbarse encima de mí.

Rae volvió al apartamento poco después de las cinco.

—Nunca pensé que me alegraría tanto de verte. —Le di un abrazo— Hagamos algo, lo que sea. ¿Y si vamos a la cancha y jugamos al baloncesto?

—Creo que alguien necesita hacer amigos...

—Los tengo, pero están todos trabajando.

—Bueno, voy a cenar a casa de Ryker.

Cuando volví a hablar, quedó patente lo aburrido que estaba.

—¿Puedo apuntarme?

—¿A cenar con nosotros? —preguntó incrédula—. Eh, no.

—Por favor —dije—, me aburro tanto que me estoy volviendo loco.

—Búscate algo que hacer.

—Tía, he hecho de todo. He visto la televisión, he jugado a videojuegos...

—¿Has limpiado la casa? —Miró a su alrededor, señalando los platos sucios en el fregadero, la mancha de espagueti en el azulejo y la bolsa de palomitas de maíz en la encimera.

—Bueno... esa es la última alternativa.

—No voy a faltar a mi cita si ni siquiera recoges lo que ensucias.

—Vale, vale. —Estaba desesperado—. Limpiaré toda la casa si me dejas que vaya con vosotros.

Se cruzó de brazos y me miró de un modo totalmente distinto.

—Pues sí que estás aburrido de verdad.

—Eso es lo que trataba de decirte.

—Supongo que puedo cancelar el plan. No es para tanto.

Sonreí de oreja a oreja.

—Además, eso hará que me desee aún más. —Sus ojos estaban llenos de confianza y en sus labios se dibujó una leve sonrisa—. ¿Qué quieres hacer?

—Vamos al salón recreativo.

—Suenas divertido.

—Genial. —Mi hermana era un auténtico fastidio, pero siempre estaba dispuesta a ayudarme.

Tomó su teléfono y llamó a Ryker.

—Hola, me preguntaba si podríamos hacer un cambio de planes. ¿Podemos salir mañana por la noche?

Podía oírse la voz de Ryker al otro lado del teléfono.

—¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

—No, va todo bien. Es sólo que Rex se aburre por no trabajar y quiere que pase tiempo con él.

Ryker no disimuló su decepción.

—¿Por qué tengo que sufrir yo las consecuencias de que sea un perdedor?

—Te estoy escuchando, estúpido —dijo en voz alta.

—Genial —contestó Ryker—, esa era mi intención.

Rae puso los ojos en blanco.

—¿Mañana?

Ryker suspiró al teléfono.

—¿Por qué no te lo traes?

—Porque no sería divertido para ninguno de nosotros.

—Me da igual —dijo—, sólo quiero verte.

No pude evitar sorprenderme ante aquel comentario. Quién iba a decir que Ryker sería cariñoso.

—Mañana. —Insistió Rae.

—Hagamos un trato —dijo Ryker—, puedes salir con él, pero dormirás aquí conmigo.

Puse cara de tener arcadas.

—Trato hecho —dijo Rae.

—Bien —dijo él—. Te espero aquí a las nueve. ¿Qué vais a hacer?

—Vamos al salón recreativo. —Rae esperó a que él dijera algo al otro lado de la línea.

Estuvo un buen rato en silencio.

—¿El salón recreativo? —La nostalgia en su voz era inconfundible—. ¿El grande que está en el centro?

—Sí. —Rae sonrió porque sabía lo que iba a pasar.

—Bueno... ¿puedo apuntarme? —preguntó esperanzado.

—Parecís los dos niños de cinco años —dijo Rae con un suspiro.

—El salón recreativo es increíble —dijo Ryker—, Nunca me cansaré de ir allí.

Rae se volvió hacia mí.

—¿No te importa que venga Ryker?

No podía decir que sí, aunque quisiera. Para empezar, había interferido en sus planes.

—Claro que no.

Rae volvió al teléfono.

—¿Puedes venir aquí en una hora?

—Cariño, estaré allí cuando tú quieras que esté.

Me metí el dedo hasta la garganta y fingí vomitar.

Rae me dio una patada en la espinilla.

—Hasta luego entonces.

---

—Tío, *Ms. PAC-MAN* ES EL MEJOR JUEGO QUE EXISTE. —SOLÍA JUGARLO siempre cuando era pequeño. Aunque no hubiera nadie más con quién jugar, era un juego fantástico.

—Es todo un clásico —dijo Ryker.

—Voy a por un refresco. Me ha dado un tirón en la mano. —Rae era muy buena con los videojuegos, seguramente porque jugaba siempre conmigo.

Ryker la vio alejarse antes de volverse hacia mí.

—¿Quieres una partida?

—Depende —dije—. ¿Estás preparado para que te machaquen?

—Ya lo ha hecho tu hermana venciéndome al *Mortal Kombat*.

Eché las monedas en la máquina y empezamos a jugar. Cada uno tenía su propia pantalla y obtuvimos todos los puntos blancos y las frutas extra. Ryker era tan bueno como yo y la tensión se hizo palpable enseguida.

Seguimos jugando hasta que uno de los dos perdió las tres vidas primero. Por suerte, fue Ryker.

—Perdedor —dije.

—Ha sido cuestión de suerte. —Miró por encima de mi hombro buscando a Rae. Quería tenerla constantemente a la vista.

Me llevaría tiempo acostumbrarme al hecho de que estaban juntos.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Supongo —dije—, acabas de hacerlo.

—¿Supondrá Zeke un problema?

Me quedé de piedra, olvidando incluso respirar.

—¿Eh?

—Sé que a Zeke le gusta. ¿Sigue tras ella?

¿Cómo lo sabía? Lo había dicho con tanto convencimiento que no me lo podía creer. Zeke jamás se lo habría dicho. ¿Sabía Rae lo que Zeke sentía por ella y se lo había contado a Ryker? Tampoco parecía probable.

—No sé de dónde has sacado esa idea, pero no es verdad. —Protegería a mi mejor amigo hasta el fin de los tiempos.

—Es obvio por la forma en que la mira —lo dijo con total convencimiento, como si no hubiera lugar a dudas.

—Bueno... esa es tu opinión.

Ryker ignoró mis palabras.

—¿Me supondrá un problema?

—Zeke no es la clase de tío que interfiere en una relación, si eso es lo que te preocupa. Precisamente el otro día nos acostamos con dos chicas. Es la última persona de la que deberías preocuparte.

Asintió satisfecho.

—Me alegra oír eso.

Metí la mano en el bolsillo buscando más monedas.

—Pareces mucho más relajado en lo que respecta a la relación entre Rae y yo.

Ryker era distinto a Zeke y a mí. Mencionaba las cosas más que decirlas con claridad.

—Sabía que debía retirarme.

—Espero que podamos ser amigos como antes —Se cruzó de brazos— porque tu amistad es importante para mí.

—No le hagas daño a mi hermana y nada cambiará.

—Parece bastante sencillo.

Al mirar hacia atrás vi a Rae sentada en la mesa comiendo un perrito caliente.

Ryker sonrió de oreja a oreja.

—Hace que cualquier cosa resulte sexy.

Hice una mueca.

—Que tus comentarios sean para todos los públicos conmigo si no quieres que vomite en tus zapatos.

—Lo intentaré. —En lugar de acercarse a Rae, se quedó a mi lado. La única explicación posible es que tuviera algo más que decir.

—Rae me contó lo de vuestra madre... Lo siento.

Asumí que ya lo sabía.

—Gracias.

—Me contó que te hiciste cargo de ella como tutor legal. Debe haber sido difícil.

—No fue un camino de rosas... — Me quedaba corto. Fue muy complicado. Me costó arreglármelas con Rae, pues quedó en estado de shock. Empezó a hacer locuras y tuve que pasar de ser un cabeza hueca a un padre de la noche a la mañana.

—Quiero que sepas que jamás le haría daño a Rae a propósito. Me importa y siempre la respetaré como merece. No puedo prometer que estaremos juntos para siempre ni nada por el estilo, pero no le haré daño. Es una mujer increíble y soy consciente de ello.

Aquellas palabras lograron tranquilizarme al fin. La última vez que habíamos hablado del tema, lo había intimidado, amenazándolo de muerte. No tuvo ocasión de decir nada porque Rae vino en ese momento. El hecho de que hablara con tanta sinceridad me hizo darme cuenta de que no la estaba usando como un objeto, como a las demás. No parecía que la amara, pero sí le importaba mucho. Y eso es todo lo que yo pedía.

—Eres un buen tipo, Ryker.

Sonrió y me dio una palmada en el hombro.

—Y tú eres un buen hermano, Rex.

Me aclaré la garganta.

—¿Nos acercamos y evitamos que se coma toda la comida del puesto?  
Rio.

—Me parece buena idea.

Ryker y yo nos sentamos en la mesa con Rae. La bandeja de papel estaba vacía a excepción del ketchup y la mostaza. Dio un sorbo a su refresco y se lo tendió a Ryker, que dio un largo trago sin dejar de mirarla a los ojos.

Traté de ignorarlo.

—¿Tenías hambre? —preguntó Ryker.

—No podía rechazar un perrito caliente. —dijo Rae—, me encantan.

Se sentó a su lado.

—Lo sé, cariño.

Traté de ignorar eso también.

—Necesitamos más monedas.

—Ya no tengo más efectivo — dijo Rae.

—¿De qué me sirves? — Exigí.

—Te acabo de dar veinte dólares para que te los gastes en las máquinas

—contestó Rae—, ya he sido bastante generosa.

Ryker le rodeó el brazo con la cintura, más cariñoso con ella que de costumbre. Probablemente porque sabía que ya no me importaba.

—Por cierto, hablé hoy con Kayden —dijo Rae de buenas a primeras.

—¿Qué te dijo? —contesté enseguida.

—Le llegó un mensaje diciendo que su abuela estaba enferma. —Rae me dirigió una expresión triunfante— Te dije que no tenía nada que ver contigo.

Suspiré aliviado.

—Oh, gracias a Dios. Pensé que había hecho algo estúpido de verdad.

Ryker frunció el ceño.

—¿De qué estáis hablando?

Conté la historia por enésima vez.

—Al menos no tuvo nada que ver conmigo. Me quitaría la vida si la hiciera llorar.

Ryker tenía la misma expresión en el rostro, como si siguiera confuso.

—Si eso es verdad, ¿por qué al volver del baño habló contigo un rato? ¿Por qué se enfadó después de que le mostraras los números de teléfono?

Me encogí de hombros.

—No sé. A lo mejor hubo algo que lo desencadenó.

No parecía convencido.

—Suena a que los números de teléfono fueron el desencadenante. Puede que sintiera celos de que estuvieras ligando con otras mujeres.

—Pero eso no tiene sentido. —En absoluto. ¿Qué le importaba?

—Lo tiene si siente algo por ti —dijo Ryker con seguridad— ¿Por qué, si no, está siempre callada en tu presencia, pero actúa normal con el resto de la gente? ¿Por qué iba a marcharse enfadada al decirle que dos mujeres guapas te habían tirado los tejos? ¿Soy el único que ha atado cabos?

—No puede ser —dije—, Conozco a Kayden desde... siempre. No me ve con esos ojos.

—¿Seguro? —dijo Ryker.

Me volví hacia Rae.

—Ryker está mal de la cabeza, ¿no?

Rae apretó los labios con fuerza.

—No me imagino a Kayden sintiéndose atraída por mi hermano. Habría salido a la luz hace mil años.

—A lo mejor ha sido hace poco —dijo Ryker.

—No me parece muy probable —dijo Rae—. Me lo habría dicho, o si no, se lo habría contado a Jessie y ella me lo habría dicho a mí.

—¿Cuándo fue la última vez que tuvo novio? —preguntó Ryker.

Me encogí de hombros porque no tenía ni idea.

Rae hizo memoria.

—No estoy segura... Ha pasado mucho tiempo.

Ryker tenía una mirada triunfante en su rostro.

—Te digo que es verdad.

Seguía sin convencerme.

—No. Me creería mucho antes cualquier cuento de viejas.

—Yo también —dijo Rae.

—Como queráis —dijo Ryker—. Supongo que el tiempo lo dirá.

Kayden sólo me veía como amigo. De no ser así, me habría tirado los tejos. Era guapa y tenía un cuerpo de infarto, podía tener a quien quisiera. No había razón para que no se me acercara y me dijera que quería montárselo conmigo si era eso lo que sentía.

Sabía que tenía razón.

ME SOLTÉ de sus brazos antes de que pudiera atraparme de nuevo.

—No debería quedarme. Tengo que ir a trabajar mañana.

Ryker seguía tumbado en la cama, desnudo en todo su esplendor. Su pecho era como una placa de hormigón. Me encantaba hundir las uñas en el músculo cuando lo montaba como un semental. Su miembro semierecto yacía en su estómago, y tenía estirados sus muslos musculosos y sus piernas torneadas.

—¿Qué importa eso?

—Tendría que levantarme temprano e irme a casa. Ya me conoces, valoro mucho mis horas de sueño.

—Podrías traerte aquí tus cosas... —Apoyó las manos tras la cabeza.

—Demasiados preparativos. —Encontré las bragas y me las puse.

Se incorporó, apoyándose en los codos.

—Dame un beso antes de irte.

Lo miré fijamente con suspicacia, preguntándome si era algún tipo de estratagema. Siempre me acompañaba a la puerta, ¿para qué quería un beso ahora?

—Me resulta muy extraño que digas eso...

—¿Que quiero un beso? —preguntó—. No lo creo. Me encanta besar tus labios, ambos. —Tenía la misma expresión inocente en el rostro.

Algo no cuadraba. Podía sentirlo.

—Vale. —Volvió a tumbarse. —Pero no esperes que te bese cuando a ti te apetezca.

Convencida al fin de que no estaba jugando sucio, trepé a la cama para besar sus labios. Me acerqué más hasta que estuve sobre él.

Me miró con una leve sonrisa en los labios e inició su ataque.

Me agarró del brazo y me dio la vuelta hasta dejarme boca arriba. Se puso encima de mí, inmovilizándome con su enorme tamaño. Sus labios se cernieron sobre los míos y vi una expresión de victoria en sus ojos.

—Maldita sea, sabía que tramabas algo.

—Esos labios no van a ir a ninguna parte. —Me besó despacio y rozó su nariz contra la mía.

—Tengo que levantarme treinta minutos antes para llegar a mi apartamento antes de ducharme.

—Pues no vayas mañana a trabajar. Tendrás permiso pagado para ausentarte.

Puse los ojos en blanco.

—Eso no soluciona nada. Quiero trabajar.

—Tu prioridad debería ser complacer a tu jefe.

—Y la tuya va a arruinar tu negocio.

Sonrió.

—Hay cosas más importantes en la vida. —Se acomodó junto a mí y me atrajo hacia su pecho, rodeándome con sus brazos para que no pudiera escapar. Me dio varios besos en la nuca.

—Tengo que darle de comer a Safari.

—Seguro que Rex, aunque sea estúpido, puede hacerse cargo de eso.

—Y hoy no lo he sacado a pasear.

—Puedes hacerlo mañana.

—Tengo que hacer la colada.

Estrechó más su abrazo.

—Invéntate todas las excusas que quieras. No vas a ir a ninguna parte.

Suspiré y sentí que mi cuerpo se rendía a la fatiga. Me costó toda la energía salir de la cama la primera vez. No podría lograrlo una segunda.

—Eres el diablo.

—Y tú un ángel. —Besó mi hombro desnudo, devolviendo la vida a mi piel—. Eres la luz en mi oscuridad.

—No sé... Soy bastante oscura.

—Eso habrá que verlo.

—Para empezar, me estoy acostando con mi jefe y eso es muy arriesgado.

—No sabías que yo era tu jefe.

—Pero ahora sí y aquí estoy.

Me besó en la nuca.

—A mí me parece sexy.

—Le parece a tu polla más bien.

—Créeme, no somos tan diferentes. Pensamos igual. —Apoyó el rostro en la curva de mi cuello y presionó su erección entre mis nalgas.

—Es casi la una de la mañana —susurré—. Deberíamos dormir.

—¿Para qué dormir cuando puedo contemplarte? —Me besó el lóbulo de la oreja.

—Nunca estás satisfecho, ¿verdad?

—No, siempre lo estoy. —Acercó sus labios hasta rozar mi oreja—. Pero me gusta quedar satisfecho una y otra vez. —Sus dedos jugaron con mi ropa interior hasta que la apartó. Entonces presionó la punta de su grueso miembro contra mi abertura, estirándome.

Era tan placentero que olvidé que debía levantarme temprano al día siguiente.

Me penetró y gimió al notar lo húmeda que estaba.

A veces, deseaba poder ocultárselo.

—Sabía que no querías marcharte. —Me agarró por la cadera mientras me penetraba en mayor profundidad.

Me aferré a su mano y la apreté al darme cuenta de algo.

—Se te ha olvidado el condón.

Dejó de moverse, con su miembro aún a medio camino en mi cuerpo.

—Tomas la píldora, ¿no?

Sí, pero nunca se lo había dicho.

—Y no nos estamos acostando con nadie más. —Me besó la oreja mientras hablaba.

—Nada de condón. —Comenzó a moverse de nuevo y su cuerpo se tensó de placer al sentirme piel con piel.

Lo agarré de la cadera para estabilizarlo.

—Oye, espera. —Quería seguir, pero mi salud era más importante—. No voy a tener relaciones sin protección.

—Es seguro.

—¿Cómo voy a saberlo? ¿Con cuántas chicas te has acostado?

Suspiró irritado.

—No tenemos por qué tener esta conversación si te lo pones.

Se detuvo, como si fuera a abrir el cajón y sacar un condón.

—No tengo nada, pero si me hago las pruebas, ¿podemos hacerlo a pelo?

¿Estaba dispuesto a hacerse las pruebas? Sonaba a que era demasiado esfuerzo para un tío.

—Sí.

—Entonces me las haré mañana. —Sacó su miembro de mi cuerpo y se puso un condón. Cuando estuvo listo, volvió a situarse sobre mí, agarrándome el muslo y levantándolo mientras me penetraba.

Sujeté las sábanas con fuerza mientras mi cuerpo se tensaba al límite en torno a su miembro.

Una de sus manos serpenteó en torno a mi cuello, manteniéndome en aquella postura mientras me poseía.

Nunca me habían agarrado así y lo cierto es que me gustaba.

Me embestía como si fuera de su propiedad, un juguete para usar a su

antojo. Jadeó en mi oído, aumentando la velocidad.

Me agarré a su brazo y disfruté del momento.

—Di mi nombre, cariño.

—Ryker...

Volvió mi rostro hacia el suyo y me miró con ojos ardientes, dándome un beso agresivo, a tono con su expresión.

—Tu coño es una maldita droga.

Un gemido involuntario escapó de mis labios, y sonó como un grito.

—Y es mío.

---

ME QUITÉ LA BATA DE LABORATORIO Y LAS GAFAS DE SEGURIDAD ANTES DE lavarme las manos en el lavabo. Las tenía agrietadas y secas de tanto lavármelas. Cuando no estaba en el trabajo me las embadurnaba de loción, si no, me saldrían callos.

—¿Vas a salir? —Oí la voz de Ryker detrás de mí.

No podía fingir sorpresa. Me había acostumbrado a que apareciera cada vez que me daba la vuelta.

—Sí. —Me sequé las manos con papel absorbente y recogí mis pertenencias de la taquilla.

—¿Has tenido un buen día?

—Ha ido bien —dije—, pero me ha costado mucho concentrarme porque estaba muy cansada. —Lo fulminé con la mirada.

Sonrió sin mostrar el más mínimo arrepentimiento.

—Quizás deberías haberte pedido el día libre como te ofrecí.

Me eché el bolso al hombro y me acerqué a él.

—Bueno, me voy a casa. Hasta luego.

Me agarró de la muñeca para que no pudiera irme a ninguna parte. Fue delicado, pero sugería todo lo que deseaba hacerme encima de la mesa.

—Hay algo que quiero darte. —Sacó un trozo de papel doblado y me lo tendió.

Lo abrí.

—¿Qué es esto?

—Léelo.

Eran los resultados de laboratorio de su análisis de ETS. Estaba limpio.

—¿Te pareció buena idea dármelo en el trabajo?

—Jenny ya se ha ido, ¿no?

—Esa no es la cuestión. —Lo doblé y lo metí en mi bolso.

—Estoy limpio como te dije.

—Es bueno saberlo.

—Así que... vamos a mi casa.

—¿Ahora mismo? —pregunté incrédula.

—Sí.

—Me voy a casa. No he pasado tiempo con Safari y estoy segura de que Rex lo ha destrozado todo.

Ryker me dirigió una mirada asesina.

—Puede que estés acostumbrado a que las chicas hagan lo que digas, pero yo no soy como las demás.

—Ya me he dado cuenta —dijo amenazante.

—Hasta luego.

—¿Con luego te refieres a hoy? —Insistió.

—No lo sé —dije—, cuando sea.

Volvió a agarrarme de la muñeca.

—Ve a por tus cosas y quédate conmigo esta noche. No hay más que hablar.

Siempre me había costado mucho aceptar órdenes

—¿Cómo? —Puede que a otras chicas les gustara ser mangoneadas por un hombre atractivo, pero a mí no—. Ryker, te veré cuando sea. Hay más gente en mi vida aparte de ti. —Me zafé de él como Rex me había enseñado.

Ryker sabía que se había pasado de la raya.

—Lo siento. No era mi intención ser tan... contundente. Parezco otra persona.

Parecía sincero, así que no le di más importancia.

—No pasa nada.

—Es sólo que... —Ryker nunca tenía problemas para expresarse. Solía ser elocuente y tenía gran agilidad mental—. No importa.

—A lo mejor nos vemos mañana.

Vi decepción en su rostro, pero no continuó la discusión.

—Vale.

Lo rodeé para llegar a la puerta.

Ryker volvió a agarrarme.

—¿No me das un beso de despedida?

—No cuando estamos en el trabajo. —Me aparté y seguí caminando.

—Pues más te vale compensármelo después. —Su sonrisa traviesa había vuelto.

Volvía a ser el Ryker del que me había enamorado.

—Multiplicado por diez.

---

EN CUANTO ATRAVESÉ LA PUERTA, SE ABALANZÓ SOBRE MÍ. NOTÉ SUS MANOS en mi pelo y sus labios ahogando los míos. Tenía el miembro duro como si hubiera estado pensando en mí antes incluso de que entrara.

Me tomó en brazos y me llevó a su habitación, recorriendo mi cuello con sus labios.

Nunca me había sentido tan sexy con otro hombre. Ryker me hacía sentir especial, como si lo volviera loco de deseo, y lo hacía sin necesidad de usar palabras.

En cuanto estuve en la cama, me despojó de la ropa hasta que estuve

desnuda y lista. Sólo llevaba puestos los pantalones, así que se los quitó y, tras apartarlos de un puntapié, subió a la cama y se situó sobre mí.

Acercó el rostro a mi entrepierna e hizo cosas que me encantaban con la lengua. Logró que me olvidara de todo y me centrara únicamente en él. Me eché hacia atrás, retorciéndome mientras me daba placer de forma tan profunda.

Cuando estaba a punto de alcanzar el clímax, se detuvo y trepó sobre mi cuerpo, separándome los muslos con los suyos para penetrarme. Su miembro estaba duro como una roca y dispuesto.

Me chupó el labio, dándole un leve mordisco antes de meterme la punta. Estaba tan húmeda que no le costó mucho abrirse camino. Cuando me penetró por completo, emitió el gemido más fuerte que había oído jamás.

—Joder.

La sensación de su miembro en mi interior sin el látex de por medio era aún más placentera. Podía sentir mejor su dureza, y la forma en que se movía de un lado a otro era incluso más tentadora. Recorrí su espalda con las uñas.

Sus embestidas eran largas y uniformes. A veces bajaba el ritmo para besarme, acariciando con suavidad la comisura de mis labios, y luego aumentaba la velocidad, mirándome a los ojos mientras se balanceaba.

En cuestión de minutos, mi cuerpo se tensó y llegué al límite. Grité y clavé las uñas en su espalda. Me encantaba que cada uno de los orgasmos que me provocaba duraran una eternidad. Eran potentes y hacían que me doliera la columna debido a su intensidad.

Ryker se preparó para el suyo. Separó más mis piernas, reduciendo la velocidad de sus embestidas, jadeando y preparándose para la explosión. Emitió profundos gruñidos mientras se movía.

Lo agarré por las nalgas y lo atraje aún más dentro de mí.

—Córrete dentro.

Fue el desencadenante para traspasar el límite. Presionó su rostro contra el mío al liberarse, llenándome de su calor. Sentí una evidente pesadez en mi

interior y el hecho de que su simiente fuera tan abundante hizo que me excitara una vez más. Cuando terminó, permaneció sobre mí y su miembro perdió rigidez en mi interior. Su torso estaba cubierto de sudor y lo sequé con mis besos. Seguía respirando con dificultad cuando se apartó despacio de mí. Se dio la vuelta, tumbándose boca arriba, con los ojos fijos en el techo.

—Mierda, ha sido genial.

—Sí... —Ahora podía dormirme.

---

RYKER MASAJEABA CON SUS GRANDES MANOS MI CABELLERA CON EL CHAMPÚ, de forma minuciosa. Sus ojos seguían el rastro del agua jabonosa que se deslizaba por mi cuerpo.

—¿Te trajiste una maleta?

—No.

—¿Por qué no? —Trató de no hablar con agresividad, pero el tono era evidente.

—Porque no tengo intención de pasar la noche.

—¿Por qué no quieres dormir aquí?

Me encantaba quedarme con Ryker. Que un hombre tan atractivo me abrazara durante toda la noche era un sueño hecho realidad. Cuando me despertara a la mañana siguiente, empezaría el día con un orgasmo increíble. Y los besos que me daba eran lo mejor. Jamás me habían besado así.

—Quiero dormir aquí, pero no todas las noches. Con los fines de semana es suficiente.

—¿Qué diferencia hay con los días entresemana?

—Porque trabajo por las mañanas. Tengo otras responsabilidades con amigos y familiares. —Básicamente, tenía una vida. Que tuviera novio no significaba que fuera a dejar de lado a todo el mundo. Podía pasar menos tiempo con ellos, pero que fueran contadas ocasiones a la semana era terrible.

Había tenido amigas que me habían dejado de lado nada más conocer al hombre adecuado, pero yo no haría lo mismo.

Suspiró decepcionado.

Ryker no me parecía el tipo de hombre que quiere tener a una mujer al lado todo el tiempo. Era más bien solitario, como si quisiera hacer las cosas por su cuenta. Su carácter sombrío e intenso así lo sugería.

—¿Por qué quieres que esté aquí todo el rato?

—¿Qué clase de pregunta es esa? —Tomó una pastilla de jabón y la frotó contra mi piel.

—Una simple.

—Me gusta estar contigo. Pensé que era obvio.

—Pero, ¿todo el tiempo? —pregunté sorprendida.

Se encogió de hombros.

—Yo tampoco lo entiendo y siento que a ti no te pase lo mismo. —Evité mi mirada y se centró en frotar mi cuerpo con el jabón.

—No es que no sienta lo mismo, Ryker. —Ya había bajado demasiado la guardia. Si permitía que cayera aún más, temía lo que podría suceder. Había cientos de cadenas que aprisionaban mi corazón y, con cada semana que pasaba, se iba soltando una más.

—Es sólo que...

—¿El qué? —Insistió.

—No quiero involucrarme demasiado hasta que sepa qué es esto.

Me devolvió la mirada, pero su expresión era ilegible.

Ahora que el tema había salido a la luz, quería que me diera una respuesta. ¿Qué era aquello? No estábamos saliendo con nadie más y estábamos juntos, pero ¿qué significaba?

Ryker se pasó la pastilla por los brazos, enjabonándose.

—No tengo una respuesta que darte. Todo lo que sé es que es la primera vez que he hecho algo así.

—¿Qué exactamente?

—Nunca he querido que una chica se quede a pasar la noche. No me va. Nunca he sido fiel a nadie. Eso también es nuevo. Nunca he pensado tanto en otra persona. Por lo general, se me olvida el nombre al poco de acostarme con esa persona. —Habló con seguridad, sin sentir una pizca de vergüenza—. Todo esto es nuevo para mí. Me siento tan confuso como tú.

Sus palabras me llenaron como un globo, pero la falta de afirmaciones concretas me angustiaba.

—¿Qué es lo que te atrae de mí? Cuando nos conocimos, seguiste tu camino y te olvidaste de mí al rechazar tu oferta. Después de acostarnos, no querías volver a verme. ¿Qué fue lo que te hizo cambiar de opinión?

Se embadurnó el pelo de champú y lo aclaró después. Tenía los ojos apagados, ocultándomelo todo. El silencio se prolongó durante una eternidad. El agua que salpicaba en los azulejos a nuestros pies era el único sonido que se oía.

—No estoy seguro, Rae. Todas las mujeres con las que he estado querían algo más, pero tú... pudiste marcharte sin ninguna expectativa. El hecho de que tuvieras tanta... confianza en ti misma para seguir adelante me pilló por sorpresa. No me esperaste ni te importaba que tu amiga se acostara conmigo. Supongo que... eso llamó mi atención. Y el hecho de que seas independiente, fuerte, divertida... y muchas otras cosas me impresionó. No he dejado de pensar en ti ni creo que pueda. Eres diferente a todas las demás y... soy consciente de ello.

¿Quería decir que era especial? ¿Qué significaba algo para él? Quería estar conmigo todo el tiempo y siempre me trataba con respeto. No hubo ni una vez que sintiera que no le importaba.

—¿Crees que tenemos futuro?

—Hasta ahí no llego, —dijo enseguida—, pero no pienso irme a ninguna parte—. Se pasó los dedos por el pelo mientras me miraba a los ojos.

—¿Por qué eres así? —Era algo que hacía tiempo que quería saber. Entendía por qué Rex y Zeke actuaban así. No les había importado nadie lo

suficiente hasta ahora, pero no se cerraban al compromiso. Ryker era todo lo contrario.

—Me gusta estar sólo —lo dijo con calma, como si fuera totalmente normal decir algo así—. Me gusta tener mi propio espacio, obtener lo que quiero de alguien y luego seguir con mi vida. Me gusta... mi libertad.

Era lo más triste que había escuchado jamás.

—Pero, ¿por qué?

Negó con la cabeza.

—Supongo que me han defraudado mucho en el pasado.

—Entonces, ¿tuviste antes una relación? —Eso me hizo sentir mejor. Quizás había estado con alguien y le habían roto el corazón. Entonces no sería producto de la frialdad, sino del miedo.

—No. Nunca.

Oh.

—Entonces, ¿quién te defraudó?

Estaba claro que no iba a responderme por la expresión en su rostro.

—No importa.

Justo cuando pensaba que iba a abrirme sus sentimientos.

—¿Con cuántas mujeres has estado?

Vi enfado en sus ojos durante un instante.

—¿Importa eso?

—Me gustaría saberlo, pero no hace falta que me cuentes nada, Ryker. Ten en cuenta que, aunque no sepa la cifra, sé que es alta y ya sabía que tenías problemas para tener relaciones serias, pero aquí sigo. Así que no hace falta que ocultes quién eres. Ya lo sé.

Sus ojos se suavizaron un poco, como si recordara quién hacía la pregunta en lugar de la propia pregunta en sí.

—No sé la cifra exacta, pero probablemente más de trescientas.

Eso era mucho...

—Pero ten en cuenta que ha sido en el transcurso de diez años.

No importaba. La cifra seguía siendo ridícula.

—¿Y todas fueron aventuras?

—Sí. De una sola vez.

—¿De una sola vez?

—Rollo de una noche —explicó—. No suelo acostarme con la misma persona más de una vez. Deja de ser excitante.

Entonces, ¿Por qué se había acostado conmigo al menos veinte veces?

Estudió mi rostro.

—¿Piensas menos de mí?

—No —dije de forma automática.

—¿Me estás mintiendo?

—No.

Volvió a relajarse.

—Quiero que sepas que contigo es diferente. No sé qué puedo ofrecerte ni hasta dónde llegaremos, pero al menos, puedo asegurarte eso.

—Lo sé. —No parecía una aventura sin sentido. Cuando estábamos juntos, sentía que había mucho más, como si fuera mi novio. Me besaba sin ningún motivo, y seguía queriendo estar a mi lado, aunque no hubiera sexo. Creía que podría llegar a algo si le daba una oportunidad. Las cadenas de mi corazón se estaban quebrando, cada vez más flojas de la tensión constante. Querían soltarse y darle a esta relación todo lo que merecía. A pesar de sus problemas, me había enamorado de él. Prefería estar a su lado que en cualquier otra parte.

—Y, por si sirve de algo, es la primera vez que tengo relaciones sin condón. Tú has sido la primera.

—¿Nunca? —pregunté con voz entrecortada.

Negó con la cabeza.

—¿Cómo puede ser?

—Porque nunca me he acostado con la misma persona las veces suficientes como para permitirlo. Así que sabía que estaba limpio incluso

antes de hacerme las pruebas.

No era una declaración de amor ni una pedida de matrimonio, pero era algo. Puede que no pudiera prometerme la eternidad, pero sí el mañana. Me mostró cómo podía llegar a ser al principio de nuestra amistad. Cuando no obtenía lo que quería, seguía su camino, pero también me demostró lo mucho que podía cambiar cuando quería. Se había fijado en mí y ahí seguía. Quería que durmiéramos juntos todas las noches. Quería que fuera sólo suya. Pedía monogamia porque quería estar sólo conmigo. Seguía siendo arriesgado, pero toda relación tenía sus riesgos.

—Creo que significa algo.

---

SOLTÉ A SAFARI DE LA CORREA Y, EN CUANTO ESTUVO LIBRE, ECHÓ A CORRER por el patio de Zeke en círculos. Corría con la lengua fuera y la emoción brillaba en sus ojos.

—Qué idiota.

Zeke estaba a mi lado con una cerveza en la mano.

—Sólo está emocionado por la carrera.

—Lo sé —dije con un suspiro—, un día me compraré una casa para que pueda olisquearlo todo y mearse en los arbustos.

Zeke volvió adentro y lo seguí.

—¿Dónde está ese idiota?

—Dijo que tenía algo que hacer antes de salir.

—¿Hacer qué? —preguntó Zeke.

Me encogí de hombros.

—No me lo dijo. —Me senté en su cómodo sofá y tomé mi cerveza de la mesa.

—Quizás no queramos saberlo. —Me dirigió una mirada cómplice.

—Sí, probablemente tengas razón.

Se había sentado en el lado opuesto del sofá.

—¿Qué te cuentas?

Ryker era lo único que llenaba mis pensamientos. Nuestra última conversación seguía repitiéndose una y otra vez en mi cabeza. Me había cruzado con hombres que tenían problemas para comprometerse, pero nada comparado a esto.

—No mucho.

Zeke me conocía mejor que nadie, incluso que Rex.

—Hay algo que te preocupa, lo sé.

—¿Cómo?

Dio un largo trago a su cerveza.

—Tienes los hombros más tensos que de costumbre. Tu respiración es diferente. Suspiras mucho más de lo normal y no miras a los ojos tan a menudo. Parece que tu mente está en otra parte cuando hablamos. Te tocas mucho el pelo, recogiénolo detrás de la oreja o jugueteando con él...

Maldita sea. Me conocía mejor de lo que pensaba.

—Es por Ryker...

Apartó la vista.

—¿Problemas en el paraíso?

—Eh... no lo sé.

Se apoyó en el respaldo del sofá y miró al techo.

—Sé que va a ser complicado.

—Sí.

—Cuéntamelo.

Probablemente Zeke era una buena persona con la que hablar porque apenas había tenido relaciones de pareja. Rex era más similar a Ryker, pero era demasiado incómodo tener esa clase de conversación con él.

—Todo ha ido bien. Pasamos mucho tiempo juntos y no ha habido problemas, pero no hace más que insistirme en que me quede a pasar la noche. Cuando quiero irme a casa o hacer otra cosa, no quiere que me vaya.

—¿Y eso no es algo bueno?

—Sí, pero hace que me pregunte hacia dónde va nuestra relación. Le he dado una oportunidad, pero al mismo tiempo estoy en guardia. Aunque sé que conmigo es diferente, no soy estúpida.

—Y, ¿le has preguntado?

—Sí.

Zeke volvió la vista hacia mí, observándome durante unos segundos.

—Supongo que aquí es donde entran en escena los problemas...

—Dijo que nunca antes ha tenido una relación. Apenas se ha acostado con la misma chica dos veces. Soy la primera con la que tiene ese tipo de conexión. Nunca en la vida ha sido monógamo con nadie.

—Bueno... parece que contigo las cosas son diferentes.

—Pero no sabe si podrá darme más de lo que tenemos ahora. Lo cual no está mal, supongo. Pero ¿y si...?

—¿Y si qué?

¿Y si me enamoro de él?

—Si las cosas se vuelven más serias.

Zeke dejó la cerveza en la mesa y se cruzó de brazos.

—No sé si debería salir ya de esta relación o seguir. —Me volví hacia él—. ¿Qué opinas?

Se frotó la nuca mientras pensaba en mi pregunta.

—No voy a decirte lo que deberías hacer. Nunca aceptes el consejo de alguien que no esté en tu misma situación, pero te diré una cosa. Si Ryker nunca ha sido así con otra persona, es muy probable que seas importante para él. Si ya ha cambiado tanto, es muy posible que siga haciéndolo. No es estúpido. Entiende que ha encontrado un diamante en bruto.

Sonreí.

—Pero también creo que te aguardan muchos dolores de cabeza. Ryker está tan confuso como tú y meterá la pata en algún punto del camino. Saldrás herida por mucho que él intente evitarlo. Sean cuales sean sus problemas, no

van a desaparecer de un día para otro. Será una larga batalla cuesta arriba. Rae, puedes tener a quien quieras. Te ahorraría mucho tiempo si encontraras a alguien que pudiera darte exactamente lo que quieres.

Era una solución más práctica y tenía bastante más sentido. Si salía con un hombre normal y sabía que la relación tenía futuro si había química, sería mucho más feliz. Había tenido un follamigo en el pasado. Estaba bien, era muy divertido y el sexo era genial, pero sufrí al final porque él no se comprometió como me advirtió que pasaría. Ryker era muy similar.

—Pero hay un problema...

—¿Cuál? —preguntó Zeke.

—No quiero a nadie más. —Lo sabía en lo más profundo de mi corazón. Lo que sentía por Ryker no era algo superficial o vacío. Había una profunda conexión y, aunque saliera con cientos de tíos, nunca dejaría de pensar en él—. No sé por qué tengo estos sentimientos... pero es lo que hay.

Zeke agachó la cabeza y suspiró, como si le decepcionara más la respuesta que a mí.

—Sé que Ryker es galante y atractivo. Siempre le gusta a las chicas y entiendo la razón, pero podrías tener a alguien igual de increíble si buscaras un poco más. —Alzó la cabeza y me miró a los ojos—. Podrías tener a un tío que besara el suelo que pisas pero que no actuara como un cobarde al mismo tiempo. Podrías tener a un hombre que te diera todo lo que quisieras y no te hiciera daño. Podría revolucionar tu mundo cada noche y hacerte estremecer. Y al final del día, siempre se aseguraría de que supieras lo mucho que te ama. —Zeke siguió mirándome fijamente a los ojos, como si intentara decirme algo más.

Cuando la intensidad de su mirada fue demasiado, aparté la vista.

—Ningún hombre me ha conquistado así. Sólo Ryker. —Recordé al último hombre con el que había salido. —El último tipo con el que quedé me metió la lengua hasta la nariz.

—Esa cita nunca debió suceder —dijo—. De todas formas, no necesitas

citas a ciegas.

—Intentaba salir más... —Reí porque fue una de las peores citas de mi vida—. Al menos es una historia divertida que contar.

Sonrió.

—Sí, supongo que lo es.

—Zeke, ¿has estado enamorado alguna vez? —Si lo había estado, nunca me lo había dicho.

—Um... —Volvió a apartar la mirada—. No, pero sé que podría estarlo.

—¿Qué significa eso?

—Había una chica que me gustaba mucho... pero nunca se fijó en mí. Me veía como a un amigo. Si hubiera abierto los ojos y se hubiera dado cuenta de lo que tenía delante... podríamos haber tenido algo increíble.

No tenía ni idea de a quién se refería.

—¿Qué le pasó?

Se encogió de hombros y no me contestó.

Rex abrió la puerta y entró.

—Hola, soy yo.

—Lo sabemos —dijo Zeke—, ¿quién más entraría así?

—Ya sabías que venía. —Entró en la sala de estar y se quedó tras el sofá.

—¿Qué tenías que hacer? —pregunté.

Rex sostuvo en alto una tarjeta Hallmark.

—Os he comprado una cosa. —Nos la tendió. —No olvidéis que ahora mismo estoy sin blanca.

Zeke la tomó y le dio la vuelta, examinándola.

—¿Por qué?

Rex se metió las manos en los bolsillos.

—Ya sabéis... por todo.

Zeke me miró antes de hacer los honores y abrir la tarjeta. Entonces se sentó a mi lado en el sofá para que ambos pudiéramos leerla al mismo tiempo. Era una tarjeta roja, con un montón de corazones rosas por todas

partes.

—Sé que la tarjeta es penosa... —Rex se encogió de hombros y miró al suelo.

ZEKE Y RAE,

Sólo quería daros las gracias por todo lo que habéis hecho por mí. No estabais obligados a hacer nada y yo no os lo pedí, pero quisisteis ayudarme de todas formas. Estaría hundido ahora mismo si no fuera por vosotros. Puede que esté arruinado y sin un centavo a mi nombre, pero me siento rico por teneros a ambos en mi vida.

ATENTAMENTE,

Rex

—OH... —ERA UNA DE LAS COSAS MÁS DULCES QUE REX HABÍA HECHO nunca.

—Ha sido un detalle —dijo Zeke. —Gracias, hombre. —Se levantó del sofá y abrazó a Rex. No solían mostrar afecto el uno por el otro, pero hicieron una excepción. Le dio una palmada en el hombro—. Tú lo harías por mí.

Rex asintió.

Di la vuelta al sofá y me detuve frente a él.

—Sabes que haría cualquier cosa por ti, Rex. Te ocupaste de mí cuando no era responsabilidad tuya y yo siempre cuidaré de ti.

Rex no sabía gestionar muy bien sus emociones, así que parecía incómodo.

—Lo sé. No tienes ni idea de lo agradecido que estoy por tenernos el uno al otro... aunque no tengamos a nadie más.

Abrí los brazos.

—¿Nos damos un abrazo?

En su boca se dibujó una media sonrisa.

—Supongo que podemos... pero que no se convierta en costumbre.

—Trato hecho. —Lo abracé, rodeándole la cintura con los brazos.

Rex apoyó la barbilla en mi cabeza y me devolvió el abrazo.

Zeke permaneció de pie en silencio, concediéndonos aquel momento.

Rex se aclaró la garganta y se apartó.

—Vale, se acabaron las ñoñerías. —Se cruzó de brazos y no volvió a mirarme. —Necesito una cerveza o algo.

Zeke rio.

—¿O quizás un chupito?

—Sí. —Rex chasqueó los dedos. —Necesito un chupito de vodka.

—Marchando. —Zeke se dirigió a la cocina.

Seguí sonriéndole a Rex porque sabía que era un blandengue bajo aquella fachada ruda.

—¿Qué?

Me encogí de hombros.

—Nada.

—Ya estás con esa mirada.

—¿Qué mirada? —Me hice la inocente.

—Como si estuvieras pensando o algo.

—Bueno, pienso bastante a menudo.

—Pues no me gusta.

Le di un guantazo travieso en el brazo.

—¿En serio quieres saber lo que estaba pensando?

—La verdad es que no.

Me crucé de brazos.

—Vale, ya sé lo que estabas pensando.

—¿Qué?

—Que me quieras. —Hizo una mueca como si le disgustaran sus propias palabras.

Sonreí de oreja a oreja.

—Me has leído la mente. Yo también sé lo que estás pensando.

—No lo hagas, —replicó.

—Tú también me quieras.

Entornó los ojos y se alejó.

—¿Qué? —dije—. Es verdad.

—No te pases. —Fue a la cocina y su voz se escuchó en la distancia—. Zeke, ¿dónde demonios está ese maldito chupito?

## **OTRAS OBRAS DE E. L. TODD**

La historia continúa en el Libro 2 de la serie Rayo.

Haz clic aquí para comprar

[Rayo de esperanza.](#)

## **QUERIDO LECTOR,**

Gracias por leer Rayo de luz. Espero que hayas disfrutado con su lectura tanto como yo escribiéndolo. Si pudieras dejar una breve reseña, me ayudaría mucho. Las reseñas son el mejor apoyo que puedes dar a un autor. ¡Gracias!

Con mucho amor,

E. L. Todd

## ¿QUIERES SEGUIRME?

Suscríbete a mi boletín de noticias para informarte sobre nuevos lanzamientos, sorteos y obtener mi boletín cómico mensual. Tendrás todos los cotilleos que necesites. Regístrate hoy mismo.

[www.eltoddbooks.com](http://www.eltoddbooks.com)

Facebook:

<https://www.facebook.com/ELTodd42>

Ya no tienes motivos para no seguirme.

Hazlo.

## MENSAJE DE HARTWICK PUBLISHING

Como los lectores de romántica insaciables que somos, nos encantan las buenas historias. Pero queremos novelas románticas originales que tengan algo especial, algo que recordemos incluso después de pasar la última página. Así es como cobró vida Hartwick Publishing. Prometemos traerte historias preciosas que sean distintas a cualquier otro libro del mercado y que ya tienen millones de seguidores.

Con sus escritoras superventas del New York Times, Hartwick Publishing es inigualable. Nuestro objetivo no son los autores ;sino tú como lector!

¡Únete a Hartwick Publishing apuntándote a nuestra [newsletter](#)! Como forma de agradecimiento por unirte a nuestra familia, recibirás el primer volumen de la serie Obsidiana (*Obsidiana negra*) totalmente gratis en tu bandeja de entrada.

Por otra parte, asegúrate de seguirnos en Facebook para no perderte las próximas publicaciones de nuestras maravillosas novelas románticas.

- Hartwick Publishing